12

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE

MISTERIO Y TERROR

ediciones UVE

12
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 4135494 y 4135543.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Portada e ilustraciones:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

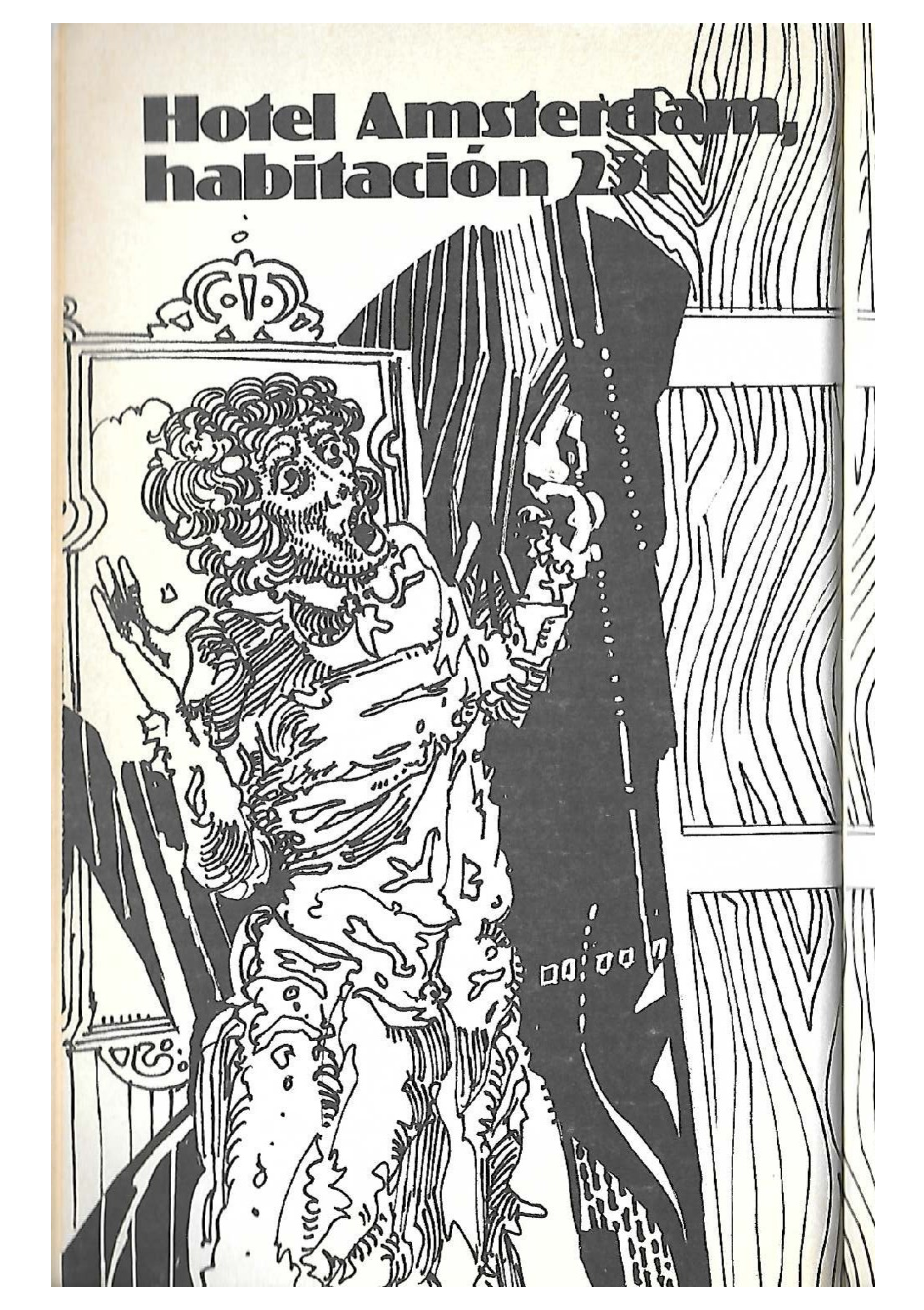
Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

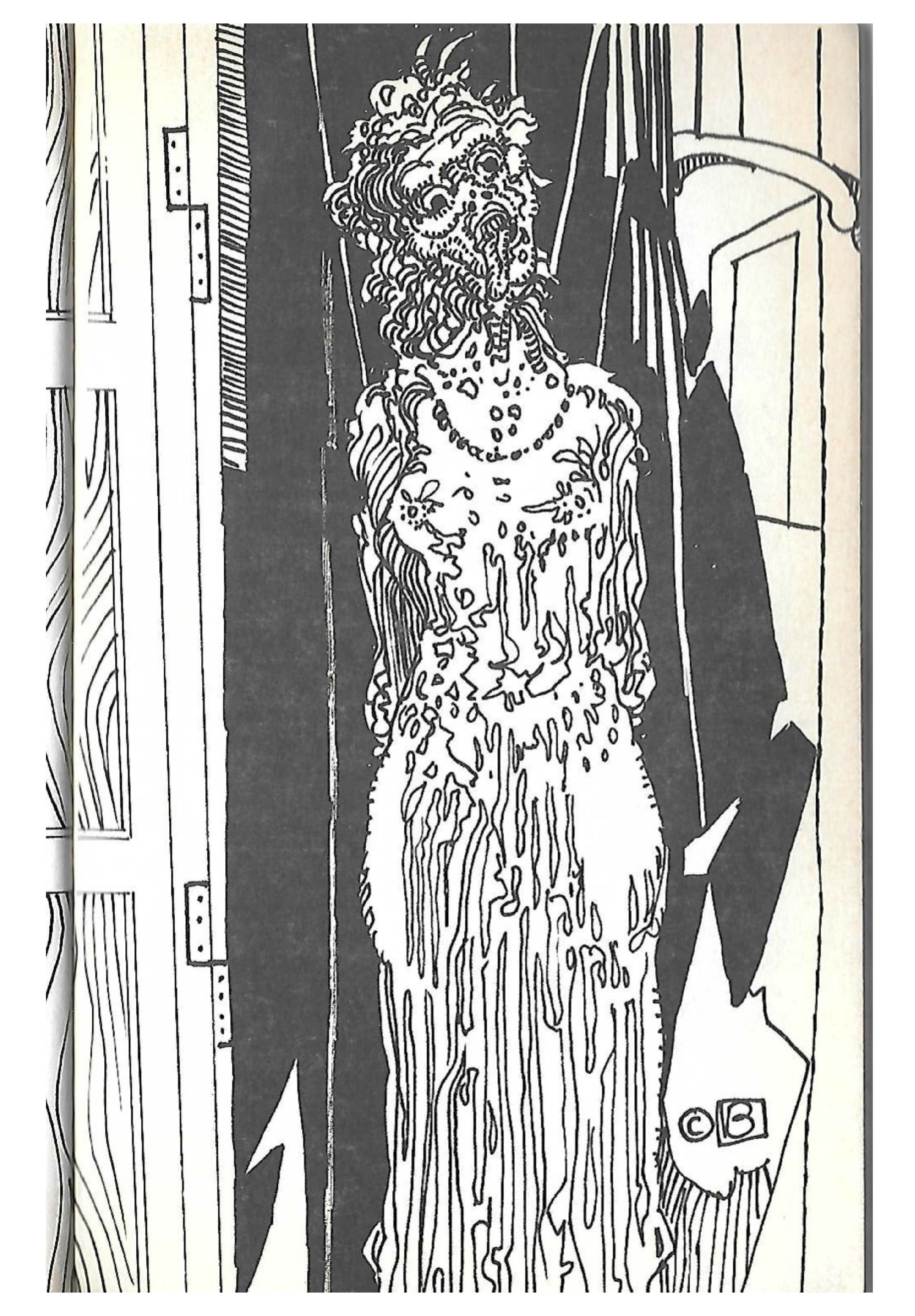
Depósito legal: M. 24.746-1981.
ISBN: 84-85609-84-0.
Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO

Hotel Amsterdam, habitación 231

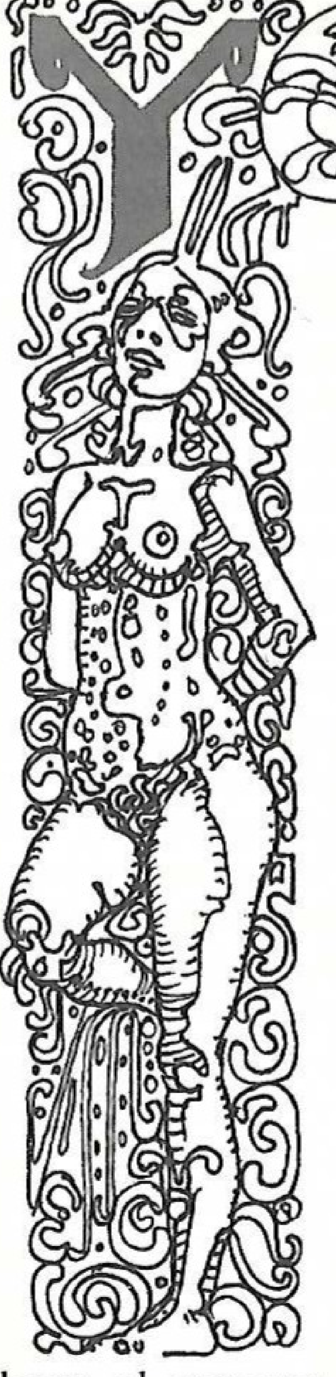



©B

Hotel Amsterdam, habitación 231

José León Cano

Después de la extraña muerte de una de sus huéspedes, la habitación 231 de aquel viejo hotel victoriano dejó de existir a efectos comerciales. Pero a otros efectos seguía más viva que nunca...



qué sugiere que hagamos, señor Atkins?

—Exhumar el cadáver, inspector. Creo que no queda otro remedio.

El inspector Blunt, jefe de la Brigada de Servicios Especiales de Scotland Yard, tenía una bien merecida fama de flemático, pero estuvo a punto de perderla escuchando tan desconcertante historia. Los detalles eran tan espeluznantes que por primera vez en su vida se atragantó con el té y su pipa, cuya combustión era de ordinario parsimoniosa, despedía gigantescas volutas a ritmo de locomotora. La alteración nerviosa del señor Atkins, evidentemente fuera de sí, prestaba a la descripción de los hechos tanta vivacidad que consiguió despertar la imaginación del inspector Blunt hasta el extremo de hacerle visualizar mentalmente, con la nitidez de una pesadilla, todo el horror contenido en el relato. «Este hombre —pensó para sus adentros— hubiera sido un excelente vendedor a domicilio, o ese actor pluscuamperfecto que Shakespeare no logró encontrar en su vida. Tal vez así le hubieran ido mejor las cosas que como gerente de hotel».

—Las cosas empezaron a ir mal —repitió por enésima vez el señor Atkins, gerente del vetusto Hotel Amsterdam, enclavado en el corazón del Soho— cuando la señora Holliday abrió el armario de la habitación 231...

El momento en que la señora Holliday abrió el armario de su habitación, recién llegada al hotel, se había convertido para el señor Atkins en una imagen obsesionante, espantosa como la propia escena que evocaba.

—... Escuchamos su grito y luego la vimos descender aceleradamente las escaleras sudorosa, blanca como el mármol, con los ojos desorbitados. Las manos le temblaban y estuvo un momento con la respiración entrecortada, sin poder articular palabra. Cuando al fin pudo hablar nos dijo que había visto cómo se balanceaba despacio, colgado por el cuello con una cuerda de violín, el cuerpo de una mujer muerta en el interior del armario. Pidió un vaso de agua, lo bebió de un tirón, y luego se le cayó de las manos, haciéndose añicos en el suelo. Pero estoy seguro, inspector, que la señora Holliday ni se dio cuenta de ello, tanta era su excitación al recordar los ojos vidriosos del cadáver, su lengua cárdena y babeante colgando desmesuradamente del labio inferior, la espeluznante marca que la cuerda del violín, hundiéndose en la carne, había dejado en su cuello hasta casi decapitarlo... Encargué al botones que consiguiera un sedante fuerte y la llevé a mi despacho. Apenas consiguió tranquilizarse tras la ingestión del fármaco, pero sí lo bastante para escucharme. «Lo que usted ha visto —le dije— no es real. Puedo demostrárselo si se encuentra con ánimo suficiente para acompañarme a la habitación 231». Logré convencerla y en su presencia abrí el armario. Efectivamente, estaba vacío. La señora Holliday me aseguró que había visto el cadáver con absoluta nitidez. «Usted no está loca —repuse—, y aunque lo que ha visto no es real, puede haber una explicación». Entonces me vi obligado a contarle una historia que usted y sus

hombres ya conocen, la del presunto suicidio de Mary Watts. Ustedes mismos dictaminaron que había sido suicidio. Recordará, inspector Blunt, que el cuerpo de Mary Watts apareció en ese mismo armario y de una forma exactamente igual a la descrita por la señora Holliday... Aunque lo sorprendente del asunto es que la señora Holliday tuvo la visión una semana después de ocurrido el lamentable suceso, cuando el cadáver de la señorita Watts ya había sido enterrado.

—Bien, señor Atkins. La suya es una historia extraordinaria, pero...

—Pero no termina ahí, inspector. Desgraciadamente, no termina ahí.

Con la voz ronca por el peso de sus emociones, el gerente del Hotel Amsterdam (vieja reliquia victoriana en cuyas habitaciones, según cierta leyenda, se inyectaba dosis masivas de heroína el mismísimo Conan Doyle) continuó provocando el asombro y la inquietud en el inspector Blunt, mucho menos curado de espanto de lo que su larga experiencia profesional permitía suponer.

—Naturalmente, ofrecimos a la señora Holliday la suite del hotel, completamente gratis y por el tiempo que quisiera, a condición de no divulgar nada de lo ocurrido. Así lo hizo, y hubiéramos olvidado el desagradable incidente a no ser porque días después volvió a repetirse la misma historia, esta vez protagonizada por un viejo clérigo recién llegado de las Indias Occidentales. Decidimos que sería mucho más rentable cerrar definitivamente la habitación 231, pero...

—Pero a pesar de ello —interrumpió esta vez el inspector— continuaron ocurriendo cosas raras, ¿no es así?

—En efecto, así es. Continuaron y continúan, para desgracia del negocio... Aceptaría un poco más de su té, si no le importa.

—Con mucho gusto.

El señor Atkins paladeó el té ofrecido por el inspector con un gesto de absoluta desesperación. Su

mano temblorosa hizo que la cucharilla tintinease sobre el plato hasta que consiguió posarlo, sano y salvo, sobre la mesa del despacho. Por un momento, el temor a que se rompiese la valiosa porcelana pesó más en el ánimo del inspector Blunt que el que le inspiraba el relato del señor Atkins. Pero fue sólo un momento, porque lo que contaba el gerente del Amsterdam (cuyo sentido común no cabía poner en duda) podía hacer estremecer incluso a una piel de elefante como la del curtido Blunt.

—La habitación fue cerrada a cal y canto. Incluso borramos el número 231 de la puerta y del casillero de recepción, y yo escondí las llaves en la caja fuerte. Aquella habitación, a efectos comerciales, había muerto definitivamente. Pero a otros efectos seguía más viva que nunca. Todas las madrugadas, minutos antes de las dos y media (hora aproximada en que, según el forense, Mary Watts dejó de existir), un sordo gemido que no podía confundirse con el ruido de las viejas cañerías se extendía por todo el hotel, procedente de la maldita habitación 231. Las condiciones acústicas de un edificio tan viejo permiten toda clase de resonancias, y por eso advertimos a nuestros clientes que procuren no hacer ruido a partir de las diez de la noche. En consecuencia, el aullido, quejido o lo que fuese, se transmitía con una claridad impresionante...

El señor Atkins no ahorraba detalle alguno, sino que parecía complacerse en una descripción detallada y minuciosa. Así fue como el inspector Blunt se enteró de que el raro sonido podía identificarse al principio como el de un animal moribundo. Era una especie de «E» prolongada, ronca, monocorde, que de vez en cuando dejaba paso al silencio para reproducirse nuevamente después. En el profundo silencio de la madrugada, tan desacostumbrado sonido ponía los pelos de punta a quien tuviera la desgracia de escucharlo. Los clientes de las habitaciones contiguas exigieron el libro de reclamaciones y se quejaron airadamente al señor Atkins antes de abandonar el ho-

tel. No quedó más remedio, por tanto, que clausurar también las habitaciones 230 y 232.

—El personal de servicio y yo mismo estábamos tan nerviosos que apenas podíamos pegar ojo. Cierta noche el sonido se hizo insoportablemente quejumbroso y mis nervios no aguantaron más. Extraje las llaves de la caja fuerte, abrí un cajón de mi escritorio y saqué un pequeño revólver. Era una decisión desesperada y, según sospeché, completamente inútil, pero de alguna manera había que hacer frente a la situación, si no quería que la indecible angustia de aquel gemido acabase volviéndome loco. Guardé el revólver, empuñándolo, en el bolsillo de la chaqueta, y me encaminé a la recepción para pedir al conserje que me acompañara a la 231.

Richard, el anciano conserje, estaba en su puesto muerto de miedo. Saludó la aparición del señor Atkins como si se tratara de un arcángel celestial: «Gracias a Dios que está usted despierto, señor. Creí que no podría soportarlo. Esta parece ser una noche especial, ¿verdad? Los gritos son más fuertes que nunca».

—En efecto, los gemidos se habían convertido en auténticos gritos, aunque su volumen no llegaba a ser lo bastante elevado como para despertar a todo el hotel. Richard debió leer en mis ojos la determinación que había tomado, puesto que con apenas un hilo de voz me dijo: «No irá usted a subir, ¿verdad, señor?» «Sí, Richard —repuse—, es absolutamente necesario. Y quiero que usted me acompañe». Tendría que haber visto, inspector, la cara de espanto del pobre Richard cuando le pedí que subiera conmigo. Se negó en rotundo y de nada valieron mis amenazas. Tuve que subir solo y soportar dos lamentos igualmente odiosos: el que procedía de la 231, y a mis espaldas, el histérico de Richard instándome por todos los santos a que desistiera de mi descabellado empeño. Volví la cabeza y le dije que, a partir de ese momento, se considerara despedido. Pero Richard seguía insistiendo, con la garganta atenazada por el te-

rror, en que regresara y no cometiera semejante locura.

La pipa del inspector Blunt parecía un pequeño Vesubio a punto de entrar en erupción.

—Nunca podrá imaginarse el enorme esfuerzo que me costó subir peldaño a peldaño aquella escalera. Porque, a cada nuevo paso el inadmisible sonido, aumentando su intensidad, se pegaba persistentemente a mis tímpanos como un beso del Diablo. Nada pude hacer para dominar el temblor de mis piernas. Apretaba con fuerza la pistola, empapada con el sudor de mi mano, y me decía a mí mismo que, fuese lo que fuese aquello que provocaba ese gemido, habría alguna forma de acabar con él... Lo angustioso era no saber cuál podría ser esa forma.

Dejando atrás la escalera, el señor Atkins caminó lentamente por la oscuridad del pasillo en dirección a la habitación 231, sobre cuya puerta parpadeaba apenas la mortecina luz de una pequeña bombilla. El miedo despertaba con violencia todos sus sentidos, y las vibraciones de aquel sonido espantoso, ahora ya tan cercano, parecían habérsele incrustado en el corazón. Con toda la mente concentrada en tales vibraciones, comprobó ahora que se estaban modulando de distinta forma hasta acabar pareciéndose a largos y siseantes estertores. Estaba tan despierto que el ruido de un mosquito le hubiera producido el mismo impacto que una explosión de dinamita. Por eso se le cortó súbitamente la respiración cuando, a sus espaldas, escuchó un sonido cuya imprevista irrupción no le dio tiempo a identificar. Se volvió rápidamente y tuvo que enfrentarse con el perfil de una larga sombra que avanzaba por el pasillo. El corazón le dio un vuelco al tiempo que su mano se crispaba sobre la pistola...

—¡Santo Dios! Era el bueno de Richard, quien finalmente había optado por no dejarme solo y estuvo siguiéndome sin que me diera cuenta. Me indicó con un gesto que no me alarmara y seguidamente llevó su dedo índice a los labios, tan asustado y tembloroso

como un flan, y componiendo con ello una figura tan grotesca que si las circunstancias hubieran sido otras me habría echado a reír. Pero allí estábamos los dos, frente a la puerta, empuñando yo la pistola con una mano y la llave con la otra, sin saber qué hacer con ninguna de las dos, mientras el rostro de Richard había pasado de una palidez de cera a un inquietante tono casi verdoso que el miedo se complacía en estamparle, perlándole además la frente con multitud de minúsculas gotas de sudor frío... Debo confesarle que a pesar del dramatismo del momento, una parte de mi aterrorizado ánimo se conmovió por aquel gesto final de acompañarme, con el que Richard demostraba una inesperada solidaridad...

De pronto el estertor se convirtió en un grito agudo, cortante, similar al que provoca en ocasiones una muerte violenta, y a continuación reinó un silencio absoluto, sobrecogedor. Pero por poco tiempo, porque al cabo de un rato fue seguido por un estrépito indescriptible, sin duda producido por el desplazamiento y caída simultánea de todos los muebles de la habitación.

—Entonces actué como un autómata, inspector. Porque de buena gana hubiera echado a correr pasillo adelante y no parar hasta llegar a la calle. En vez de eso, introduje la llave en la cerradura y abrí la puerta, no sin antes cerciorarme de que, a pesar del ruido producido, ningún cliente daba señales de vida. Borrachos como cubas debían de estar todos para no haberse dado cuenta.

Renqueó suavemente la puerta al abrirse. La pequeña bombilla de la entrada apenas mitigaba la casi completa oscuridad del interior. Richard se aferraba tenazmente al brazo izquierdo del señor Atkins en un desesperado intento de evitar el desmayo. El señor Atkins, sin soltar la pistola, se atrevió a introducir en la oscuridad el mismo brazo que sujetaba el conserje hasta que sus dedos alcanzaron el obturador de la luz. Cuando al fin logró encender, el espectáculo que se ofreció a sus ojos les dejó atónitos: las puertas del

armario giraban todavía sobre sus goznes, las ventanas estaban abiertas de par en par, los cuadros se habían desprendido de la pared, las camas, desplazadas de sus lugares adecuados, aparecían deshechas, con las sábanas hechas girones... Y no había nadie.

—No había nadie, inspector. ¿Comprende? No había absolutamente nadie. Era comprensible que Richard acabara desmayándose. Yo mismo no sé cómo pude soportarlo.

La pipa del inspector Blunt soltó por su cazoleta un grandioso chorro de humo, como la cola de un efímero e improbable cometa.

—No había nadie —insistió Atkins—. Puede creerme: nadie en absoluto.

—Le creo, señor Atkins, le creo. Pero sigo sin comprender por qué quiere que sea exhumado el cadáver de la señorita Watts.

—¿No lo entiende? Creo que está bastante claro. A la vista de los extraordinarios acontecimientos ocurridos en el Amsterdam, sólo podemos pensar que Mary Watts no se suicidó, sino que fue asesinada. Está además el hecho de que, por muy masoquista que sea, nadie se suicida ahorcándose con una cuerda de violín. Los hechos paranormales de la habitación 231 podrían tener su raíz en la enorme tensión emocional que sufrió el psiquismo de la señorita Watts al saberse víctima de un asesinato tan horrible, y es muy posible que un minucioso examen de su cuerpo pueda establecer alguna pista segura para dar con el asesino... Francamente, inspector Blunt, yo no creo en los espíritus. Pero si creyera en ellos, no dudaría en afirmar que Mary Watts nos está pidiendo venganza desde el otro mundo.

La pipa del inspector Blunt, exhausta, abandonó su boca y fue a encontrar un merecido descanso sobre la mesa. Su propietario compuso un gesto de conmiseración y trató de consolar al atribulado señor Atkins:

—Por si le sirve de algo, le diré que su historia me parece desusada, pero no inverosímil. Scotland Yard sí cree en los espíritus, sobre todo cuando están dis-

puestos a colaborar eficazmente con la policía. De hecho, hemos contratado a videntes (de forma extraoficial, claro está) en ciertos casos difíciles. Y casi siempre han dado buenos resultados. Pero me temo que la pobre opinión de un inspector de policía no le servirá de mucho en esta ocasión. Se necesita un mandamiento judicial para ordenar el levantamiento de un cadáver. Y no creo que, con los datos que usted aporta, pueda convencer a ningún juez. Por otra parte, el forense ya realizó la autopsia, y no encontró en el caso de Mary Watts otras señales que las propias de una muerte por asfixia. Si fue asesinada, el asesino se cuidó muy bien de no dejar ninguna huella. No quedó más remedio que aceptar la tesis del suicidio... El caso está cerrado, señor Atkins, y mucho me temo que no haya nada que hacer.

—Pero todo lo ocurrido en la habitación 231...

—Usted mismo ha dicho que no encontró a nadie en esa habitación. Lamentablemente, nosotros sólo podemos ocuparnos de los delitos cometidos por personas vivas. Las otras están completamente fuera de nuestra jurisdicción. Créame que lo siento muy de veras, pero en este caso no podemos ayudarle... Aunque, si me permite que le dé un consejo...

—Diga, diga...

—¿Por qué no prueba a cambiar de cerradura? Ya sé que es una prueba demasiado simple, tal vez. Y desde luego, nada parapsicológica. Pero le aseguro que, en ocasiones, ha dado muy buenos resultados.

«Quizá tenga razón después de todo», pensó Atkins desilusionado por la entrevista, aunque contento por no tener que soportar ya más el poco soportable aroma de la pipa del inspector Blunt. Pero le daba miedo tener que regresar al hotel con las manos vacías.

Londres fumaba su *smog* de cada tarde a grandes bocanadas, y los primeros faroles encendidos, envueltos en la espesa neblina, presagiaban una densa noche de otoño. Camino de su hotel, Atkins se encontró con muy pocos transeuntes, pero todos ellos, con

toda probabilidad, creían en fantasmas, a juzgar por el paso rápido y el aire receloso de sus miradas, incapaces de traspasar la niebla más allá de la nariz. Y la noche hacía crecer en las esquinas su inexorable oscuridad.

Al doblar una de ellas contempló la vetusta mole del Hotel Amsterdam, difuminada por las crecientes sombras del ocaso. La historia del presunto fantasma se había extendido lo bastante como para que sólo unos pocos clientes, poco supersticiosos o ignorantes de la misma, se albergaran en sus rancias habitaciones en los últimos tiempos. Todas las que daban a la calle tenían cerradas sus ventanas salvo la 231, cuyo inexplicable desorden, del que él mismo fue testigo, había sido respetado. Los blancos visillos de aquella habitación maldita tremolaban sobre una pared que la vejez y la polución habían embadurnado de negro, y el contraste entre ambos colores resultaba más evidente a causa de la escasa luz. Atkins no dejó de advertirlo, concentrando su atención en la ventana abierta.

Y de pronto, durante el tiempo de una exhalación, creyó haber visto tras la ventana la imagen borrosa de una mujer. Sobrecogido, sospechó que aquella visión fugaz no podía ser sino un subproducto de la tensión nerviosa, pero una furia irracional se desparramó por sus venas y la adrenalina golpeó despiadadamente su corazón:

—«¡Maldita, maldita!».

La figura entrevista volvió a cruzar la ventana, pero esta vez lo bastante despacio como para que el señor Atkins, sobre cuya mente se posó la furia como una nube roja, pudiera contemplarla en todos sus detalles. El espanto que le producía su cuello ensangrentado, el inusitado brillo de sus ojos y de sus dientes, la torva expresión de angustia que reflejaba aquel rostro desencajado cuya mirada, cargada de odio, no se apartaba de la suya propia, todo ello actuó en su ánimo como un revulsivo. Completamente fuera de sí, cruzó la calle, atravesó el hall y subió la escalera a

grandes zancadas. Richard, el conserje, contempló atónito cómo el señor Atkins corría escaleras arriba con la cara congestionada y los ojos en blanco, pero el señor Atkins no se dio cuenta de su presencia, obsesionado por la insana idea de acabar como fuera, de una vez y para siempre, con aquella espantosa pesadilla.

Richard corrió tras él, pero no pudo alcanzarlo. Le escuchó farfullar unas palabras incomprensibles y se asombró al comprobar cómo un hombre ya entrado en años pudiera remontar las escaleras con tan pasmosa celeridad. Al llegar al rellano del primer piso desistió de perseguirle a tanta velocidad. Se apoyo en la baranda, resollando mientras recuperaba fuerzas, y escuchó cómo el señor Atkins, en el piso de arriba, derribaba a golpes la puerta de la habitación 231.

—¡No lo haga, señor Atkins, no lo haga!

Y olvidándose de sus muchos años, el viejo Richard Perkins subió también las escaleras que le faltaban como una liebre. Vio la puerta derribada de la habitación, al final del oscuro pasillo, y percibió la agitada voz del señor Atkins envuelta en un aullido inconfundible:

—¡Sal de ahí, maldita, engendro del Diablo!

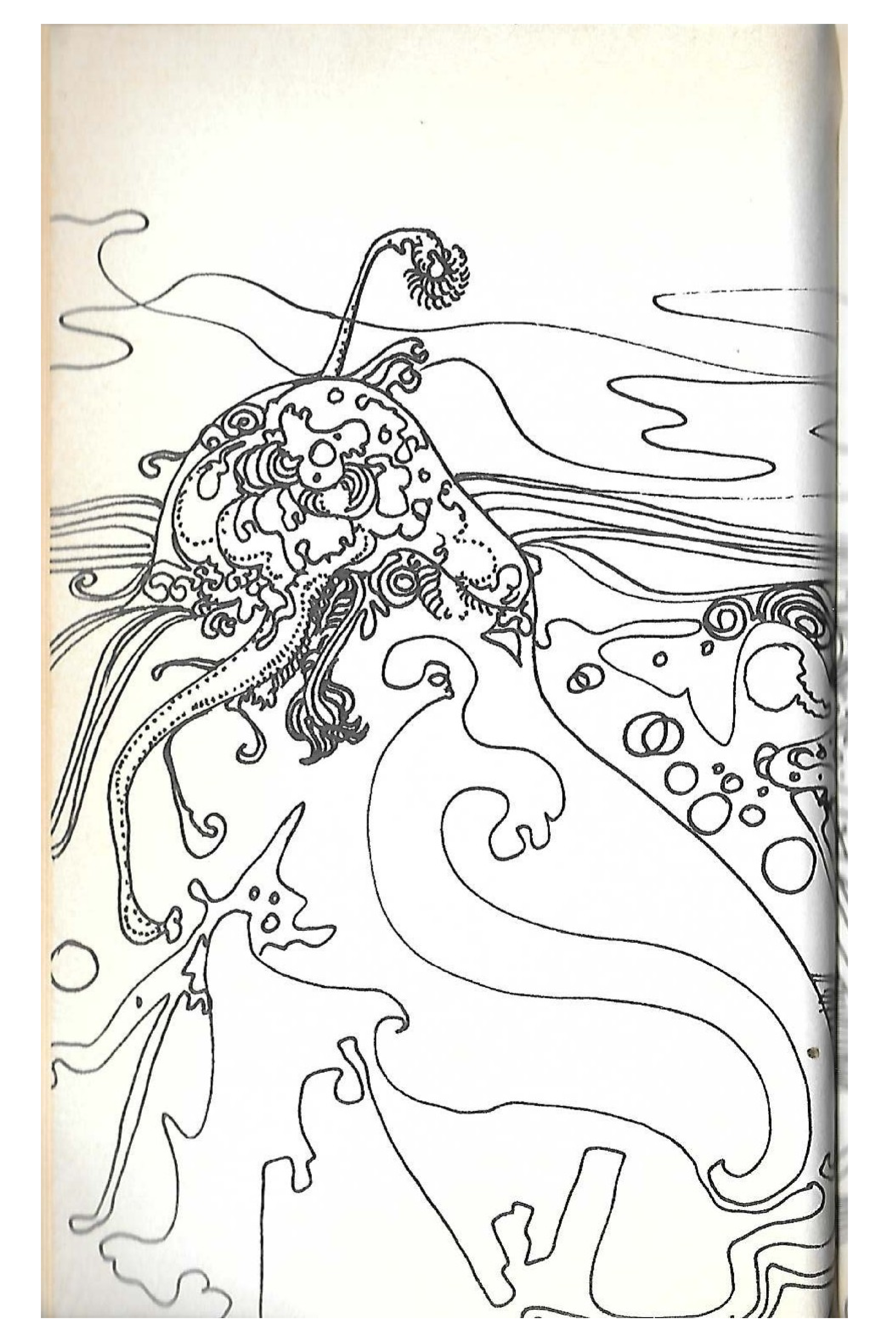
El aullido resonaba ahora en el pasillo en un tono desgarrador, ahogando con creces los gritos del señor Atkins, y Richard tuvo miedo de seguir adelante. Volvió a escuchar el ruido de los muebles desplazándose, y un frío mortal recorrió su espalda. Paralizado por el terror, pudo oír todavía cómo el señor Atkins profirió un grito seco, inarticulado, un último grito que dejó paso al silencio. Al cabo de un rato se atrevió a llamarle por su nombre, pero nadie contestaba. Ni una maldita mosca se escuchaba más allá de la puerta derribada.

Cuando al fin logró reunir los arrestos suficientes para traspasar el umbral de la habitación, todavía llegó a tiempo de ver un ligero movimiento en las puertas del armario. El señor Atkins no estaba allí, y

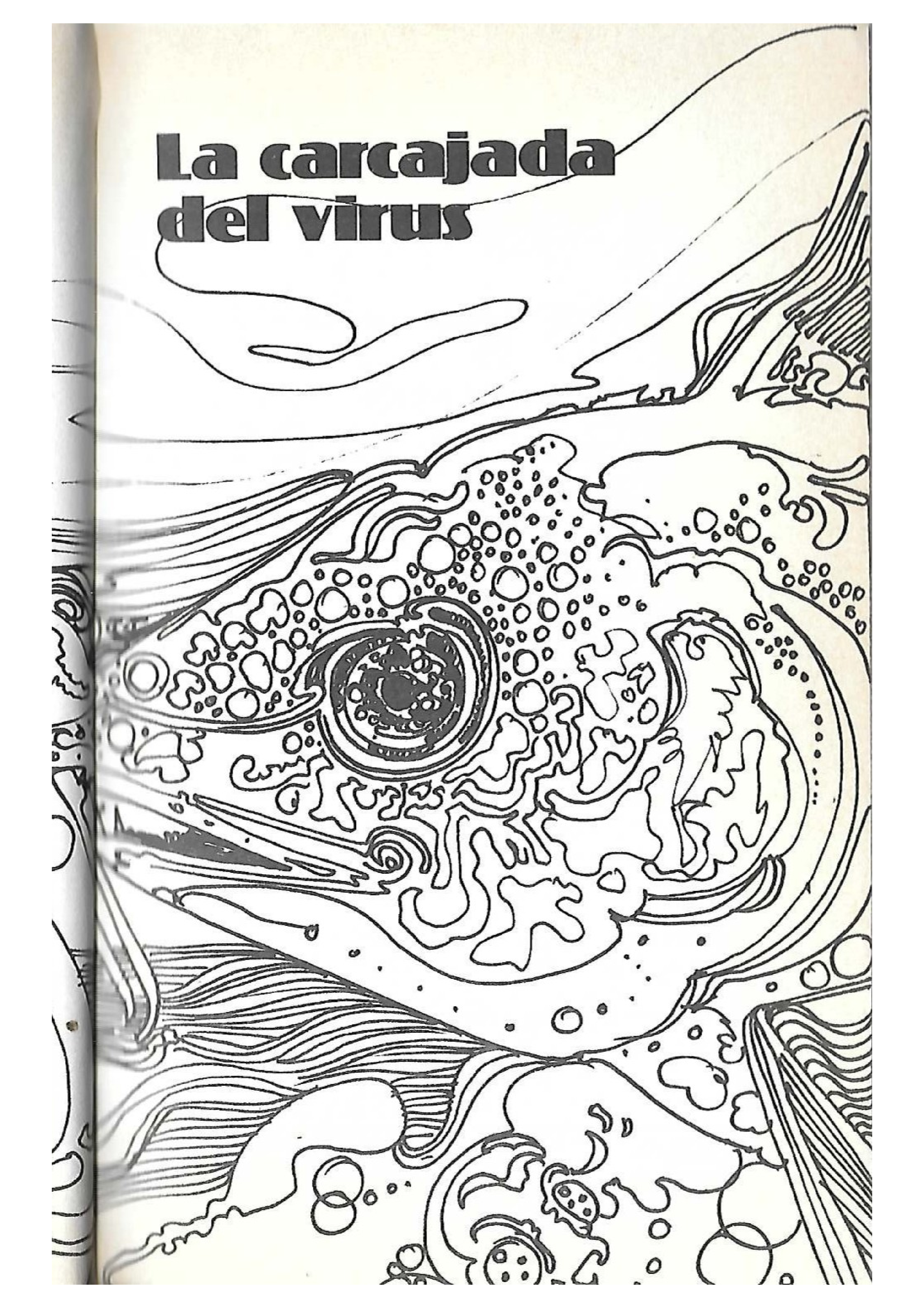
Richard huyó despavorido, temeroso de que también a él se lo llevaran los espíritus sin dejar rastro.

Si en vez de huir hubiera tenido el valor de atravesar aquella estancia y de acercarse a la ventana abierta, hubiera descubierto que abajo, en la calle, se encontraba el cuerpo sin vida del señor Atkins, bañado ya por un gran charco de sangre.





La carcajada del virus



La carcajada del virus

Gonzalo Sebastián de Erice

Aislados, reprimidos con dureza por los avances de la ciencia, olvidados —ellos que habían sido autores de memorables hazañas medievales—, prisioneros en asépticas cárceles de cristal, esperaban ansiosos el momento de la llegada de un libertador.



No sólo os habéis adocenado con el paso de las generaciones sino que incluso pretendéis con vuestras costumbres impresentables programar íntegramente el curso de mi vida. Pues no pienso...

Hubiera querido continuar el subversivo discurso ante toda la colonia, pero sin que ninguno de todos los demás dijera nada en contra, observó cómo habían iniciado un movimiento estratégico envoltorio de cobertura con el subsiguiente ensanchamiento de tentáculos.

No iban a permitirle de ninguna manera concluir la exposición de sus teorías, y si no se daba prisa, era evidente que sus propios congéneres, irritados ante su impertinencia, estaban dispuestos a acabar con él.

Así que, antes de que fuera demasiado tarde, inyectó a toda presión las pestañas vibrátiles, y antes de que los tuviera encima, cuando todavía no habían logrado inmunizarle, de un ágil movimiento inesperado se había lanzado con toda su energía hacia la corriente cantarina del inminente riachuelo salvador.

Había logrado, efectivamente, escapar in extremis, ya que ahora, desde la orilla, prácticamente la totali-

dad de la colonia alargaba en su dirección los mortíferos tentáculos sumadores sin lograr alcanzarle.

Mecido por el curso de las aguas adoptó una postura de reposo viajero y contrajo el mayor número posible de mucosas, de manera que su gesto, de haberse tratado de un ser humano, se hubiera traducido en una sonora y estrepitosa carcajada.

Sabía que no era nada fácil abandonar así como así una completa colonia de virus laboriosos y trabajadores, y pudo comprobar cómo se sentía completamente satisfecho hasta el punto de que la glándula de arrepentimientos, intacta y pulidísima, ni siquiera había dado síntomas de irse a poner en funcionamiento.

Bueno. Se iniciaba una nueva forma de subsistir y habría que permanecer vigilante y atento.

Ya no le quedaban sino unas contadas horas de vida por delante, ya que había nacido esa misma mañana, y los cosquilleos de la reproducción denotaban que pronto habría de iniciarse la partenogénesis, y se dividiría, como todos los seres de su especie, en dos.

Antes de que esto sucediera fatalmente era preciso que distribuyera perfectamente la dosis de rebeldía de manera que cada uno de los dos seres que iban a formarse a partir de él tomaran el relevo salvador de toda la especie. Porque era evidente que esto no podía continuar así. La mayor parte de sus congéneres habían sido arrinconados al humillante refugio de las probetas de los laboratorios, y consumían sus esclavizadas existencias en la monótona labor de la exasperante obtención de anticuerpos y vacunas.

Su colonia, la colonia junto al río de la que acababa de escapar, era una de las contadas que aún sobrevivían en libertad, amenazadas constantemente por la presencia de la avioneta fumigadora. Gracias a los esfuerzos de alguno de sus más preclaros predecesores habían conseguido algún primario esbozo de resistencia, pero todavía nada del otro mundo comparándolo con la brutal agresión de la avioneta fumigadora, que, antes o después, de no hacer algo efectivo, acabaría con todos ellos.

Así que no eran momentos de descansar y en seguida renunció a su cómoda postura de reposo viajero.

Estaba adherido ahora a la llamativa orondez de una burbuja emergida junto a él en la superficie de las aguas, bastante pestilentes por cierto, al tratarse de las afueras de una gran ciudad, cosa que le alegró, ya que en ningún momento se sintió solo. Millones de microorganismos de todo tipo le observaban desde todas partes con curiosidad al tratarse para ellos de un forastero. Pero algo de recelo y de aprehensión comprobaba en aquellas miradas curiosas ya que por algo él era el más peligroso y maligno, el rey de todos los virus.

Se estaba alejando a su pesar del objetivo concreto. Las aguas le alejaban de la ciudad que era el punto de mira inevitable. La ciudad de las ciudades, la capital, tenía que ser cuanto antes su punto de destino, y desde allí, una vez reproducido en dos, y más tarde en cuatro, y luego en ocho, y luego en dieciséis, emprendería a través de sus sucesores la necesaria liberalización de todos sus congéneres prisioneros del terrorífico hombre destructor.

«Muera Fleming», se dijo para darse ánimos, que era una especie de maldición aprendida en la colonia.

En un principio creyó que se trataba del eco pero pronto comprobó la abundancia en las cercanías de agentes infecciosos, ya que ante su sorpresa el grito de «muera Fleming» fue coreado por una incalculable multitud de voces de todas las cuerdas.

Efectivamente no estaba sólo. Su rebelión flotaba en el ambiente, y por eso la glándula de arrepentimientos continuaba sin funcionar. Había hecho muy bien, qué esputo, largándose de aquel rebaño ovejil de aburridos congéneres alejados de sus reivindicaciones genéticas. Hoy ya los virus no eran como los de antes. Incluso habían iniciado aberraciones y degeneraciones intolerables, hasta el punto de iniciarse en algunos de ellos síntomas de bisexualidad, pretendiendo reproducirse de nuevas maneras, y no con la

respetable y limpia partenogénesis de nuestros padres.

Pero no había tiempo que perder. Había que atacar al hombre de nuevo en el corazón de su habitáculo, desde el mismísimo centro de la gran ciudad. Y para ello nada mejor que planificar la estrategia. Un gorrión. Eso es. Necesito la presencia de un gorrión, pájaro por excelencia urbano y divertido. Debo de introducirme cuanto antes en el interior de un gorrión para que me defeque en el corazón de la ciudad. Una vez allí ya me las arreglaré con astucia para emprender la cruzada de liberación, comunicando a mis sucesores la sacrosanta misión de volver a ser quienes fuimos.

—¡Muera Fleming!

Encaramado ahora en lo alto de la burbuja vi cómo atravesábamos plácidas zonas hortícolas en donde un sinnúmero de congéneres de otras especies habían iniciado con acierto su personal cruzada de contaminación. Todo esto estaba muy bien pero allí no había gorriones por ninguna parte. Habría que alejarse todavía más de la ciudad hasta llegar a zonas de cereal. Allí, ahora época de cosecha, junto a las eras, si no abundaran demasiado los espantapájaros, podría divisar algún gorrión. Me asombré de la profundidad de mis cavilaciones, y una vez más me vi fortalecido ante la grandeza de la tarea emprendida. Todos aquellos razonamientos los había depositado en mi interior un cúmulo de imperiosas necesidades de la especie ya presentidas por mis predecesores.

En esto, mareado por la corriente, pasó junto a mi lado un flotante gusano despistado. No había tiempo que perder. Aquel era el manjar preferido de los gorriones, y si yo conseguía instalarme en su interior, todo lo demás sería cuestión de picar y cantar. Visto y no visto, remé con todo el cúmulo de vibrátiles sincronizados, y no me fue difícil alcanzar el gusano.

No había hecho sino encaramarme en él cuando de pronto noté un tremendo cataclismo. Asido como pude a su repugnante epitelio, sin soltarme de nin-

guna manera, pese a que me costó un terrorífico esfuerzo, logré sobreponerme a los embates de las sacudidas. Había desaparecido el sol, ese sol implacable que es nuestro mayor enemigo, y del que me había ido preservando hasta ahora gracias a la humedad constante de la burbuja, pero no me gustaba nada haber perdido de vista el sol. Era necesario saber cuanto antes en dónde me encontraba.

Y muy pronto supe la respuesta, que no era precisamente reconfortante. El gusano no había sido devorado por un gorrión sino por un habitante del río. No se trataba de ninguna clase de volátil ya que la presión comenzó a inundar mis partículas sensibles. Recorría ahora las profundidades del río en el interior de, evidentemente, algún pez.

Tenía que actuar con rapidez. Había que enardecer cuanto antes a todas las bacterias de aquel estómago para que terminaran muy pronto con aquella comida. Así, el pez volvería a tener hambre, y quien sabe si tal vez íbamos a lograr muy pronto que el gusano siguiente estuviera enredado en el cebo de un simpático anzuelo. No tenía tiempo que perder. Los síntomas de la partenogénesis se iban agudizando, y en pocas horas me habría transformado en dos ejemplares, que serían dignos hijos de tal padre, pero en ellos sólo quedaría lógicamente la mitad, en un principio, de mi furia congénita.

Arengué con vehemencia a las atónitas bacterias estomacales del pez, una especie más bien inofensiva, y, tanto fue mi ardor, que en muy pocos instantes el gusano había sido completamente digerido. Y ahora sólo quedaba esperar. Efectivamente, muy poco después, hacía su presencia en aquel estómago hambriento una mosca de plástico. Una tosca mosca, urdida por el hombre terrorífico, que llevaba oculto en el fingido vientre el reluciente anzuelo engañador. No hubo sino que aguardar, bien amarrado, el tirón subsiguiente, y en seguida, desaparecida la presión, noté que me encontraba en el interior del cesto de las presas del pescador.

No me hubiera gustado nada terminar en la sartén de un rústico campesino, pero la suerte continuaba de mi lado. Aquel pez, en compañía de los demás que ya había en el cesto, pasó pronto a una caja, y de la caja, una vez comprobada la presencia del hielo, fuimos a parar, tras los traqueteos subsiguientes de la furgoneta, hasta un céntrico mercado de mi anhelada capital.

Asomados los tentáculos visuales por la boca entreabierta del pez comprobé con alegría que éramos contemplados por numerosas amas de casa hasta que una de ellas, señalando con su dedo bendito a mi pez portador, nos puso en marcha hacia su domicilio.

No había sido necesaria la presencia de ningún gorrión, y, por caminos menos suponibles, me encontraba en el corazón de mi objetivo. Estaba, lejos de mi colonia, en el corazón de la gran ciudad.

Y había llegado el momento de ponerme en acción auténtica.

Todas las aventuras precedentes no serían a partir de ahora sino el preludio inevitable del gran fragor.

El virus de los virus acababa de llegar a la gran ciudad. Radiante de felicidad no pude contenerme y grité con todas las fuerzas de mis gelatinas un estentóreo y tremendo «Muera, muera por siempre, el horroroso Fleming», y para equilibrar el esfuerzo realizado le di un mordisco nutridor a las frescas y jugosas carnes del pez, hasta ahora mi portador, y que en ese mismo instante había de abandonar ya para siempre.

Con tal de que los estúpidos humanos tuvieran pistas falsas para rastrear dejé unas cuantas toxinas en el paladar del pez. Así, cuando enfermaran los habitantes de aquella casa, pronto descubrirían que el origen de sus males había sido el pez inofensivo, y por las martilleantes ametralladoras de sus escandalosos telediarios, perderían una vez más su tiempo, echándole la culpa durante una buena temporada a la especie del pez.

Estaba en una asquerosamente limpia cocina y la idea de las pistas falsas me tonificó. Había que con-

taminar cuanto antes toda aquella inofensiva cesta de la compra, así que repartí a voleo y por doquier una buena dosis de mis eficaces toxinas. La lechuga, las fresas, el perejil, e inclusive las cáscaras de los estúpidos huevos darían cuanto antes la equivocada señal de alarma. Ahora ya me podía marchar tranquilamente a la calle, así que me subí en la pelota del niño de la casa, que le acababa de dar un beso de despedida a su laboriosa mamá, y antes de que me exterminara uno de los numerosos detergentes allí enfrente alineados en aquella cocina, salí a la calle bajo el brazo de la ignorante criatura.

—¡Muera Fleming!

Realmente me encontraba en el corazón de la gran ciudad porque esta vez ni un solo grito de otros hermanos respondió a la soledad de mi exclamación.

Yo comprendí que aquella sana y limpia criatura que me transportaba hacia la calle en la pelota bajo su axila, era inocente en sí de tanta guerra sangrienta de sus mayores y predecesores contra mi especie. Pero un afán genético de venganza hervía por mis entrañas, y allí mismo, en el ascensor, le inoculé con mi rastro inolvidable. El iba a ser mi primera víctima. Una vez en el descampado me apeé de la pelota, y mientras seguí mi camino en el zapato de un transeúnte, pude comprobar cómo, en el horizonte, el niño se desmayaba siendo transportado por sus compañeros de colegio nuevamente hacia su hogar.

Pero mis horas estaban contadas. La partenogénesis obraba sus efectos. Dentro de poco iba a dividirme definitivamente en mis dos inevitables sucesores. La mañana espléndida del día de primavera no era la más indicada para desaparecer de un mundo hermoso en el que volvíamos a nuestro lugar privilegiado y me dio pena tener que dividirme sin dejar cumplida en su totalidad mi obra asombrosa. Aún pude reunir un poco de energía y decidí fragmentarme lo más tarde posible en dos.

Así que desde el tobillo del transeúnte, no sin antes inocularle debidamente, di un salto a la acera,

justo en el momento en que los aromas denunciaban la cercana presencia de un ambulatorio.

Unos metros más allá mi portador caía fulminado. No me costó ningún trabajo introducirme en la sala de espera del ambulatorio en donde unos falsos pacientes aguardaban turno con no sé qué dolencias benignas de dientes y ojos. Así que, aprovechando la primera presencia de un digno grupo de enemigos humanos, uno tras otro, ante mi regocijo, fueron cayendo en auténtico mal, a los pocos instantes de que mi inolvidable presencia surtiera los efectos en sus hasta ahora sólidos y seguros organismos.

La primera sirena de las ambulancias me reconfortó. Aquel ruido insistente y preocupante era la fe de vida de mi presencia en la gran ciudad. Decidí que una de aquellas ambulancias me habría de transportar, muy a su pesar, hasta un auténtico hospital. Allí, en las jaulas acristaladas de los matraces y los tubos de ensayo, me encontraría por primera vez con las colonias de mis congéneres aprisionados en el aburrido trabajo de la obtención regular y previamente programada de anticuerpos.

Elegí una de las camillas a mi alcance en la que iban a transportar a la más hermosa de mis víctimas, una dulce chiquilla de contados abriles, y deslizándome por sus dorados bucles, ahora ya inútiles, me divertía y me columpiaba, ebrio de placer, camino del hospital, dando saltos mortales de felicidad por entre aquellas hermosísimas lianas, gimnasio privilegiado para celebrar mis primeros triunfos llamativos. El ululeo de la sirena no conseguía sino excitar mis egos triunfadores. El horroroso hombre empezaba a constatar mi inolvidable presencia. Ya saben el grito de placer, el conjuro genético, que en esos instantes proferí:

—¡Muera, muera por siempre, muera Fleming!

Los grandes hospitales, como ya me habían contado mis mayores en las primeras largas horas interminables de mi intensa existencia, son un campo perfecto para nuestras actuaciones guerrilleras. Un virus como yo, sabio y activo, puede organizar en pocos

instantes el arrase total en semejantes lugares. Debía concentrarme para no perder un momento, así que, en el mismo lugar por donde fui introducido en la camilla, por la puerta de urgencias, decidí ponerme en acción.

¡Un hospital! ¡Yo, el perdido ejemplar de la colonia del descampado de las afueras de la gran ciudad, en un hospital! No sólo había sobrevivido a los temibles ataques de la avioneta fumigadora, sino que ahora, por mis propios medios, y con una osadía que pasaría con las horas a la más notoria historia de mi especie, lograba combatir al hombre, a la terrorífica especie, en el lugar sagrado, en el templo donde desde siempre nos habían combatido con saña y sin razón. Nosotros éramos una variedad carroñera, que podíamos haber convivido en paz con estos asesinos. Pero, no. Ellos habían tenido que atacarnos y combatirnos hasta el último de nuestros reductos, hasta el punto de que estábamos al borde de desaparecer del planeta. En muchos de sus libros de texto incluso ya habíamos sido eliminados por creernos exterminados para siempre. Solo, en unos contados ejemplares de los más especializados tratados, figurábamos aún en la letra pequeña como una variedad en vías de desaparición con la que apenas si se podía contar para un mañana. Pues aquí estaba yo para desmentirlo, para que nuevamente pasáramos a los grandes titulares, para devolver a mi especie devastadora de las grandes plagas del medioevo, su protagonismo merecido.

¡Un hospital, y yo en el centro de su inmenso hall de entrada!

No debía de desperdiciar mi paso por aquel lugar de por siempre aciago para nuestra querida especie. Y decidí conmemorar a mi manera aquella efemérides.

Me encontraba en la unión de dos tremendos baldosines y me puse manos a la obra. Para ser exacto, no eran precisamente manos aquello que yo poseía en mis rudimentarias extremidades, pero en un instante erigí un pequeño monolito con el residuo só-

lido de mis excrecencias. Era un momento solemne en el amplio hall del hospital, y quise dejar constancia para la posteridad de mi gloriosa presencia en aquellos parajes. Un monolito, sí, erigido por mí mismo al virus desconocido, a los millones y millones de mis congéneres destruidos sistemáticamente y sin discriminación por aquellos bárbaros humanos que creían haber acabado con nosotros.

Tras un emocionado silencio me alejé del monolito al grito ancestral y sempiterno de *¡Muera Fleming!*, pero esta vez ya no estaba sólo. Unos cuantos virus emocionados por mi gesto, espectadores de cómo yo acababa de homenajear a nuestros antepasados, contestaron desde distintos lugares a mi grito de guerra. Y allí quedaron, mientras me alejaba hacia el interior del hospital, contándose los unos a los otros el asombroso gesto que acababan de presenciar. Comprendí que se trataba de la voz del pueblo, la que desde ahora en adelante inmortalizaría mis hazañas para siempre.

Era urgente que llegara a los quirófanos. Acaso no tendría tiempo suficiente para conseguirlo. Unos sudores fríos recorrieron mis exteriores denotando mi paso a la última vejez. De un momento a otro presentía que iba a dividirme en dos, y sólo me quedaba desear el mayor de los éxitos a mis sucesores.

Las blancas batas de las floridas enfermeras, ellas tan resistentes y sacrificadas ante todo mal, eran mi objetivo más inmediato. Yo no podía desaparecer sin haber permanecido, si bien no fuera unos breves instantes, en una blanca bata de una florida enfermera. Ellas eran nuestras enemigas naturales y de mayor constancia, y yo las respetaba como a todo rival. Aquella deplorable raza humana, a la que con tanto ímpetu deberíamos de por vida combatir, poseía un hermoso reducto al que siempre veíamos distante y de difícil acceso. Se trataba de las valientes y decididas, de las abnegadas y casi siempre hermosísimas, floridas enfermeras, y ante la inminencia de mi desaparición, yo quería morir, o sea dividirme, en la al-

bura perfecta, en la superficie lisa y premonitoria de otros encantos inaccesibles y más hondos. Era necesario que en el fragor de mi batalla tuviera acceso, y cuanto antes, a la blanca bata de una florida enfermera.

—¡Muera Fleming!

Mi voz ya no era mi voz. Apenas se trasladaba más allá de mi órgano emisor. Mis radiaciones empezaban a mermar. No podía disponer de demasiado tiempo. Y aproveché el paso de la chinela de un cirujano para subirme en marcha. Tal vez se dirigiera hacia los quirófanos.

No me perdía detalle del espectáculo hermosísimo. Se trataba realmente de un hospital soberbio. Sus medidas estaban fuera de toda medición comparándolo con mis reducidas dimensiones. Pero mi cirujano no se dirigía hacia los quirófanos. Estaba en un momento de asueto, y, ante mi desesperación, vi cómo entraba en la cafetería. Yo tenía que llegar cuanto antes a los quirófanos para propagarme allí con mayor eficacia. Y también debería de darme tiempo de llegar a los laboratorios para arengar a los otros congéneres, allí aprisionados, de mi especie. Pero resultaba que sólo estábamos en la cafetería. Aquello se me hacía desesperante; e insoportable.

Me había subido en un cirujano que había pedido un café con leche y aguardaba junto a la barra del bar. Menos mal que se trataba de un ejemplar humano aún provisto de energía y decidió acercarse a conversar con un grupo de atractivas enfermeras. Allí, a mi alcance, quedaban varias hermosísimas batas blancas. Pero antes era la obligación que la devoción, y me aguardaban apremiantes misiones que cumplir. Hice un estudio rápido de la situación hasta que una de las enfermeras me dio ciertas claves interesantes. En uno de sus bolsillos asomaban unos recipientes de cristal que se me hicieron particularmente desagradables. No sabía realmente de qué se trataba pero algo me dijo en mi interior que aquellos recipientes eran para los de nuestra especie.

Así que decidí subirme a ella. Estaba en una bata blanca, pero no podía dejar de observar las actuaciones de aquella enemiga, pero mujer. Y poco después se despidió del grupo. Me encontraba en el buen camino. Marchó directamente, como yo había supuesto, al mismo centro del laboratorio.

Una impresionante fila de todo tipo de cárceles de cristal aprisionaban a congéneres de todas las clases, ramas, subespecies, inimaginables. Allí estaban confinados de por vida mis congéneres y me dieron unas tremendas ganas de manejar lacrimales. Pero tuve que sobreponerme. Allí, en la tercera fila, en un frasquito ridículo comparado con los demás, pero que de todas formas sobrepasaba en millones de veces mi estatura, contemplé, laboriosos y apacibles, a una buena colonia de mis mismos hermanos.

Me aproximé con emoción hasta ellos. Me encontraba muy débil. Pero logrando reunir todas mis fuerzas aún pude exhalar un audible y sonoro: «¡Muera Fleming!».

Tuve la impresión de que mi grito les daba igual. Tal vez debido al espesor del cristal no pudieron identificarlo. Era preciso que me escucharan, que se escaparan de allí, que me ayudaran en las posteriores estrategias.

Me acerqué cuanto pude a la superficie lisa del cristal, colocándome a la altura del lugar en donde se reunía la mayor concentración. Por fin, algunos me vieron o me intuyeron. Vocalicé con las mandíbulas gelatinosas lo mejor que pude un minucioso «Muera Fleming», pero apenas si supieron comprenderme. Sólo los más jóvenes, aún no debilitados por la masiva obtención de los anticuerpos, empezaron a contestar. Y ante mi júbilo, dentro de aquel recipiente, unos a otros, histéricamente, empezaron a transmitirse el grito ancestral, la clave de nuestra superación, el aullido de rebeldía. Pocos instantes después el interior del recipiente era una fiesta, e, incluso desde fuera, podían captarse algunas ondas de protesta. No me lo podía creer. Aquellos hermanos esclavizados

durante generaciones, ahora enfervorecidos, gritaban el mismo grito que yo les había facilitado como pie.

La enfermera evolucionaba por el horizonte y estaba comiendo un bocadillo de sardinas. Tenía que hacer algo. Vi pasar por el pasillo un ser favorable. Mis detectores indicaron que debía de trasladarme hacia él. No sabía lo que me iba a encontrar en el pasillo, pero esta vez estaba en el buen camino. Se trataba de un gato.

El ser favorable, si yo le aceleraba sus organismos perceptores, se pondría a mi favor. Y no acababa de iniciarle la aceleración cuando ante mi asombro, el gato, enfurecido, se abalanzó sobre el bocadillo de sardinas de la enfermera. En su recorrido había saltado por la mesa de los recipientes de cristal. Varios de ellos habían caído al suelo, haciéndose añicos. Y uno de los frascos, claro, era el de mis hermanos aprisionados.

No había tiempo que perder. Nos abrazamos lo imprescindible celebrando nuestra alegría. Y les di con rapidez un esquema de mis estrategias. Muchos de ellos no podían creerse lo que les decía. Y tuve que apoyarme en los más jóvenes para afianzar las líneas del ataque. Pronto comprendieron de lo que se trataba. Algunos incluso me alentaron para que si me apetecía concluyera allí mismo el proceso de mi partenogénesis. Ellos estaban dispuestos a continuar mi cruzada. Yo ya podía morir.

Había que actuar con prontitud. La enfermera acababa de dar la voz de alarma. Acababan de escaparse varios tipos de virus peligrosos. Toda la colonia se dispersó como habíamos previsto. Era imprescindible desaparecer cuanto antes de aquel entorno. Mientras los demás tipos de virus no habían sino empezado a fraguar sus modestos y carentes de imaginación planes de ataque, nosotros ya nos descolgábamos por las ventanas, nos encaramábamos a los viandantes de los pasillos, nos distribuíamos con precisión por todas partes.

Cuando llegaron los fumigadores ya no quedábamos ninguno por allí.

Las cifras de mortandad en los rivales humanos empezaron a multiplicarse como la espuma. Sólo en mi trayecto hasta el hospital ya di la voz de alarma con los primeros cincuenta. Las ametralladoras implacables de los telediarios —como me sospechaba— empezaron a inquietar a la masa auditora con puntualidad matemática. Incluso el hospital fue evacuado en su totalidad. No pude llegar hasta los quirófanos, y esta fue mi única pequeña frustración. Tomé sobre la marcha la zapatilla de una despavorida, florida enfermera, y ya en la calle, sobre su blanca bata, allí, en las inmediaciones de sus placeres profundos, me despedí de la existencia, dividiéndome, definitivamente, en dos. Ambos descendientes llevaban en sus genes las instrucciones precisas para continuar la devastadora campaña iniciada con éxito. Así fue cómo, en la hermosa blanca bata de la florida enfermera, les di el relevo a mis sucesores, no sin antes proferir, emocionado, y por última vez, mi consigna vencedora:

—¡Muera, muera por siempre, muera Fleming!

Varios días después, cuando la mortandad de la especie odiada humana se propagaba por varios continentes, dos sabios profesores consiguieron aislar a algunos de mis descendientes.

—Es curioso, se dijeron entre sí. Estos malditos virus contraen sus mucosas de una forma vehemente muy especial. Es como si se estuvieran riendo a carcajadas...



La venganza de Isis

(2ª parte de «Los Mendigos de Isis»)





La venganza de Isis

(2ª parte de «Los Mendigos de Isis»)

Bruce G. Bancroft

Acudió a ver a su amigo porque sabía de su misteriosa experiencia junto a las ruinas de Dar-el-Sakar. Pero no acertaba a explicarse ni su extraño comportamiento, ni la muralla fortificada que ahora rodeaba la mansión Lenton. ¿Y qué decir de los cánticos religiosos que, acompañados por el sonido del sistro, se dejaban oír tras los muros?



CUANDO iba aproximándome a la mansión Lenton pude comprobar que una gran parte de la propiedad estaba rodeada por un muro de regular altura que no existía la última vez que yo había visitado la residencia de mi amigo.

Aquella pared, que partiendo del ala derecha de la casa encerraba dentro de su perímetro un gran sector del jardín, debía de tener unos tres metros de altura, y como se erigía sin solución de continuidad hasta la parte posterior del edificio, impedía al visitante la contemplación de lo que antaño había sido el sector más bello del parque.

Las últimas noticias acerca de mi amigo las había obtenido a través de su hermana cuatro o cinco meses atrás. Mercedes, cuando ya Víctor había puesto rumbo al norte de Africa, me notificó que, preocupada por la falta de nuevas acerca de su esposo, que se interesaba en gran modo por la arqueología, había rogado a su hermano que se desplazara a Egipto a fin de localizarle y obtener una explicación que aclarara el motivo de su prolongado silencio.

La falta de afecto puesta de manifiesto en las últimas misivas del marido de Mercedes, así como las

vaguedades acerca de las cuales trataba en sus cartas, hicieron nacer en el ánimo de la hermana de Víctor la sospecha de que alguna otra mujer se había posesionado del corazón de su esposo.

Durante varios meses se mantuvo silenciosa considerando que podría tratarse de una aventura pasajera que tendría su epílogo apenas él pusiera de nuevo los pies en Inglaterra. El temor a provocar un escándalo basándose tan sólo en dudosas conjeturas, y la respetabilidad del nombre de su familia, caso de que sus sospechas resultaran ciertas, fueron el motivo de que permaneciera pacientemente a la espera del regreso de Adriano. El tiempo, no obstante, se encargó de demostrar que sus presunciones tenían algo de cierto.

Las vaguedades referidas por Adriano en sus cada vez más espaciadas misivas fueron dejando paso a incoherencias y desvaríos que hicieron nacer en Mercedes la sospecha de que su esposo estaba a punto de perder el juicio, y alarmada por la situación mental que se traslucía en la correspondencia de Adriano, rogó a su hermano, cuando hacía ya semanas que no recibía ninguna carta, que se trasladara a Egipto a fin de localizar a su esposo y convencerle de que regresara al solar familiar.

Cuando fui sabedor de los acontecimientos que acabo de referir, Víctor se encontraba ya rumbo a Africa del Norte, adonde, según los medios de transporte y el itinerario que había elegido, debía de haber llegado ya, pese a todo lo cual, Mercedes continuaba sin recibir confirmación de su arribada a Egipto. Días más tarde supo finalmente, merced a una breve carta, que mi amigo se encontraba ya en El Cairo, y que su retraso había sido debido a un singular suceso que le avino durante una breve escala en Atenas. Cuál fue la naturaleza del singular acontecimiento que le acaeció en la capital griega es cosa que, a pesar de mi enorme curiosidad, no me ha sido revelado todavía.

Supe por medio de terceras personas el regreso de Víctor tras algunas semanas de permanencia en

Egipto, y me llegaron rumores de que, al parecer, había vuelto solo. Quizá Adriano no había consentido en retornar, o acaso las presunciones de Mercedes se habían visto confirmadas.

Sea como fuere, una vez que transcurrió un período de tiempo prudencial, y cuando consideré que mis deberes de cortesía así me lo exigían, intenté ponerme en contacto con Víctor, pero todas mis tentativas resultaron infructuosas. Finalmente, a riesgo de resultar impertinente, escribí a Mercedes una breve nota en la que le preguntaba por el resultado de las pesquisas de su hermano.

La respuesta de Mercedes no se hizo esperar, y en aquella me comunicaba la triste noticia de que, con arreglo a las averiguaciones que Víctor había llevado a cabo, Adriano había fallecido víctima de una enfermedad causada por la insalubridad de aquella remota región del globo. Nada me indicaba acerca del destino que habían decidido dar al cadáver de su esposo, por lo que sospeché que, como era lo más lógico en una familia de su nombre y posibilidades, realizarían el traslado del cuerpo tan pronto como las autoridades egipcias dieran su visto bueno y se cumplieran los engorrosos trámites que conllevan semejantes casos.

Decidí entonces, como la cosa más lógica, visitar a mis amigos a fin de transmitirles mi pésame por la desaparición de Adriano, por lo que, a fin de no resultar inoportuno, les solicité por medio de unas letras que fijaran la fecha más conveniente a fin de rendirles visita. Pero transcurrieron los días, e incluso las semanas, y yo no recibía la respuesta a mi carta.

Supe entonces, por medio de unos amigos comunes, que Mercedes había vuelto a residir con su hermano en la mansión familiar, y que, desde el regreso de éste de Egipto, no habían vuelto a recibir visitas ni a salir de sus dominios campestres. Todas las tentativas de amigos y parientes para cumplimentarles habían resultado inútiles.

Mientras me aproximaba ahora a la mansión Len-

ton, consideraba a qué podría deberse la erección de aquel muro y por qué Víctor habría juzgado necesario ocultar aquella parte del parque a la vista de extraños.

Dejando estacionado mi automóvil junto a la gran escalinata de acceso a la puerta principal, ascendí las gradas con la convicción de que mi llegada ya había sido advertida por los habitantes de la mansión. Deseaba que mi presencia, que en contra de los convencionalismos sociales no había notificado de antemano, no fuera tomada como una muestra de descortesía, sino como un modo de forzar, de forma afectuosa, el voluntario encierro al que los dos hermanos se habían sometido debido al luctuoso suceso acaecido algún tiempo atrás. No en vano me consideraba el mejor amigo de Víctor y había sido acogido con gran cordialidad hacía años en el círculo de Mercedes.

Golpeé varias veces sobre la puerta con el pesado aldabón, y, tras esperar unos instantes, retrocedí unos pasos y miré hacia las ventanas. No parecía haber nadie en el piso superior, de manera que, aproximándome de nuevo a la puerta llamé insistentemente. Pocos instantes después oí el descorrer de cerrojos, pero cuando pensé que iban a franquearme por fin el paso, se abrió una pequeña sección enrejada y alguien, a quien no podía ver, me miró desde la oscuridad interior.

—¿A qué has venido? —dijo una voz que al pronto no pude reconocer.

—¿Víctor? —pregunté indeciso.

—¿Qué quieres? —repuso la voz.

—Víctor. ¿Eres tú?

Hubo unos instantes de silencio, y a continuación la voz manifestó:

—¿Qué buscas aquí?

—Abre, te lo ruego —insistí.

De pronto escuché un rumor que en principio no supe a qué atribuir, pero poco después comprendí que mi amigo, si era él quien se encontraba tras la puerta, estaba sollozando.

Al cabo de unos instantes se cerró la mirilla, lo que yo consideré preludio para que se me franqueara la entrada, pero, ante mi sorpresa, no ocurrió tal cosa. La puerta continuó cerrada, y los sollozos, ahogados por la sólida madera de los macizos entrepaños, me permitieron deducir que la persona con la que había hablado continuaba del otro lado de la puerta.

En el cielo se reflejaban las últimas luces del crepúsculo y un viento desapacible y frío comenzó a agitar las ramas de los árboles. Desde el horizonte iban cerniéndose sobre la casa y los campos que la rodeaban amenazadoras nubes que presagiaban tormenta, y yo, inmóvil sobre la escalinata, permanecía indeciso acerca de la determinación que me convenía tomar.

Por último, cuando ya me disponía a utilizar de nuevo el aldabón, un relámpago iluminó la mansión, a cuya blanquecina y fugaz luminosidad la casa adquirió perfiles siniestros. El trueno no se hizo esperar, y cuando su tableteo fue extinguiéndose, el aire trajo hasta mí como un eco de la tempestad: un rumor de tonos graves, un apagado cántico procedente del ala derecha de la casa, llegó hasta mi oído; una sorda melopea que me hizo pensar al instante en el claustro de un monasterio o en una salmodia surgida de gargantas que yacieran bajo tierra.

Abandonando la fachada principal de la mansión, me dirigí hacia el lugar de donde parecían surgir los cánticos. El rumor se iba haciendo más elevado a medida que me aproximaba al ala derecha de la casa, y las extrañas preces —pues estoy seguro de que se trataba de oraciones—, se dejaron oír con gran intensidad cuando llegué al pie del muro que circundaba el jardín.

En aquel momento comenzó a llover con gran fuerza, y el fragor de la lluvia, mezclado al estrépito producido por los truenos y al inquietante cántico al que me he referido —todo ello bajo la deslumbradora claridad de los relámpagos—, configuraron un cuadro de tan sobrenaturales características que, sobrecogido por un espanto irracional, corrí hacia mi

automóvil y me alejé de la mansión Lenton perseguido por el retumbar de las exhalaciones.

Durante dos días me mantuve en un estado de confusión que únicamente atribuí a la desafortunada coincidencia de aquellos elementos, naturales por otra parte, que contribuyeron a teñir mi llegada a la mansión Lenton con tintes extraordinarios; siendo así que, salvo el lógico disgusto de mi amigo, causa de que prefiriera hurtarme su presencia, nada ocurrió durante mi visita que hubiera podido causarme semejante desasosiego. Nada, excepto aquel turbador cántico surgido de la tierra misma.

Considerando que el dolor por la pérdida de Adriano habría de mitigarse con el tiempo, decidí dejar pasar unas semanas antes de volver a la casa de mi amigo, pero, no habían transcurrido quince días, cuando mi sirvienta me entregó una carta que había sido traída en propia mano por alguien cuya descripción no supo darme con precisión.

Lo ajado del sobre daba ya indicios de que aquella misiva había pasado por toda una suerte de vicisitudes desde que fuera librada.

En efecto, la fecha de encabezamiento databa de hacía ocho días, y los primeros renglones de la carta me hicieron temer que su entrega se hubiera demorado tanto que fuera ya demasiado tarde para impedir que se cumplieran los presentimientos que su remitente ponía en ella de manifiesto.

«Mi querido amigo» —comenzaba diciendo Mercedes (pues no era otra la firmante de la misiva). Nada pude hacer la otra tarde, a pesar de hallarme en la casa, para franquearle el paso; nada en absoluto, puesto que, desde hace algún tiempo, vivo en un estado de reclusión forzada. La única ocasión que me ha sido dada en estos últimos meses de comunicarme con el mundo exterior se materializa en esta carta que escribo a escondidas y que confío pueda llegar hasta usted (no me pregunte por qué medio) antes de que sea demasiado tarde.

Como usted sabe, la prolongada ausencia de mi

marido me indujo a rogar a mi hermano Víctor que partiera en su búsqueda. Sus últimas cartas me hacían temer que se encontrara a punto de perder el juicio o quizá de algo peor. Ni que decir tiene que mi hermano, presto a satisfacer siempre mis menores deseos, emprendió el viaje hacia El Cairo, en las proximidades de la cual ciudad, trabajando en unas excavaciones arqueológicas, debería de hallarse mi esposo.

Transcurrió la fecha en que, según mis cálculos, Víctor debería haber arribado a Egipto, pero, no habiendo recibido confirmación de su llegada, comencé a inquietarme temiendo que hubiera sufrido algún accidente en ruta. Pocos días más tarde recibí finalmente noticias suyas. Se encontraba ya en El Cairo y su retraso había sido debido a una singular aventura que le acaeció en la capital de Grecia, donde se vio forzado a hacer escala. Aunque en todo momento se ha negado a describirme qué género de acontecimientos le sobrevinieron en aquella ciudad, yo he tenido acceso a un manuscrito, especie de diario, en donde narra pormenorizadamente todo lo que, día a día, le avino desde que dejó nuestro país. Los sucesos de Atenas son de naturaleza tan increíble y de tan espantosas características que, por el momento, me veo incapacitada de repetir su relato para usted. Tal es el pavor que me produciría la reproducción de esa parte del diario de Víctor.

....

No puedo precisar cuánto tiempo ha transcurrido desde que inicié esta carta. Sólamente diré que, debido a causas que no comprendo muy bien, me he visto forzada a interrumpir mi relato y quizá tenga que hacerlo nuevamente. Hay algo dentro de mí que, pese a mis deseos de comunicarme con usted, me invita a veces a destruir el papel sobre el que estoy escribiendo estas líneas. En ocasiones temo estar a punto de perder el juicio. No recuerdo ningún caso

de locura entre nuestros antepasados, pero es posible que el germen de la demencia que parece poseerme a veces proceda de tiempos mucho más antiguos.

El regreso de mi hermano fue para mí causa de gran dolor, no porque no anhelara su vuelta, sino debido a que, como yo me temía, fue portador de luctuosas noticias: mi esposo había fallecido en Egipto debido a ciertas fiebres endémicas.

Yo acogí la noticia con el natural pesar que no disminuyó la presunción que del fatal acontecimiento me había forjado, y cuando transcurrieron algunas fechas, me extrañé de que Víctor no me hablara palabra acerca del traslado de los restos de Adriano a nuestro país a fin de darles sepultura en nuestro panteón familiar.

Me apercibí de que, lo que en principio me había parecido una generosa evasiva tendente a no aumentar mi dolor, no era sino un empeño manifiesto de no tocar el tema de los restos de mi difunto esposo.

Cada vez que yo intentaba hablar de ello, Víctor pretextaba alguna ocupación y me dejaba con la palabra en la boca.

Debido a la soledad en que me había sumido la muerte de mi marido, mi hermano me rogó que viniese de nuevo a vivir con él, a lo que yo accedí gustosa: el aislamiento y la incomunicación nunca han sido de mi gusto.

La tristeza que me embargaba pareció comunicarse también a mi hermano. Seguramente al contemplar mi pesadumbre se sentía asimismo infeliz. Abandonó todas sus ocupaciones habituales, y no volvió a preocuparse de los negocios a los que normalmente se dedicaba, dejándolos en manos de administradores más o menos honrados.

Frecuentemente se recluía en sus habitaciones durante largos períodos de tiempo, y poco a poco, se dio maña para irse desprendiendo de los miembros de la servidumbre y contratar empleados que se dedicaban sólo durante unas horas a las tareas de limpieza, pero que no pernoctaban en la mansión. Con

el tiempo habría de prescindir incluso de éstos, y ya hace más de tres meses que la suciedad y la inmundicia invaden nuestra casa sin que yo, con mis menguadas fuerzas, pueda hacer nada por evitarlo.

A pesar de que Víctor no abandonaba casi nunca nuestra residencia, yo, tentada por la curiosidad, me introducía a veces en sus habitaciones y, a riesgo de ser descubierta, leía algunas páginas del diario que había llevado durante su viaje a Egipto. Así supe acerca de sus desvelos para conmigo y de las pesquisas que realizó en la capital egipcia intentando localizar a mi esposo a través de la Oficina de Investigaciones Arqueológicas. También conocí de aquella forma subrepticia que, finalmente, había dado con el paradero de mi esposo, o al menos con el lugar donde había sido visto por última vez.

Intentando descubrir el porqué de aquellos repentinos y prolongados aislamientos de mi hermano en sus habitaciones, me apercibí un día de que, junto a su dormitorio, existía un pequeño gabinete cuya puerta estaba continuamente cerrada con llave. Por más intentos que realicé para forzar prudentemente el acceso a aquella cámara me fue imposible poner los pies en ella, pero observando por el hueco de la cerradura pude verle un día ocupado en ordenar sobre una mesa ciertos fragmentos de cerámica que parecían constituir una especie de gigantesco rompecabezas.

Una mañana advertí que, procedentes del ala derecha de la casa, se oían fuertes golpes. Salí al jardín y pude ver que una legión de operarios, contratados sin duda por mi espo...» (esta palabra aparecía tachada en la carta) «... por mi hermano, procedían a levantar una pared que, partiendo del muro de la mansión, encerraba en su perímetro un gran sector de jardín. Aquella pared, según los cimientos que pude ver, finalizaba también junto a la del edificio, de tal forma que, al menos desde el exterior, no podría ser contemplada aquella zona en cuanto las obras estuvieran terminadas.

Al pedir a mi hermano una explicación acerca de aquellos trabajos, me ofreció una interpretación que yo fingí aceptar, pero que en ningún momento di por cierta.

Una vez que el muro estuvo terminado, y como me pareciera que las obras continuaban en el interior de su perímetro, subí a una de las habitaciones del piso superior, y con gran sorpresa comprobé que todas las ventanas que daban hacia la reciente construcción habían sido tapiadas.

....

Debería extenderme ahora sobre la impresión que tengo de que, desde que mi esp... mi hermano regresó de Egipto, y conforme transcurre el tiempo, algo impalpable y siniestro parece ir apoderándose de nuestra casa y de nuestras vidas, pero, a pesar de que, si tengo ocasión, volveré sobre ello, creo que debo limitarme por el momento a continuar la descripción de lo que ha sido mi vida a partir de la vuelta de Víctor.

Una vez que las obras, a las que en todo momento me impidió el acceso, estuvieron terminadas, nuestro aislamiento se hizo completo. Los criados y asistentes fueron despedidos, y ninguna visita admitida en la mansión. Tan sólo mi hermano hacía esporádicas salidas para subvenir a nuestras necesidades más elementales.

La confirmación de que me encontraba prisionera, y de que él también lo estaba, aunque, paradójicamente, nada le impidiera abandonar los límites de nuestra propiedad, la tuve cierto día en que, ataviada con traje de calle, le rogué que me abriera la puerta principal. Nada repuso, sino que abandonándome en el vestíbulo, se recluyó en sus habitaciones, de forma que, al carecer yo de llave y estar todas las ventanas de la casa fuertemente aherrojadas, me resultaba imposible abandonarla sin su consentimiento.

El sentimiento de que la tristeza por el falleci-

miento de mi esposo era la causa del extravagante comportamiento de Víctor, fue dejando paso a la impresión de que una extraña transformación iba operándose en su espíritu.

No puedo decir, no obstante, que la reclusión a la que me obligaba, y que yo consideraba meramente temporal, le restara afecto hacia mi persona; antes al contrario, su amor hacia mí aumentaba gradualmente, y, si con esto no ofendiera sus sentimientos y su fino espíritu, le diría que las manifestaciones de la ternura que mi hermano siempre me ha profesado se acrecentaban día a día, y sin abandonar su carácter fraternal, iban dejando paso a demostraciones más propias de un enamorado.

Debo referirme ahora a una revelación que le impresionará en gran modo; tanto como, cuando tomé conocimiento de ella, conturbó mi ánimo: Adriano no ha muerto».

Confieso que, al llegar a este punto, no pude por menos de abandonar por unos instantes la lectura de la carta para reflexionar acerca de la singular situación ante la que me veía enfrentado. ¿Cómo sospechar la primera vez que intenté visitar la mansión Lenton lo que estaba sucediendo en su interior? ¿Qué extraña transformación debida a desconocidas influencias estaba experimentando mi amigo? ¿Cómo interpretar el desviado afecto que comenzaba a sentir por su hermana? Y, sobre todo, ¿cómo explicar que este incestuoso sentimiento, a pesar de que ella lo negara, no parecía disgustar a Mercedes? Más de una vez, refiriéndose a Víctor le había llamado inconscientemente «mi esposo», aunque después hubiera tachado la palabra y la hubiera sustituido por la adecuada de hermano. Finalmente, ¿qué se ocultaba tras aquel elevado muro que impedía la visión de parte del jardín, y qué rumores eran aquellos que yo había oído el día en que intenté visitar a mis amigos?

«Leyendo a hurtadillas el diario de Víctor —conti-

nuaba la carta de Mercedes— supe que mi... mi esposo había sido seducido por una secta de carácter místico llamada «Los Mendigos de Isis» que pretendía resucitar el culto a las antiguas divinidades egipcias.

De igual modo que una persona puede sentir repentinamente una vocación y abandonar el mundo para entrar en religión, sin que eso quiera decir que ha dejado de amar a sus parientes y deudos, de igual forma, supongo, Adriano había sido subyugado por aquel culto místico y permanecía en algún lugar de Egipto formando parte de los que se llaman a sí mismos mendigos de la diosa Isis...

....

No le oculto, no obstante, que al enterarme de que Adriano continuaba con vida, experimenté un extraño sentimiento que nada tiene que ver con la alegría. Más bien pudiera ser calificado de sorpresa. Me horroriza lo que a continuación confieso, pero, en algunas ocasiones, y debido a no sé qué diabólica influencia, no me repugnan como debieran las atenciones de que mi hermano Víctor me hace objeto. Otras veces, y cuando me apercibo de lo nefando de mi consentimiento a sus leves caricias, me desespero y no acierto a comprender cómo no pongo fin a mi vida antes de que sea demasiado tarde.

He tenido conocimiento, merced al diario de Víctor, de que él mismo se sintió subyugado por los Mendigos de Isis, y de que asistió a una experiencia de carácter místico en la que creyó ver a la propia hija de la diosa, la cual, deseosa de apoderarse de su cuerpo y de su alma, y al haber tomado Víctor precauciones para impedirlo, le maldijo y le condenó a penar durante el resto de su vida.

Creo que... yo, a veces,... siento como si algo fuera infundido en mí. Igual que si alguien superior... no desearía continuar estas letras...

....

'No sé que extraña locura o posesión está apoderándose de mi ser. Sólo puedo explicar que, a veces, me siento retrotraída a épocas remotas y a ámbitos intemporales. En esas ocasiones experimento un placer infinito, y una pena infinita a la vez por no haber podido todavía conseguir el amor... el amor que me inspira... Pero no debo decirlo. Es demasiado horrible para ser expresado en voz alta o puesto por escrito.

Creo haber intuído, por otra parte, a lo que Víctor se dedica en sus cada vez más frecuentes encierros en la saleta contigua a su dormitorio.

Ya le dije que, mirando por el ojo de la cerradura, le había visto manipular las innumerables piezas de una especie de rompecabezas o *puzzle* de grandes dimensiones. Pues bien, en su diario hay un párrafo, que a continuación transcribo, que puede orientarle acerca de lo que intento decirle.

Anoche he vuelto a oír el sonido del sistro. Alguien lo agitaba cadenciosamente desde la oscuridad, pero en cuanto encendí la luz y miré en derredor, la vibración cesó, y no pude ver a nadie. Me desperté creyendo que cerca de la cama había una serpiente que sacudía los anillos de su cola. En seguida me pareció que aquel tintinear metálico era producido por el entrechocar de las ajorcas presas en la garganta del pie de una bailarina sagrada. Pero unos segundos antes de que mis dedos oprimieran el pulsador de la luz, comprendí que lo que llegaba a mis oídos era el sonido del sistro. Me levanté estremeciéndome de frío, y abandonando el dormitorio, pasé a la saleta inmediata. Sobre el tablero de la mesa reposaban las innumerables piezas del mosaico tal y como las había dejado antes de que el sueño me rindiera. Sé que, si algún día logro recomponer la figura oculta y diseminada entre los incontables pedazos, alcanzaré la paz que me fue arrebatada en las riberas del gran río, junto a las ruinas de Dar-el-Sakar.

«No sé —continuaba la carta de Mercedes— lo

que Víctor intenta recomponer, pero le aseguro que temo el momento en que llegue a lograrlo.

Desde que regresó de su viaje, ha decorado sus aposentos con objetos de arte egipcio, y en los escasos minutos de que dispongo para leer a escondidas su diario, me siento acechada por el dios-chacal o por el ibis sagrado. Las estatuillas negras parecen mirarme desde los rincones de la habitación, y un tembloroso efluvio eléctrico parece surgir por debajo de la puerta en la que se encuentra el entretenimiento en el que se ocupa mi esp... hermano la mayor parte del día y de la noche...

Pero lo que me ha inducido a dirigirle estas letras ha sido el último de los acontecimientos.

Hace dos días, Víctor salió, como de costumbre, en busca de alimentos con que sustentarnos, pero, cosa contraria a lo habitual, no regresó hasta bien entrada la noche.

Yo, acechando desde la puerta de mi habitación, o más bien debería decir de mi celda, observé que venía cargado de paquetes y envoltorios de considerables dimensiones que introdujo en su dormitorio sin más dilación.

Aproximándome a la puerta de sus aposentos, pude oír el ruido que hacía al desenvolver los paquetes, y al filo de la media noche, cuando comprobé que se hallaba recluido en la saleta próxima a su dormitorio, entré sigilosamente en la alcoba y quedé horrorizada al contemplar los objetos que se había proporcionado.

Sobre una mesa se hallaba extendido el más completo arsenal de instrumentos de cirugía: bisturíes, sierras, pinzas, tenacillas de varias dimensiones brillaban bajo la luz de la pequeña lámpara de la mesilla. Pero a su lado también pude ver otros instrumentos herrumbrosos y, al parecer, mucho más antiguos: garfios curvados por sus dos extremos, cuchillos de formas orientales, vasijas para contener Dios sabe qué inmundicias, tenazas oxidadas y...

Le ruego —terminaba improvisadamente la carta—

que venga a casa y entre en ella aunque sea forzando la puerta. No tengo tiempo. El ronda mi alcoba desde hace rato, y ella... yo...»

La misiva finalizaba con un tembloroso garabato en el que apenas se adivinaba la firma de Mercedes, y, mientras guardaba la carta, consideré que habían transcurrido ya numerosos días desde que aquellos renglones habían sido escritos. Ignoraba lo que podía haber pasado desde entonces, pero, sin pérdida de tiempo, me dispuse a visitar la mansión Lenton.

La naturaleza parecía haberse puesto en consonancia con mi ánimo y querer recordar la primera visita que hiciera a la casa de Víctor después de que mi amigo regresara de Africa.

Mientras me aproximaba a la mansión, el cariz del día, uno de los últimos del mes de marzo, cambió repentinamente, y lo que había sido una mañana espléndida, dejó paso a una tarde borrascosa que amenazaba con derivar en una noche procelosa. Negras nubes se fueron acumulando desde los cuatro puntos cardinales y parecían converger sobre la zona en que se encontraba la mansión, la cual, aislada en medio de los campos, asemejaba un imán que atrajera, lo mismo que un árbol en el llano, la furiosa descarga de la tempestad.

De aquel modo, habiendo llegado a la residencia de mis amigos a una hora en la que consideraba que gozaría de una perfecta claridad solar, me vi envuelto, debido al súbito cambio de tiempo, en una oscuridad caliginosa con la que no había contado.

Abandonando mi vehículo unos cien metros antes de la entrada en el parque, caminé por el sendero de grava flaqueado por setos de altos arbustos, hasta que, al torcer un recodo, la mansión Lenton apareció ante mí. En los cristales de sus ventanas se reflejaban las últimas y débiles luces del sol muriente, y mientras me aproximaba a ella, una gran nube se interpuso entre el horizonte y la casa, de manera que los crista-

les dejaron de brillar y la fachada de la mansión se tornó tan oscura como la tierra sobre la cual se asentaban sus cimientos. En aquel instante una chispa eléctrica saltó de una nube a otra, y de no haber sido yo un hombre de carácter frío y eminentemente racional, hubiera jurado que la exhalación había dibujado en su quebrado y fugaz recorrido una figura que me recordó ciertos signos jeroglíficos de la antigua escritura egipcia.

Una vez en lo alto de la escalinata, alcé la mano para alcanzar el pesado aldabón, y cuando ya lo tenía asido, un deslumbrante relámpago iluminó los campos. El ruido de mis golpes coincidió con el horrendo trueno que siguió a la fulminación, y durante un momento consideré que mi llamada se habría confundido con el fragor producido por la exhalación.

Poco después, no obstante, se abrió bruscamente la mirilla de forma cuadrada y unos ojos brillaron en la oscuridad. La luz de un relámpago me permitió descubrir que el rostro que se ocultaba tras la rejilla tenía un cierto parecido con el de mi amigo.

—Víctor —exclamé, y los ojos continuaron escrutándome imperturbables—. Víctor —repetí, pero mi voz quedó ahogada por un trueno horrísono.

—Desdichado —gimió el que parecía ser mi amigo.

—Abreme, te lo ruego.

—Pobre de mí —musitó el que se encontraba tras la puerta.

—Es preciso que me abras —grité—. He recibido una carta de Mercedes.

Un tristísimo lamento salió de la garganta del que parecía ser Víctor cuando oyó aquel nombre, y, de pronto, la mirilla se cerró con violencia dejándome abandonado bajo aquel cielo tempestuoso y cambiante. Golpeé con ira la puerta durante varios minutos; grité de rabia y desesperación, pero mi voz apenas si se oía en el fragor de la tormenta.

Al cabo de cierto tiempo la mirilla volvió a abrirse, y aquellos ojos aparecieron de nuevo tras el enrejado. Una voz procedente del interior me habló:

—¿Por qué has venido?

—Necesito verte y hablar contigo —repuse—. Déjame entrar.

—Lo lamentarías al instante —me dijo el que se ocultaba tras la mirilla.

—Mucho más lamentaría tener que marcharme sin haberos visto a los dos. Abreme —insistí.

La mirilla volvió a cerrarse, y al cabo de unos instantes se escuchó el ruido producido por el descorrer de cerrojos. Un instante después la puerta se entreabría.

El vestíbulo estaba completamente a oscuras, y apenas pude orientarme merced al resplandor de los relámpagos y a la mortecina luz de una vela que parecía situada en una estancia interior. Apenas hube puesto los pies dentro de la casa, la puerta se cerró, y una sombra que sin duda era Víctor, me invitó a pasar a un amplio salón, en el centro del cual, y sobre una mesa, brillaba la ténue llama producida por una lámpara de aceite que apenas conseguía iluminar una reducida porción de la estancia. «Siéntate», dijo la voz de Víctor, el cual, manteniéndose a mis espaldas, se situó en un sillón fuera del alcance de la luz.

Conforme mis ojos se fueron habituando a la débil iluminación, pude apercibirme del radical cambio que había sufrido aquella habitación. La rica decoración que llenaba paredes y techo había sido arrancada de cuajo. No había rastro de cuadros ni espejos, y la mayoría de los muebles se hallaban en un lamentable estado de abandono. Recorriendo con mis ojos el salón, pude darme cuenta de que en el lugar que antes habían ocupado artísticos candelabros estaba ahora ocupado por oscuras estatuas que representaban divinidades egipcias, y los elegantes relojes de estilo habían dejado paso a antiguas vasijas toscamente torneadas en barro.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está Mercedes? —pregunté finalmente.

Un suspiro escapó del pecho de mi amigo, del cual sólo podía ver la figura recortada contra la pared y el brillar en sus ojos del reflejo de la lámpara de aceite.

—Te advertí que no deberías entrar —repuso con voz fatigada—. Pero ahora ya es demasiado tarde. No sé el tiempo que podré permanecer aquí contigo y en este estado, pero ya que los hechos que van a seguir son por su propia naturaleza inevitables, voy a narrarte lo que ha ocurrido. Considera esto como tu última voluntad —terminó.

Al oír aquellas sentenciosas palabras, no pude por menos de estremecerme, y recordé con cierta aprensión que, una vez sentado en aquella estancia, y mientras mi amigo permanecía todavía en el vestíbulo, había oído el correrse de cerrojos y el ruido de llaves en la cerradura.

—Tengo noticias de tu viaje a Egipto —comencé a decir—. Y por medio de una carta de Mercedes estoy enterado de algunos pormenores y sucesos que no acierto a comprender bien. Te ruego, por tanto, que satisfagas mi curiosidad y me aclares aquello de lo que tan sólo fragmentariamente estoy enterado.

—Sea —sentenció mi amigo lacónicamente. Y dio comienzo a su relato:

—Conocí por boca de mi esposa los detalles que te reveló en su carta. Sé, porque yo mismo lo permitía sin que ella lo advirtiera, que se dedicaba a leer a escondidas mi diario cuando creía que yo no la veía, y sé que, a última hora, hizo llegar hasta tí, aunque ignoro por qué medios, una misiva en la que te ponía al corriente de diversos sucesos cuya culminación han tenido lugar estos últimos días.

No te extrañes si me oyes nombrar a mi hermana Mercedes con el título de esposa, porque en verdad lo ha sido, aunque más adelante comprenderás que lo que ahora tomas como pecado nefando no es sino la lógica conclusión de unos hechos que tenían que cumplirse. Es inútil poner trabas a lo inevitable, y yo lo he comprendido ya bien a mi pesar.

Ella te relataba en su carta casi todo lo referente a mi estancia en Egipto, mis pesquisas en busca de Adriano y la terrible experiencia por la que pasé en las ruinas de Dar-el-Sakar.

, Sé que Mercedes no dio crédito en principio a mi narración, como igualmente sé que tú te resistirás a creerme, pero has de saber que no hay ni un ápice de mentira en lo referente a la secta de los mendigos de Isis.

Recuerdo ahora aquella noche en la que, deseoso de contemplar de cerca los misterios del más allá, pero temeroso de verme arrastrado a participar en ellos, me hice atar fuertemente a un árbol, por mediación de un amigo, y de esta guisa permanecí a la espera de que sucediera lo que tenía que ocurrir en las ruinas de Dar-el-Sakar.

Desde la altura en la que me había situado podía contemplar el río y el desierto, que como una antítesis irreconciliable, discurrían a mi izquierda y a mi derecha. Pero más allá, justamente detrás de las ruinas del templo, a muchos kilómetros de distancia, el río y el desierto parecían unirse como ahora lo están en mi cerebro. Así como los musulmanes efectúan sus abluciones con arena produciendo ésta los mismos efectos espirituales que el agua, cuando el líquido al que aludo no se encuentra presente, de igual forma es posible ahogarse con arena. El río y el desierto, la sequedad y la frescura, tienen un punto de contacto, consideradas desde el cual, sólo son una única cosa. Esto es lo que debiera haber comprendido aquella noche en Dar-el-Sakar.

Sea como fuere, desoyendo la llamada de quien es más poderosa que todos los mortales, hurté mi ser a sus deseos, y desde entonces arrastro una maldición de la que seguramente tú estás llamado a liberarme.

Ofendiendo de la forma que ya conoces a la diosa de la luna, pensé que huyendo de aquel país me libraría de su influencia, sin apercibirme de que el pálido astro nocturno ofrece su faz por las noches a todos los puntos del planeta.

Al regresar a nuestra patria, preferí, puesto que sabía que la recuperación de Adriano era imposible, hacer creer a Mercedes que su esposo había muerto. La invité en consecuencia a vivir conmigo a fin de

aliviar su soledad en la medida de mis posibilidades, y me dediqué a algo de lo cual ya tienes noticia.

Ignoro de qué forma llegó hasta aquí, pero al abrir una de mis maletas descubrí en ella una pequeña, pero venenosa serpiente, a la cual di muerte de inmediato. Bajo sus anillos se encontraban innumerables fragmentos de cerámica que casi llenaban mi maleta, y que parecían las piezas de un antiguo *puzzle* o juego ritual.

Deduje por alguno de los trozos, que aquellos fragmentos, una vez recompuestos y situados en su lugar correspondiente, permititirían la contemplación de un rostro de mujer, precisamente aquel de la aparición que me robó la cama desde que la pude contemplar junto a las ruinas de Dar-el-Sakar, y, desde aquel momento, no tuve tregua ni reposo. Todo mi afán era recomponer el mosaico y contemplar, de una vez por todas, el rostro de aquella a la que, muy a mi pesar, pertenecían ya mi cuerpo y mi alma.

Poco a poco las piezas fueron encajando en sus respectivos lugares, y poco a poco también, me fui dando cuenta de que aquellos labios, aquel mentón, el lóbulo de aquella oreja tenían gran similitud con las facciones de mi hermana Mercedes.

Asombrado por mi descubrimiento, me ensimismé tanto en mi tarea que me pasaba las noches y los días encerrado en mi gabinete. En mi mente se confundían el agua del padre río y las arenas del desierto, y en el mosaico iban apareciendo, también confundidos, los rasgos de mi hermana y los de aquella embrujadora aparición que una noche me fue dado contemplar.

En los escasos momentos en que me reunía con Mercedes, a la que tenía sometida a un enclaustramiento, forzoso al principio, advertí que comenzaba a mirarla con ojos diferentes. En algunas ocasiones sus gestos y sus actitudes me recordaban algo que permanecía grabado en mi memoria desde cierta noche, y hasta tenía la impresión de que mis incipientes caricias no le resultaban indiferentes. Otras veces, no

obstante, sorprendía en su mirada unos destellos de odio similares también a los que vi en el rostro de la aparición cuando se sumergió despechada en las profundidades de su tumba.

Poco a poco, la idea de convertir a mi hermana en mi esposa me fue pareciendo natural, y no sé de qué manera, recordé que, entre la realeza egipcia, era frecuente que el propio faraón desposara a su hermana, única persona digna de ser poseída por el señor de Egipto.

De este modo, y al tiempo que, tras construir un recinto en el que consumar mis deseos, iba dando fin a la recomposición del mosaico, me aislé por completo del mundo, y conmigo a Mercedes.

Cierta noche terminé mi trabajo, y pude finalmente contemplar la figura que ocultaba el disgregado mosaico. Ante mí apareció un rostro de mujer, en el cual se confundían los rasgos de la hija de Isis y de mi hermana, y lejos de encontrar la paz, como había creído que ocurriría al terminar aquella ardua tarea, experimenté una aguda desazón. Viendo a Mercedes comprendí que aquella mujer no era ya mi hermana, sino que la despechada divinidad había tomado posesión de ella y se me ofrecía de aquel modo a fin de dar conclusión a la ceremonia que se frustrara una noche junto a las ruinas de Dar-el-Sakar.

Dándome cuenta de que toda resistencia era inútil, me introduje una noche en el aposento de Mercedes, la cual, sospechando mis intenciones, huyó aterrorizada a otro lugar de la casa. Yo la perseguí por diferentes habitaciones, y finalmente, la encontré refugiada en la construcción que en mi delirio había ordenado edificar en una parte del jardín.

Allí estaba, vestida con el traje que yo me había procurado tiempo ha.

Aparecía hierática en la puerta de la cámara. La luz de la luna la envolvía en un halo al incidir sobre los sutiles velos con que cubría su cuerpo. Sus ojos, perfilados con negrísimo khol, destelleaban en la semipenumbra en la que los sumía su peluca de azabache.

Sus labios, ligeramente entreabiertos, eran una ardiente invitación al amor más desesperado. Sus breves senos se adivinaban bajo la gasa transparente que caía en pliegues inundando sus muslos. Sus pies desnudos eran como dos palomas en tierra blanqueados por el resplandor lunar. Uno de sus brazos se desmayaba lánguido a lo largo de su cuerpo, y el otro, doblado en ángulo recto, adoptaba una postura ceremonial. Un metálico sistro temblaba en su mano de nácar, y al agitarse era como si ríos de plata inundaran la noche...

En aquel momento —continuó mi amigo— comprendí que hay designios contra los que es imposible luchar, y que existen voluntades superiores contra cuyos deseos la huida resulta vana.

El rostro de aquella mujer aparecía cambiante, y fluctuaba igual que si estuviera sumergido bajo el agua. Tan pronto sus facciones se asemejaban a las de mi hermana Mercedes como a las de aquella que me fue dado contemplar en Dar-el-Sakar. A veces parecía invitarme a compartir con ella las delicias del amor, y un instante después parecía aterrorizada de mis avances y dispuesta a defenderse de mis acosos. Por fin, venció la fuerza mayor, y llevando en brazos a la que batía místicamente el sistro, la introduje en la construcción del jardín y la hice mi esposa».

Un terrible lamento surgió del pecho de mi amigo, y hundiendo la cabeza entre sus manos, comenzó a sollozar amargamente. Yo, aunque espantado por tan horrorosa historia, deseaba ver cuanto antes a la que, solicitando mi ayuda, me había remitido la misiva que anteriormente transcribí. Me aproximé a Víctor, y poniendo una mano sobre su hombro procuré calmarlo. Entonces él levantó el rostro hacia mí y pude contemplar la transformación que el sufrimiento y la desesperación habían obrado en sus facciones. Parecía haber envejecido quince años. Su faz estaba surcada de arrugas, su cabello blanquecino; su barbilla temblaba presa de una agitación incontenible, y en sus ojos brillaba una remota luz de odio y de terror.

—¿Dónde está Mercedes? —pregunté.

Él permaneció mirándome con el aspecto de no haber comprendido mi pregunta.

—¿Dónde está ella? —repetí.

—¿Dónde está Ella? —repuso Víctor reiterando mi pregunta. Y sin que mediaran más palabras, se levantó vacilante, e invitándome con un gesto a que le siguiera, salimos de la habitación.

Una vez abierta la puerta que daba a la sección de jardín que rodeaba el muro, observé con perplejidad que, en el centro de aquella parcela había una construcción en estado ruinoso. Al aproximarnos al pequeño edificio pude comprobar que aquello era una especie de mastaba, en una de cuyas paredes había practicada una puerta que permanecía abierta.

Víctor, con el rostro transfigurado, me invitó a entrar en el interior, y de pronto nos encontramos en una cámara que parecía hacer las veces de capilla. Sus paredes estaban decoradas con pinturas sometidas a la ley de frontalidad, y extensas zonas aparecían cubiertas con textos en escritura jeroglífica. Sobre una gran mesa aparecía, perfectamente reconstruido, el *puzzle* del que Mercedes me había hablado en su carta, y aproximándome a él, vi un terrible rostro, bellísimo y terrorífico a la vez, cuyos ojos parecían mirarme como si estuvieran vivos. Ante mi asombro advertí que las facciones de aquella cara no tenían el menor parecido con las de la hermana de Víctor.

—¿Dónde está Mercedes? —pregunté con un hilo de voz.

Víctor señaló en cierta dirección, y a la fluctuante luz de unas lámparas de aceite, pude ver que lo que me había indicado no eran sino varias vasijas de barro, al mirar en el interior de las cuales creí morir. Sumergidas en un líquido de penetrante olor, aparecían las vísceras de un ser humano perfectamente conservadas.

Tuve que apoyarme en la mesa para no caer desmayado, y entonces, mis manos tropezaron con algunos objetos metálicos de tacto herrumbroso. Cuando

los vi pude comprobar que se trataba de retorcidos garfios e incisivos bisturíes todavía manchados de sangre.

—¡Dios mío! —exclamé horrorizado—. ¿Qué has hecho?

En aquel momento me sentí violentamente empujado hacia una estrecha escalera que parecía hundirse en el subsuelo por la que caí rodando.

Aturdido por el golpe, intenté levantarme, y al ponerme en pie en aquella cámara subterránea, a punto estuve de desplomarme nuevamente ante el espectáculo que se ofreció a mis ojos: en el interior de un sarcófago egipcio, que se hallaba destapado, yacía una figura de mujer terriblemente demacrada.

Me aproximé temblorosamente a ella, mientras sentía a mis espaldas la presencia de Víctor, y, una vez cerca del cadáver, pude comprobar horrorizado que aquel cuerpo momificado pertenecía a la que había sido Mercedes.

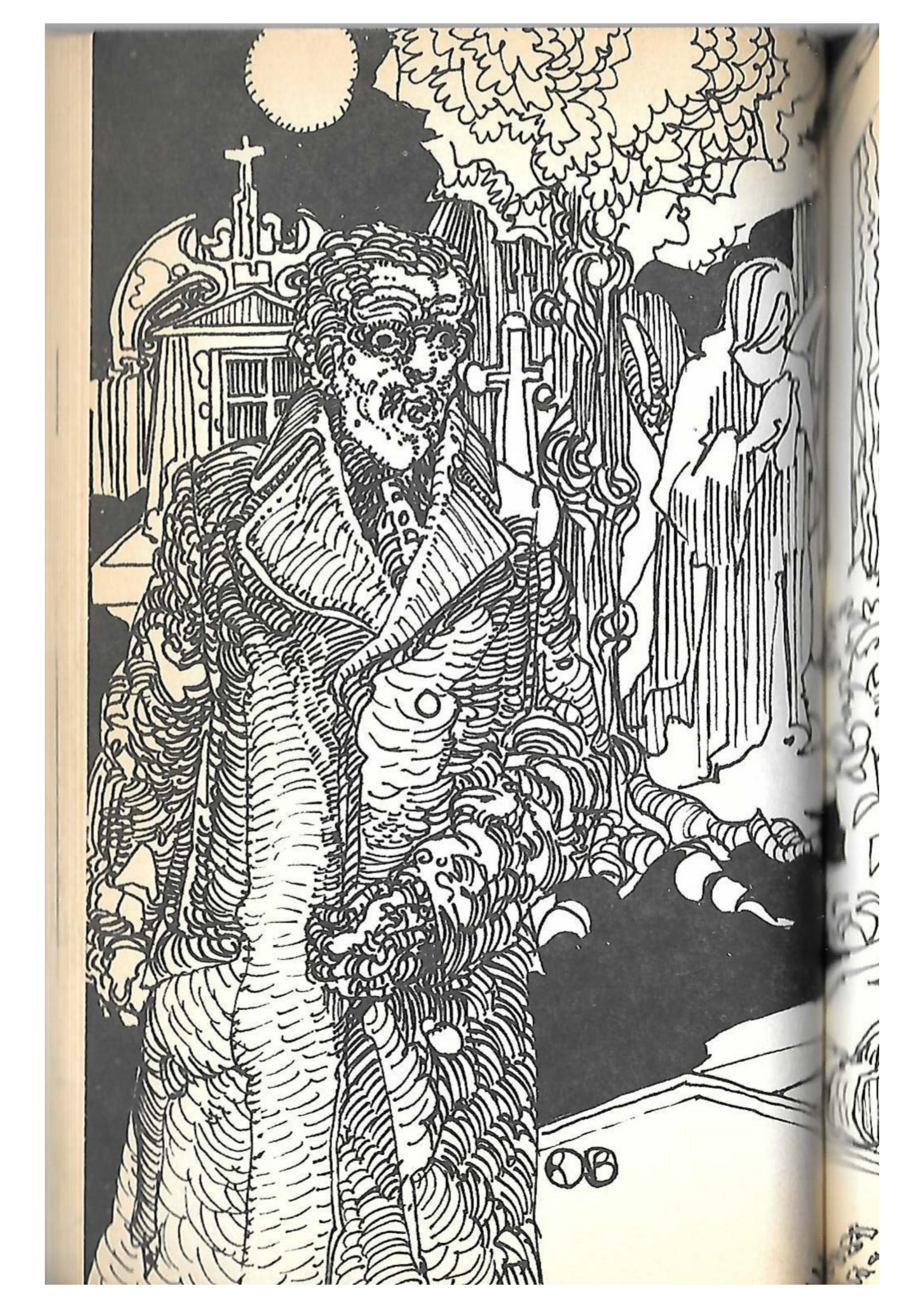
De aquellos despojos habían sido sin duda extraídas las vísceras corruptibles por medio de procedimientos propios de la antigüedad, y con toda probabilidad eran las que yo había visto en las vasijas situadas en la capilla. Todo el cuerpo de la difunta estaba cubierto con vendas al modo de las momias egipcias, y tan sólo el rostro, cuya piel aparecía amarillenta y apergaminada, era visible.

Temblando de pavor, me aproximé más al sarcófago, y en aquel momento creí percibir un ligero temblor en uno de los brazos que la momia tenía cruzados sobre el pecho. Contemplé el rostro más de cerca y, de súbito, los ojos del cadáver se abrieron, y la expresión de su faz cambió súbitamente hasta adquirir los rasgos de la cara que había visto reconstruida en el mosaico de la capilla.

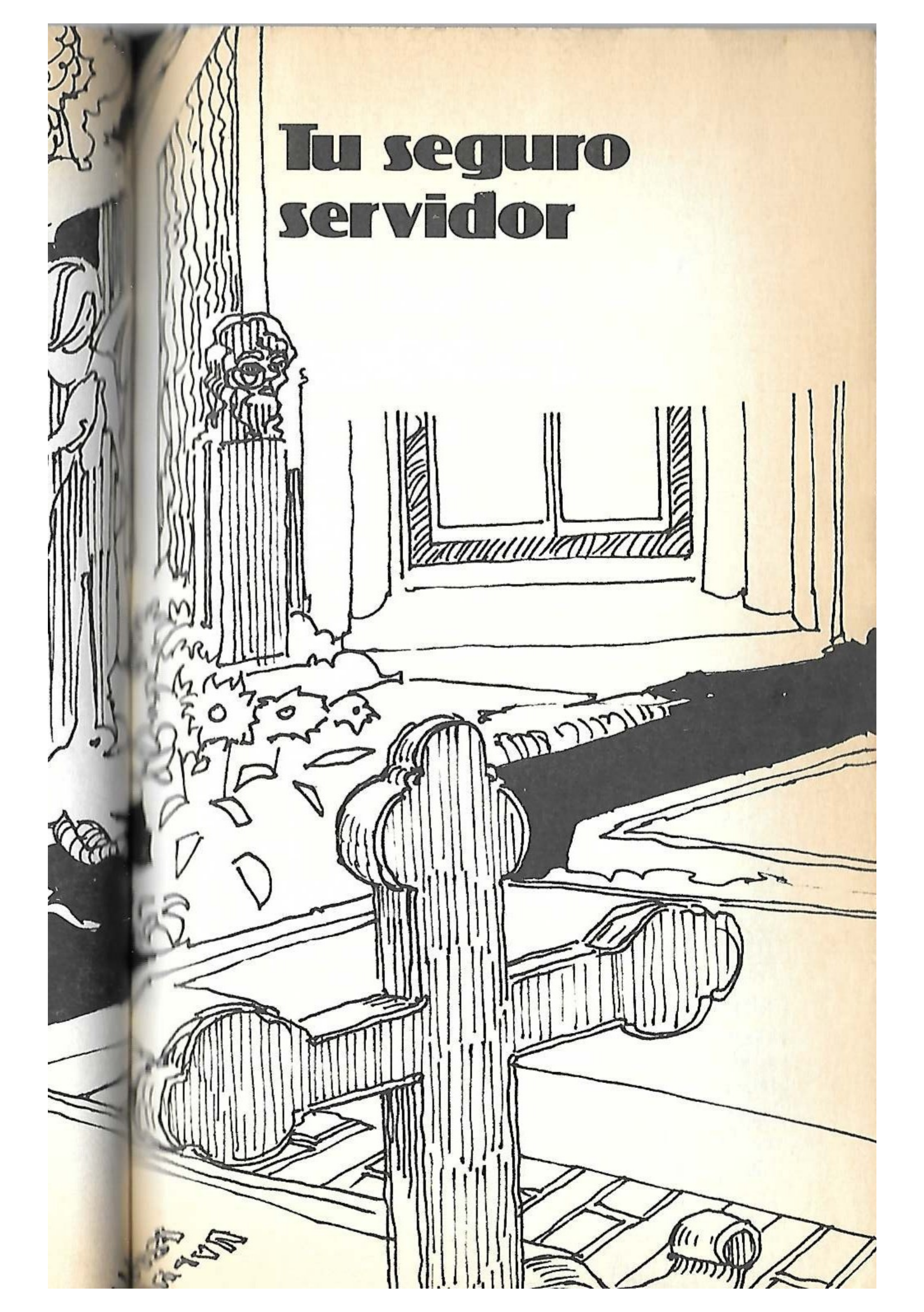
Retrocedí espantado, y dando un empujón a Víctor, que cayó sobre la momia, subí vertiginosamente las escaleras. Atravesé la capilla velozmente, y en mi precipitación derribé una de las vasijas, cuyo contenido se esparció por el suelo y se incendió al contacto

con la llama de una de las lámparas que también habían caído. Al instante se produjo un devastador incendio. Salí de la edificación, y cerrando fuertemente la puerta de la mastaba, atravesé el jardín y entré en la casa. Desde allí pude ver cómo el fuego devoraba la ruinosa construcción, y a través del ramaje y de los arbustos secos, se propagaba hasta la mansión.

Corrí hacia el vestíbulo, y tras unos minutos de laboriosos manejos con cadenas y cerrojos, conseguí abrir la puerta y hui por el sendero de grava como alma que lleva el diablo. Una vez llegado hasta el lugar en que había dejado mi vehículo, lo puse en marcha y no me detuve hasta alcanzar el final de la planicie, desde donde contemplé la mansión Lenton envuelta en llamas.



Tu seguro servidor

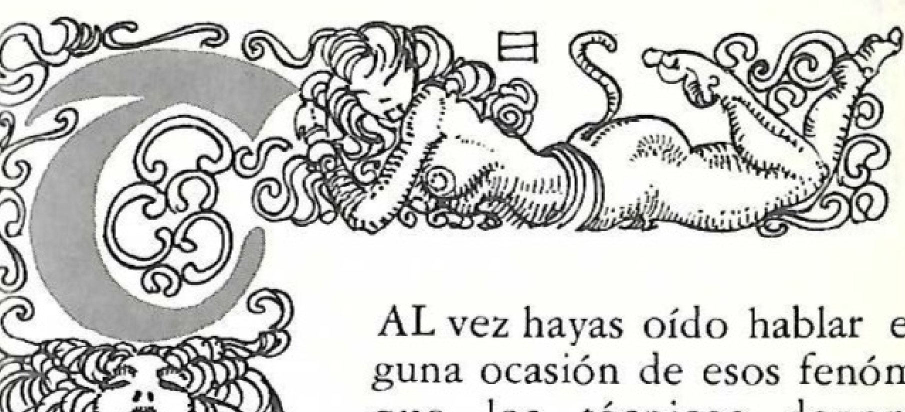


Tu seguro servidor

Luis C. González del Pozo

Las páginas que les ofrecemos a continuación aparecieron en la Editorial, sin más, una mañana entre la correspondencia habitual y a nombre del Jefe de Redacción. Supusieron y suponen un reto. Por eso, yo recomiendo al lector que lea cuanto sigue y con detenimiento y que repita su lectura cuantas veces sea necesario, pero que luego acuda a la lógica y al sentido común si quiere llevar la serenidad a su alma.

El Editor J. A. V.



AL vez hayas oído hablar en alguna ocasión de esos fenómenos que los técnicos denominan «impregnaciones». No son, sino las pruebas más palpables de que más allá de la muerte hay otro mundo. Otro mundo infinitamente más cierto que el habitualmente conocido como real, que ni es real, ni, mucho menos, conocido.

Porque, para comprenderlo, habríamos de desentrañar los misterios del más allá, del único Universo sólido y verdadero, que envuelve, domina y maneja cada uno de nuestros actos, de nuestras libertades...

* * *

Hace pocos años, un reportero fotografiaba en la calle la llegada de famosos al estreno de una película estelar. Al revelar en su casa los negativos, observó en uno de ellos cierta mancha difusa que, en principio, atribuyó a cualquier defecto del material. Al ampliar en positivo, apareció sobre el papel la inconfundible silueta de una persona suspendida en el aire. Intrigado, consultó los archivos del periódico. No cabía la menor

duda: había fotografiado la caída de un suicida que, meses atrás, se arrojó desde el último piso del edificio contiguo al cine.

Un grupo de excursionistas acampó en la proximidad de un viejo castillo. Al caer la noche decidieron, antes de retirarse a sus tiendas de campaña, jugar un rato a las cartas al abrigo de los semiderruidos muros. Cuando más enfrascados se encontraban en su partida, vieron aparecer un caballero, ataviado a la usanza medieval, que cruzó la estancia en silencio, sin apartar un instante del grupo sus ojos luminosos, casi fosforescentes. Antes de que los asombrados espectadores pudieran reaccionar, se había filtrado por entre las piedras de la pared opuesta.

En noches sucesivas, comisiones de expertos trataron de reproducir el fenómeno; con escaso éxito. Sólo consiguieron escuchar un salvaje grito de agonía, mezclado con entrechocar de espadas.

En la actualidad, la zona permanece cercada y los curiosos han de obtener permiso para visitar las ruinas.

Seguramente habrás oído muchas historias de este tipo. Historias de aparecidos que rondan el lugar en el que murieron violentamente. Estas son las llamadas «impregnaciones», los leves resquicios por los que el mundo real nos advierte su constante presencia. Y las apariciones resultan tanto más perceptibles, cuanto más atroces hayan sido las circunstancias de la muerte.

Antes de seguir adelante, quiero que sepas que cuanto acabo de escribir es cierto. En realidad, me conformo con que lo consideres posible.

En cualquier caso, por microscópica que fuera la duda que ya tienes en el cuerpo, bastaría a mi propósito. Sé que, fatalmente, dentro de unos días consultarás libros sobre el tema y te convencerás. Los hay a cientos. De momento, confía en mi palabra.

Yo conocía todo esto hace mucho tiempo. Sabía que los muertos tienen poderes inimaginables para los que aún permanecemos a este lado. Poderes que

no siempre emplean en lo que, convencionalmente, consideramos «bien». Por algo son los amos.

Con este convencimiento y la colección de cuentos que tienes ahora en las manos, he urdido mi plan. Y voy a explicártelo. Es simple y seguro a la vez.

El primer paso es la publicación de este relato. Dentro de unos minutos estará, totalmente mecanografiado, en el interior de un sobre. Y esta noche dormirá en el buzón de Correos. Pasado mañana lo recibirá el Jefe de Redacción. No ha sido difícil averiguar su domicilio.

Les gustará. Es original, no está mal escrito y, por si fuera poco, supone una cierta publicidad para su pomposamente llamada «Biblioteca Universal». Son, ante todo, negociantes, no lo olvides. Irá acompañado de una nota en la que explico que, por la naturaleza del cuento, prefiero no firmarlo con mi verdadero nombre. He atado perfectamente todos los cabos.

Por supuesto, lo tomarán a broma. Pero lo publicarán, seguro. Por las razones que he expuesto y «por si acaso». Podría jurar que alguno de ellos insinuará, entre sonrisas, la posibilidad de que los incluya en mi venganza si lo tiran a la papelera. Y no estará equivocado, palabra.

Sí, ahora ya puedo decírtelo. Ahora que no serías capaz, aunque te lo propusieras, de cerrar el libro y olvidar lo que has leído. Quiero que lo sepas: se trata de una venganza, maravillosamente planeada. Una venganza de la que tú, precisamente tú, eres la víctima. Y te desafío a que dejes la lectura. No podrás. ¡Inténtalo!

¿Lo ves?

El segundo paso es más sencillo. Tan solo he de matarme...

Pero tengo una ventaja sobre tí: mi final será suave y rápido, sin ningún dolor. Todo lo contrario que el tuyo, lento, terrible, interminable...

Para que mi plan se realice a la perfección, necesito haber muerto. Porque sólo los muertos tienen pode-

res ilimitados. Y no me conformaré con aparecer en la placa de cualquier fotógrafo o en medio de una reunión de aburridos excursionistas. No. Yo los voy a utilizar para destruirte. A tí.

Sé lo que estás pensando en estos momentos. Que soy uno de tantos escritores aspirantes al millón o, tal vez, un pobre loco.

Te equivocas. Dentro de muy pocos días comprobarás, para tu desgracia, que estás equivocado.

Podría explicarte ahora los motivos de mi odio, la razón de esta sutil venganza que ya he comenzado a ejecutar. Me bastaría narrar con pelos y señales un suceso del que tú y yo fuimos protagonistas hace tiempo y que casi has olvidado. ¡Pero, ay, la memoria del ofendido es siempre la más sólida!

Prefiero que tú también lo tomes a broma. No quiero que sepas todavía que eres, precisamente tú, el blanco de mi odio.

Lamento tener que implicar a tantos inocentes, pero supongo que cuando la gente compra relatos de terror es porque les apetece sentir siquiera alguna leve inquietud.

Necesito que, en principio, puedas refugiarte en el mismo razonamiento que el resto de los lectores:

«En primer lugar, no es más que un cuento. Y, aunque no fuera así, ¿quién me asegura que los muertos tengan poderes sobre los vivos? ¿Quién podría asegurarme, siquiera, que exista un más allá? Y, en el peor de los casos ¿quién no tiene algún enemigo? Negocios, familia, trabajo, amor... Cualquiera —sobre todo un loco— puede sentirse ofendido por la más simple de las bobadas. ¿Por qué voy a ser yo, precisamente yo?»

Así quiero que razones. Refúgiate en la multitud. Considérate seguro. Ya me encargaré yo de irte sacando poco a poco de tu confianza. De esta forma, todo será más lento, más cruel, más terrible...

¿Comprendes ya por qué no publico esos datos que solo tú podrías interpretar, esos datos que muy pronto descubrirás por tí mismo?

Ya te he dicho que voy a matarme. He escogido un veneno que adormece primero y paraliza luego, bruscamente, el corazón. No sufriré lo más mínimo.

Lo tengo frente a mí, disuelto en el vaso de whisky que beberé en cuanto llegue al próximo punto y aparte. Justamente ahora.

¡Ya está! Lo he apurado de un solo trago. Acabo de firmar mi sentencia y la tuya. No podría volverme atrás, aunque quisiera. Y no quiero. ¡Si supieras qué feliz me siento ahora que te sé irremisiblemente condenado!

Continúa leyendo tranquilo. Aprovecha el breve plazo que te concedo. Muy pronto haré que abandones la seguridad de sentirte uno más entre la multitud.

Dejaré que pasen unos días. Primero has de olvidar que has leído estas páginas. El efecto será, así, mucho mejor. Yo estaré, para entonces, en un lugar en el que el tiempo carece de sentido. Puedo esperar.

Y una noche cualquiera, cuando estés a punto de dormirte, produciré apenas un leve crujido en algún mueble de tu dormitorio. No le darás importancia. Las maderas suenan con frecuencia al variar la temperatura...

Después será una pesadilla. Como ves, todo muy normal al principio. Encenderás la luz, pensarás en otra cosa y no tardarás en conciliar de nuevo el sueño.

Dos o tres días después, casi a punto de dormirte, notarás una rara sensación. Como si hubiera alguien más en tu cuarto. Será, tan solo, una leve inquietud que no te costará demasiado dominar.

Pero la noche siguiente se repetirá el fenómeno. Nada más apagar la luz, te estremecerás con el presentimiento de no estar solo. Muy a tu pesar, verás como se ponen en guardia todos tus sentidos. Imaginarás suaves roces a tu alrededor, sonidos que, de tanto desear no captar, penetrarán más y más en tus oídos. El aire de la habitación parecerá moverse, notarás ligeramente alterados por la penumbra los contornos familiares del dormitorio: la mesilla, la lámpara, los libros... Todo parecerá un poco menos real.

Tu imaginación volará hacia lo misterioso y macabro. Intentarás pensar en otra cosa, sin conseguirlo. Darás vueltas y vueltas en la cama, temeroso de adoptar definitivamente una postura que deje justamente a tu espalda el verdadero peligro.

Consultarás el reloj. Muchas veces. A intervalos de minutos, que te parecerán horas.

Despertarás con la sensación de no haber descansado apenas.

Y cada noche un poco más. Un poco más cada noche.

Hasta que, fatalmente, vuelvan a tu memoria estas páginas.

Decidirás leerlas a la mañana siguiente, a plena luz, para reencontrar la seguridad de que nada tienen que ver contigo. Pero ya será imposible, porque la duda habrá tomado cuerpo en tu predispuesto cerebro.

Y, a partir de entonces, soñarás. De forma deslavazada e incoherente. Despertarás con la angustia de no ser capaz de recordar exactamente el tema central de tus pesadillas. Con la desesperación de sentir escaparse la clave por entre tus dedos. Tratarás de concentrarte en las huidizas imágenes, con la creciente ansiedad de estar siempre a punto de atraparlas.

Repasarás, día a día, toda tu vida, en busca de lo que debiste hacer y no hiciste y también de lo que fuiste capaz de hacer.

Confeccionarás lista tras lista de posibles enemigos. Buscarás en los periódicos de los últimos meses la noticia de algún conocido que haya muerto envenenado. Llamarás por teléfono a unos y otros, escribirás cartas...

Y noche tras noche se te escapará del recuerdo el mismo sueño.

Apenas podrás comer. Te volverás más y más irritable. Estallarán tus nervios a cada instante.

La oscuridad será tu peor enemigo. Cada vez te llegará más tarde el sueño. Y una mañana, al fin, recordarás. Sabrás que llevas semanas soñando con-

migo. Gritarás que no tengo derecho, por tan poca cosa. Que no quisiste hacerlo. Que te perdone...

Visitarás, uno a uno, los cementerios. No serás capaz de ir directamente al registro, para no ahogar así el último resto de esperanza.

Mirarás una a una las lápidas. Cientos de veces al día, pasarás bruscamente del alivio por no encontrarme al temor de topar conmigo en la siguiente.

Y cada noche será peor. Detrás del mínimo ruido, de cada minuto en vela, estaré yo. Mantendrás las luces encendidas y la radio funcionando. Ahora lucharás contra el sueño, porque también ahí estoy yo. Caerás rendido en cualquier sitio, en breves cabezadas que apenas aliviarán tu cansancio.

Fatalmente, acabarás encontrando mi tumba. Tus ojos intentarán negarse a leer mi nombre. Querrás convencerte de que puede tratarse de una coincidencia. Pero, por el escalofrío que recorrerá tu cuerpo, sabrás que no te queda ya la menor posibilidad a la que aferrarte.

Pedirás a gritos que acabe contigo cuanto antes. Y abandonarás el cementerio en loca carrera, volviendo atrás la cabeza a cada instante, temeroso de que surja de la fosa y me abalance sobre tí.

Y me verás. Esa misma noche me verás. Aunque tengas encendidas las luces, aunque suene la radio, me verás. Tan claramente como los excursionistas contemplaron la extraña figura medieval de mirada fosforecente.

Ahora comprenderás por qué he hecho publicar este relato, un relato que habrás leído miles de veces, hasta aprenderlo de memoria, en busca del más leve fallo, del más sutil incumplimiento que te hiciera concebir esperanzas.

Ha sucedido todo. Paso a paso. ¿Verdad?

Quiero que sepas que esto es el principio. Sólo el principio de tu interminable agonía.

Porque lo peor de tu sufrimiento comienza precisamente ahora. Lo que has padecido no es nada comparado con lo que te espera.

Pero ya no vas a tener ni el ilusorio consuelo de poder buscar en estas líneas el siguiente tormento.

Porque voy a interrumpir aquí mi relato...

Ya puedes comenzar a buscar en los libros más morbosos las posibles continuaciones de mi venganza y a mezclarlas en tu propia imaginación y en tu más íntimo miedo. Paladéalas una a una, presiéntelas.

Es inútil. Ni el escritor más pervertido podría imaginar algo tan refinado y diabólico como lo que te reservo.

Destrózate en la seguridad de que te espera algo que resultará un millón de veces más terrible y cruel que todo lo que has sufrido hasta ahora.

No lo olvides. Por mucho que lo desees, el final está lejos aún. Los muertos nunca tenemos prisa. Y el ansia de acabar de una vez será más fuerte cada día. Pero ni siquiera eso te concederé.

Ni una palabra más.

Mi tiempo comienza y el tuyo se acaba. Ya noto los primeros síntomas.

El sopor...

Muy pronto te tendré a mi merced. Dentro de unos minutos habré transpasado la barrera y serán míos todos los hilos... Incluso algunos más que no he previsto. El poder de los muertos es infinito, recuérdalo.

He de darme prisa en acabar el relato. ¡Qué bien he calculado el tiempo!

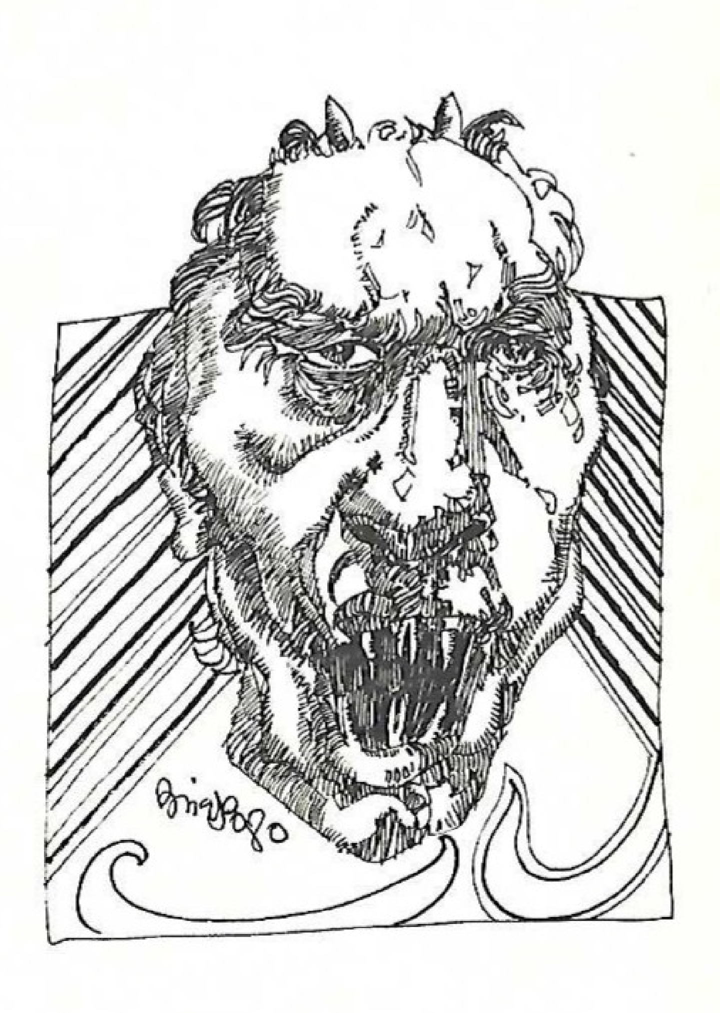
Se me nubla la vista. ¡Sería terrible que el veneno...!

Todos los condenados a muerte tienen derecho a una oportunidad. Tú estás irremisiblemente condenado y ésta es la tuya: que no me dé tiempo a llegar al buzón de Correos. Antes tengo que ponerle un sello... Sólo he de bajar dos pisos y caminar treinta o cuarenta metros. Aquí mismo, en la esquina, tengo un estanco, y a muy pocos pasos también un buzón...

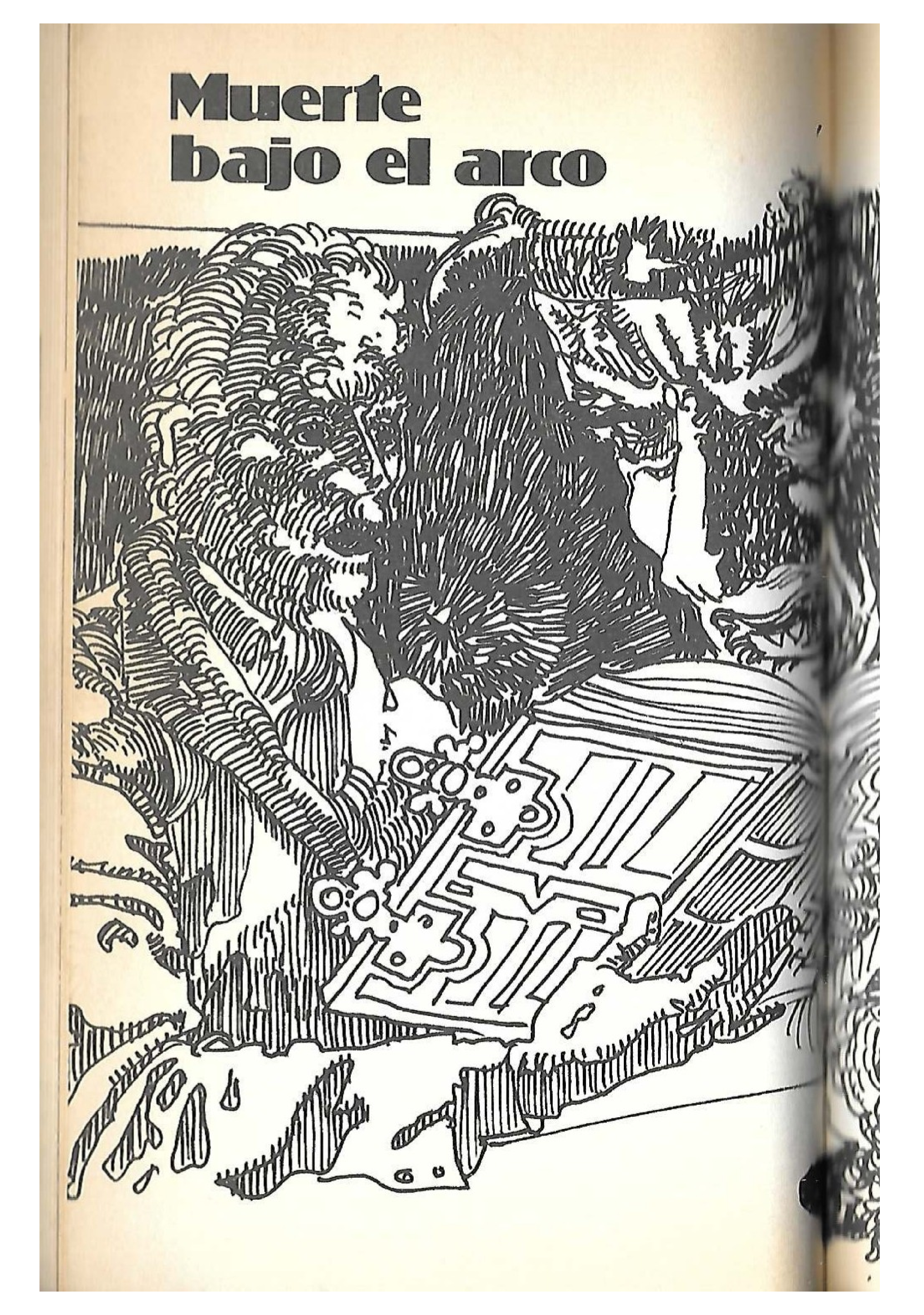
Hasta muy pronto.

¡Ay de tí si llegas a leer este relato!

Porque entonces sabrás que has perdido... que todo cuanto anuncio se va a cumplir...



Muerte bajo el arco





Muerte bajo el arco

Daniel Tubau

La lectura de aquel libro, de autor desconocido y del que nadie podía afirmar haber visto nunca copia alguna, conducía inexorablemente a la fatalidad, a la muerte...
Sin embargo —pensó—, debería existir un medio para zafarse del maleficio del libro y participar de su secreto.



FRANZ Moerl repasó con parsimoniosa lentitud la gran estantería; sorprendidamente, sus ojos brillaron satisfechos, extendió la mano y extrajo dos volúmenes de aquella larga hilera. Sin duda eran más de quinientos ya los libros reunidos en aquella biblioteca, miles de páginas con un objetivo común, el estudio de lo oculto, el acercamiento a las misteriosas fuerzas que pueblan este mundo, el acceso a los más innombrables horrores a los que se pueda ver sometido el ser humano. Veinte años de constante búsqueda, de averiguaciones, de días enteros en antiguas bibliotecas los habían reunido; aquellos volúmenes eran tan sólo una escueta representación de los miles que Franz tenía almacenados en su mansión de Jana. Los de su apartamento eran quizá los más selectos de cuantos poseía y constituían el alimento de su inquisitivo espíritu, ¿cuántas veces habría leído la introducción de «Los ocho anillos», de Cagliostro?; ¿en cuántas ocasiones se había sumergido en los oscuros pasajes de «Camino al Más Allá», del demente tibetano Mara, el tentador?; ¿y cuántas habían sido las horas perdidas en incomprensibles reflexiones acerca de tal o cual

afirmación hecha por Masters en su «Crónica de lo Oculto»?

* * *

«Crónica de lo Oculto», leyó nuevamente Franz Moerl en el lomo de uno de los dos libros que sostenía en sus manos. Después, sus dedos recorrieron suavemente, deleitándose en sus curvas, en sus márgenes, en la tipografía ahuecada de sus letras, el otro volumen, «Chantellier de l'horreur e l'casualitè», de August Chaix.

Despejó la acristalada superficie de la mesa de todo objeto accesorio, permitiendo, únicamente, la permanencia a un grueso paquete de formas similares a un cofre o pequeño arconcillo. Franz, influido por un severo carácter germano, intentaba esconderse a sí mismo la inquietud que le carcomía desde que aquel paquete fue depositado en sus manos. Su inclinación hacia cualquier tema prohibido u oculto se debía precisamente a la firme severidad de sus padres. Había crecido en un ambiente de total aislamiento respecto a otros niños y la única salida a su forzada introversión la constituían aquellos libros que describían mundos desconocidos repletos de horribles criaturas sumergidas en el caos y que, sin embargo, poseían férreos estamentos, los Grandes Dioses, los Subterráneos, los seres del Claroscuro...

Se había integrado en aquellos mundos; su imaginación viajaba por ellos aunque su cuerpo no lo delatara. Al morir sus padres, tan sólo le quedaron los libros como refugio y, a pesar de su aparente humildad, se sentía superior a cuantos le rodeaban; creíase partícipe de un conocimiento al que pocos seres humanos podían acceder y su única relación con el exterior se cifraba en las misivas intercambiadas con otros iniciados y las breves conversaciones mantenidas con los libreros a los que compraba los volúmenes que fueran de su interés.

* * *

Franz Moerl pasó rápidamente las páginas de «Crónica de lo Oculto» hasta encontrar el pasaje que buscaba y lo leyó con énfasis:

«Al morir el brujo, maldijo a todos aquellos que se apropiaran de cualquiera de sus espeluznantes volúmenes. La maldición no fue desoída por sus ejecutores que a la mañana siguiente reunieron las pertenencias del difunto, haciendo con ellas una gran pira purificadora. En aquella hoguera ardieron inapreciables volúmenes, algunos únicos y de los que sólo nos ha quedado incompletas referencias. Hay quien asegura que entre ellos se hallaba el «Necronomicon», de Abdul Alfharez, en su segunda traducción al latín por el monje templario Magnus.

Después tomó en sus manos el otro volumen y repitió idéntica operación:

«Tan sólo un libro de los que habían pertenecido al brujo sobrevivió a la quema, se trataba del «Omnius sacramentii», de autor desconocido y del que nadie posee copia alguna. Al parecer alterna en sus páginas el latín con signos criptográficos de carácter cuneiforme. Un monje lo salvó ignorando su auténtica naturaleza. Dos semanas más tarde moría súbitamente y de forma inexplicable cuando realizaba su cotidiano paseo por el claustro del monasterio. El paradero del misterioso volumen es desconocido, aunque se asegura que todos sus propietarios han muerto en extrañas e inexplicables circunstancias cumpliéndose así la maldición del brujo».

Una leve sonrisa marcó los labios de Franz Moerl. Por fin había llegado el momento que tanto esperaba, hasta entonces todo había sido un juego a solas con su férreo carácter.

En su mente ya se hallaban reunidos todos los datos que podían engrandecer aún más la contemplación de su preciada adquisición. Rasgó con un cortaplumas el envoltorio y ante su vista apareció un libro de gran tamaño cubierto por tapas metálicas fuertemente cerradas con dos broches de plata. No pudo evitar pensar en el librero que se lo vendiera; el des-

dichado, tan solo reparó en el aspecto exterior del volumen; en vez de un libro vendió una joya, ignorando que el contenido de aquella valía cien veces más de lo que él ingenuamente había exigido.

Tras complicadas operaciones y diversas manipulaciones, las gruesas tapas del volumen se abrieron ante la inquieta mirada de su actual propietario que pudo leer en la cubierta de rústica: «Omnius sacramentii». Cuando se disponía a descifrar los caracteres que servían de introducción a la obra, sus manos tropezaron con un amarillento pergamino. Allí, en un latín imperfecto y vulgar, pudo leer la siguiente misiva:

«Monseñor: En el mes de octubre del presente año y ante las acusaciones de numerosos vecinos del lugar, las autoridades eclesiásticas que se hallan bajo mi jurisdicción arrestaron a Elías Asarath bajo la acusación de brujería. Pese a la reticencia mostrada por el acusado, la posterior investigación concluyó que aquel mantenía pactos con los seres infernales, por lo que fue condenado a la hoguera. Repetidamente se le dio la oportunidad de arrepentirse de sus culpas con el misericordioso fin de que (tras las llamas purificadoras) su alma pudiese ascender al reino de los justos. Su férrea negativa no hizo más que demostrar la absoluta putrefacción de su alma; sus últimas palabras fueron una maldición, 'yo os maldigo por siempre —dijo—, todo aquel que se apropie de mis pequeños templos del saber oculto morirá bajo el arco'. La irreverente maldición no hizo efecto alguno en nuestras almas educadas en el temor de Dios, no obstante, al amanecer, nos presentamos en la que había sido mansión del brujo en busca de todo aquello que delatase la presencia del señor del mal. Pronto reunimos gran cantidad de repulsivos volúmenes que señalaban claramente la relación que el brujo mantenía con las potencias demoníacas. Aquellos horribles libros constituían sin duda lo que él había llamado 'pequeños templos del saber oculto', mas no encontramos nada que pudiera revelarnos el significado de las últimas palabras de su maldición. Sacamos de aquel lugar to-

das las pertenencias del brujo; la que fuera su casa ahora pertenece a Jonathan Leiber, hombre de buena fe y probada cristiandad, quien denunciara la satánica naturaleza de Elías Asarath, e hicimos con ellas una gran hoguera. Todos los malignos textos ardieron excepto uno. Yo lo tomé creyendo que se trataba de un cofre, pues sus tapas eran de metal grabado y poseía dos cierres de plata, lo que confería a todo el volumen el aspecto de una joya. Cuando me percaté de la verdadera naturaleza del objeto por mí rescatado, pensé en entregarlo al fuego. Lo intenté en tres ocasiones y atónito fui testigo de su incombustibilidad. Presintiendo en tal extraño suceso la intervención de fuerzas malignas, pido de su ilustrísima consejo y ayuda.

Deseoso de recibir sus instrucciones,

Abate de Neinhart.
En el año de 1776.

* * *

Habían pasado diez días desde que Franz Moerl adquiriera el «Omnius sacramentii»; en aquellos diez días apenas había leído algunas frases del volumen, pues todo su ser se hallaba inmerso en el único objetivo de averiguar cual había sido el fin de todos aquellos que algún día poseyeron el libro que ahora obraba en su poder. Visitó el monasterio en que muriera el abate y allí le indicaron el lugar exacto en que la muerte le sobrevino: bajo los arcos del claustro. Preguntó también acerca de la suerte que corrió el volumen, pero nadie supo contestarle: en los archivos no aparecía referencia alguna al «Omnius sacramentii».

Revisando nuevamente el volumen encontró un *ex-libris* perteneciente a una noble familia de origen húngaro que cincuenta años atrás se había establecido en Alemania. Curiosamente la villa en que se asentaron no distaba mucho de la que fuera mansión del brujo. Parecía como si el misterioso volumen quisiera

estar cerca del lugar donde fue ejecutado su propietario original. El Conde de L..., murió tres semanas después de haber adquirido el volumen, de aquello hacía diez años. Tras las primeras reticencias, consiguió averiguar las circunstancias que rodearon la muerte del conde. Este, se hallaba en el campanario de la iglesia del pueblo. Estaba solo. Acostumbraba a visitar el campanario todos los días, quizá por su afición a las arquitecturas románicas tan frecuentes en aquella región.

Todo se desarrollaba con normalidad hasta que de pronto todas las personas cercanas al lugar fueron sacudidas por un horrible alarido procedente del campanario. En el mismo momento pudieron distinguir algo que cayó sobre la plaza circular en que se hallaba la iglesia. Era la cabeza del conde. En el campanario encontraron el cuerpo del que aún manaba la sangre. En vano buscaron una explicación razonable al singular suceso, pero no encontraron nada ni a nadie. Sin embargo, la cabeza había sido limpiamente separada del cuerpo y las facciones del muerto revelaban, en una mueca disforme, un horror imposible de imaginar. Franz no pudo averiguar nada más, pero sí fue partícipe de un detalle que le sobrecogió: las paredes del campanario formaban arcos en sus cuatro puntos cardinales.

Tampoco en esta ocasión pudo saber que había sido del «Omnius sacramentii», pero era obvio que no podían ser más de tres los posteriores poseedores hasta que él mismo lo adquirió. Repasando los archivos necrológicos, descubrió que diez años antes había fallecido un tal Eisner Grossemberg en las ruinas de un templo pagano. Causa de la defunción: desconocida. Dos años más tarde otro vecino del lugar perdió la vida mientras paseaba en una noche de noviembre por el barrio antiguo de la ciudad; el informe policial señalaba que había sido asesinado por persona o personas desconocida. En ambos casos la muerte les sobrevino bajo la figura de un arco. Otra persona había muerto en circunstancias misteriosas apenas mes y

medio antes. Aquel hombre debió ser el último poseedor del libro —pensó Franz— sin darse cuenta de que paulatinamente se había convencido de la realidad de la maldición, así que decidió visitar de nuevo al librero que le vendió el volumen que tan profundas raices había echado en su existencia, para requerir de él la información que anhelaba.

* * *

—Buenos días, Klaus —dijo al entrar en la vieja y destartalada librería.

—¿Qué le trae por aquí, señor Moerl?; no creo que hoy encuentre nada de interés. Hay pocas novedades...

—El motivo de mi visita es otro —se excusó Franz—. Vengo a hablarle del libro que me vendió hace dos semanas. Bueno, más que del libro, quisiera saber algo de su anterior propietario.

—Verá —se excusó el usurero—, no suelo hablar con los clientes acerca de la procedencia de mis volúmenes. Claro que siendo usted... Añadió aferrando el billete que le tendía su interlocutor.

—Bien, sabía que llegaríamos a entendernos. Si no me equivoco, el propietario del volumen ya no vive.

—En efecto...

—Joseph Liebenz era su nombre según creo. Falleció hace un mes, ¿es así?...

—Exactamente —contestó Klaus y prosiguió mirando burlonamente a su interlocutor—, no sé que es lo que desea saber, pues según deduzco por sus palabras, no le falta información.

——Cómo llegó el libro a sus manos. Eso es lo que quisiera saber.

—Verá, ya conoce usted mi gran tolerancia para con mis clientes. Joseph Liebenz, que en paz descanse, era uno de ellos. El, sentía un gran interés por los mismos temas a los que usted inclina sus apetencias. No era un hombre de mucho dinero, pero poseía una gran biblioteca que cuidaba con esmero, se diría que para él era lo único que importaba. Por esta

razón, contrajo elevadas deudas que difícilmente podía pagar. Yo mismo le fié en varias ocasiones, aunque de antemano sabía que era improbable que recibiera el dinero que me adeudaba.

—No comprendo qué relación guarda la situación económica de ese hombre con el libro.

—Es muy sencillo. Cuando él murió, me acerqué a la que había sido su casa por ver si me podía ser satisfecha la deuda por algún familiar. ¿No cree usted que me hallaba en mi derecho? El pobre hombre, sin embargo, no tenía pariente alguno, pero me fue permitida la entrada en sus alojamientos. La biblioteca estaba cerrada bajo llave y, según supe después, todos sus libros los legó en su testamento a un amigo, el único que tenía. Tan sólo encontré sobre su mesa de estudio el volumen que usted adquirió, la verdad es que no pensé que fuera un libro, más bien pensé...

—Pensó —interrumpió Franz Moerl— que era un cofrecillo repleto de joyas, y no se le ocurrió otra idea que la de apropiarse de él para satisfacer, de este modo, la deuda que había quedado pendiente.

—Yo no lo diría así, pero la idea es la misma. Cuando descubrí que no era lo que yo esperaba, decidí devolverlo...

—Pero finalmente decidió venderlo por ver si así sacaba algún dinero, y, naturalmente, me lo vendió a mí casi en secreto, pues no convenía que el amigo del difunto se enterara de que usted se había apropiado de algo que, según el legítimo testamento, le pertenecía a él.

—La verdad es que ese pobre diablo ya no necesita ningún libro, ha perdido la razón y está internado en espera del juicio, pues es el principal sospechoso.

Franz salió satisfecho de la tienda. Había averiguado todo cuanto deseaba saber, tenía en su poder la dirección en que podía encontrar al que fuera amigo de Joseph Liebenz y estaba ansioso por conocer los detalles de la muerte del segundo por boca del primero.

* * *

—Yo estuve con él la noche en que murió, incluso fui testigo de su horrible muerte —masculló Heinrich Briedenfast—; habíamos pasado la tarde en unas ruinas cercanas. Anochecía. Regresábamos a nuestras casas siguiendo el cauce seco del río. Aquella noche, Joseph estaba muy animado —algo raro en él— y entre bromas y risas habíamos recorrido ya buen trecho del camino, por lo que me sorprendió la extraña actitud que adoptó de repente.

—¿No has oído ese ruido? —me musitó nervioso.

—No —contesté, pues todo a nuestro alrededor era silencio—, no he oído nada.

—¿Nada? —dijo agarrándome crispadamente del brazo—. He ahí lo extraño. No se oye nada, ni el viento ni el lamento de los grillos... ¿No te resulta extraño?

—Es cierto —contesté reparando en el absoluto silencio que nos envolvía—, pero no creo que haya razón para atemorizarse.

Caminamos otro trecho atentos al menor ruido, pero solo se percibía el rumor de nuestros propios pasos sobre el verdoso limo de las márgenes del inexistente riachuelo cuando, súbitamente, exclamó:

—¡Alguien nos vigila! He visto una sombra tras nosotros y ese extraño gorgojeo..., ¿no lo oyes?

—En absoluto —respondí—, no he visto ninguna sombra ni sé a qué gorgojeo te refieres. Me parece que tu imaginación te está jugando una mala pasada.

El no prestó atención a mis palabras y, tras mirar absorto a su alrededor, me pidió que acelerara el paso. Así lo hice, pues en verdad me sentía inquieto; además, no crea que estoy loco, he de confesar que sentí algo frío que rozaba mi espalda. Imbuidos de un inexplicable terror corrimos despavoridos. Estábamos solos en aquel lugar, pero ya quedaba poco para llegar al pueblo... (Heinrich tragó saliva y continuó): y entonces, sobre los arcos del puente, apareció una sombra más oscura que la noche y se abalanzó sobre mi amigo. Al borde de la locura contemplé el vano intento de mi compañero por librarse del mortal

abrazo de aquel ser. No pudo. Sus últimas palabras fueron: «la maldición, la maldición...» La sombra desapareció en la noche y mi amigo cayó al suelo con el cuello partido. Al tocar sus manos las encontré heladas. Estaba muerto. Lo demás ya lo sabe; la policía no dio crédito a mis explicaciones y me calificó de loco. Aunque me hayan encerrado en este lugar, yo sé que aquello sucedió. Mis noches ya no son noches, me es imposible conciliar el sueño después de haber visto aquello y espero la muerte como salvación.

* * *

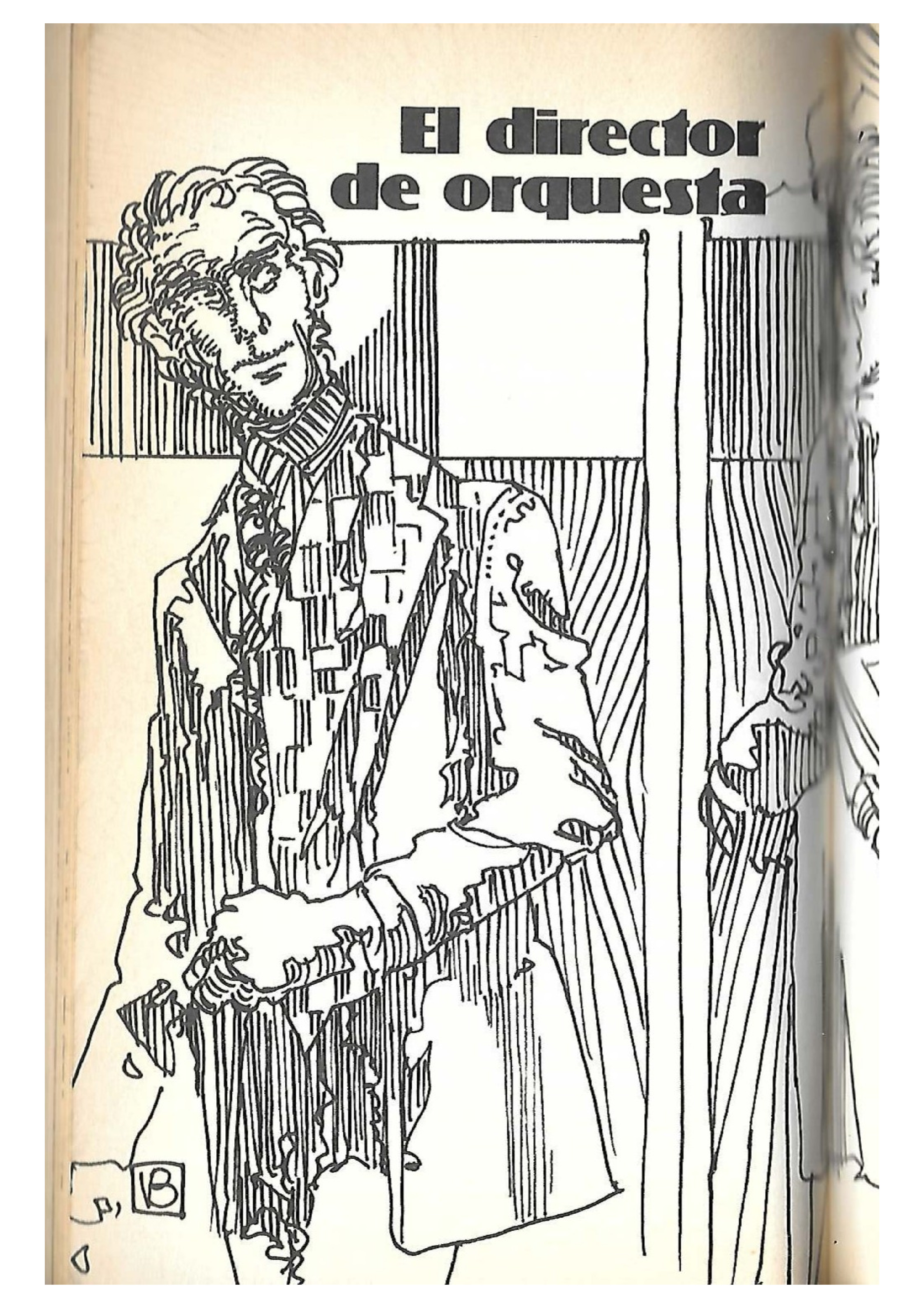
«Los arcos del puente», «los arcos del puente», se repitió Franz mientras regresaba a su mansión. Pero al atravesar las calles del pueblo su atención fue desviada violentamente de tales pensamientos para sumergirse en otros más terribles. Por todas partes reinaba un gran alboroto y cuando supo la causa del mismo su rostro empalideció. Klaus, el librero, había muerto de un infarto a la puerta de su tienda. Y aquella puerta, aquella puerta, formaba un arco en su cúspide.

Atenazado por el miedo corrió a refugiarse en su casa. Una vez a salvo, con las puertas y ventanas cerradas a cal y canto, se planteó fríamente la situación en que se encontraba. El era ahora el poseedor del libro; si la maldición era cierta, de nada le serviría desprenderse de él, pues el librero también lo había hecho y no por eso se salvó de la muerte. Finalmente, en la seguridad de su hogar, la tranquilidad volvió a su mente. Todo habían sido meras casualidades del destino —se dijo intentando convencerse—, y si no era así, le bastaba con evitar hallarse bajo la figura de un arco, tendría que estar alerta en todo momento, mas tampoco sería un gran problema teniendo en cuenta que lo que estaba en juego era su vida. Miró a su alrededor y comprobó satisfecho que las puertas y las ventanas eran rectangulares y que el techo se extendía liso y uniforme sobre su cabeza.

No había nada que temer. Abrió de nuevo el volumen decidido a enfrascarse en sus páginas, pues hasta aquel momento no había tenido ocasión de hacerlo. Al leer un determinado fragmento que describía las fuerzas ocultas que pueblan el mundo, no pudo evitar que un escalofrío recorriera su cuerpo; queriendo atribuirlo al frío, avivó las brasas de la chimenea...

Franz Moerl apenas tuvo tiempo para contemplar sobre sí la forma arqueada de la chimenea... Varios días después, su cuerpo, descompuesto, fue encontrado bajo aquél arco sembrando de incógnitas su espantosa muerte.

El director de orquesta





El director de orquesta

Eugenia Montero

¿Quién era aquel hombre que se le parecía tanto físicamente? ¿Por qué se vestía de la misma manera que él? ¿Cuál era la razón por la que le seguía dondequiera que fuese? ¿Qué pretendía?



STABA inquieto y deprimido, asustado y confuso, y sólo por culpa de aquel rostro y aquella figura extrañamente familiar. No era la primera vez que se encontraba en Viena. Adoraba la ciudad, su ambiente elegante, su encanto evocador, sus edificios antiguos, la alegre bohemia de Grinzing y, sobre todo, su sensibilidad musical, esa tradición lírica que la convertía en una tierra maternal, acogedora y entusiasta para los músicos. Siempre había sido feliz en Viena, y, sin embargo, ahora...

Todo empezó nada más llegar al aeropuerto. Cuando descendía la escalerilla del avión, en la pista, al fondo, un hombre llamó su atención: iba vestido de forma muy distinta, con una elegancia refinada y un poco decadente, pero su físico eran tan similar al suyo que un hermano gemelo no hubiera sido más parecido. Un delegado de la Musikverein había acudido a esperarle y con los primeros saludos perdió de vista a aquel inesperado doble. Pasados los controles habituales de pasaporte y equipaje se dirigió al hotel. Allí, en la entrada, volvió a cruzarse con el desconocido.

Se encontraba cansado y decidió cenar en el mismo

hotel. Se dio una ducha, se cambió de ropa y bajó al comedor. Cuando iba a entrar, del bar contiguo, salió el desconocido. Aquellas tres rápidas visiones, en el espacio, apenas, de un par de horas, le impresionaron. El le había ignorado, ni siquiera le miró. Esa indiferencia, cuando el parecido entre ambos era tan notorio, le inquietaba sin saber por qué.

Al terminar la cena, cogió el ascensor para volver a su cuarto, junto a él entró otro hombre: era, de nuevo, el desconocido. Le miró insistente, tratando de descubrir en sus facciones alguna reacción. Su rostro se mantenía impasible, pero sus ojos, al mirarle un instante, brillaron con expresión maligna.

Paró el ascensor y ambos salieron y tomaron la misma dirección. Al llegar ante la puerta de su cuarto se quedó inmóvil, con la llave en la mano, sin decidirse a introducirla en la cerradura, tal vez el otro se pararía también. Se equivocó, el desconocido pasó de largo y se perdió al fondo del pasillo. Abrió la puerta algo más tranquilo y la cerró con rapidez. Quería trabajar un poco, estudiar el ensayo del día siguiente, pero el recuerdo de aquel hombre que parecía perseguirle sin que alcanzara a comprender la razón, le impedía concentrarse.

Optó por apagar la luz y acostarse. Estaba nervioso. Lo mejor que podía hacer era dormir. Al día siguiente se despertó como nuevo. Abrió la persiana. Desde su ventana podía contemplar la Karntnerstrasse, silenciosa, quieta, casi dormida aún, y, al fondo, alcanzaba a ver la hermosa Catedral de San Esteban. Pidió el desayuno y se puso a repasar las partituras del próximo concierto.

Le gustaba caminar y salió del hotel con tiempo suficiente para poder ir paseando hasta la Musikverein. Le pareció, de pronto, que alguien le estaba siguiendo, tenía una extraña y molesta sensación en la nuca. Se volvió y descubrió, una vez más, al desconocido. Empezó a caminar más despacio y el otro aminoró el paso. No cabía duda de que le estaba siguiendo. Pensó por unos momentos que lo mejor se-

ría pararse, acercarse a él y preguntarle la razón de esa especie de silencioso asedio de que le estaba haciendo objeto, pero, ¿le seguía realmente? Sus encuentros ¿no podían ser, acaso, una casualidad? y, si no era así, ¿no sería mejor esperar a que su perseguidor descubriera sus fines?

Al llegar ante el teatro comprobó que el hombre, una vez más, había desaparecido. Sin saber por qué respiró tranquilo. El ensayo se desarrolló normalmente y aquel día no volvió a suceder nada que le inquietara.

Al día siguiente, en el segundo ensayo, en un rincón del patio de butacas, sentado junto al pasillo lateral, estaba «él». Miró a los músicos: ¿le habían visto ellos también? ¿Habían descubierto el gran parecido de aquel espectador anónimo con el director? No, era natural, estaba envuelto en la penumbra y sus facciones quedaban desdibujadas. Solo él podía descubrirle puesto que continuamente aparecía en su camino desde que había llegado a Viena.

Cuando terminó el ensayo se fue a su camerino. Allí, sentado en un sillón, se hallaba el hombre. Le miró asombrado y perplejo. Sintió deseos de levantarle y abofetearle. Se contuvo y procurando que los nervios no le traicionaran, preguntó secamente:

—¿Qué desea?

El desconocido le sonrió burlón, se incorporó, lento y aplomado, de su asiento, y salió sin contestarle. El director de orquesta comprobó con asombro que iba vestido exactamente igual que él.

Aquella semana de ensayos previos al concierto fue terrible, atormentadora, como una pesadilla sin sentido. No sabía qué hacer. No podía denunciar a un hombre del que nada conocía, con el que no había cruzado una sola palabra, que no había intentado nada contra él y cuyas intenciones, si es que tenía algunas, desconocía. Sus nervios se hallaban alterados. Aquel hombre le perseguía, no conseguía nunca prever en qué momento iba a aparecer o desaparecer, pero había conseguido convertirse en una torturante

obsesión. Llegó a soñar con él y en el mundo onírico su rostro se multiplicaba como una hidra monstruosa.

Estaba aterrado. Se sentía atrapado en una extraña red. Nada de lo que estaba ocurriendo tenía sentido, porque, en verdad, nada estaba pasando. Aquello era como dar vueltas en una escalera de caracol que conducía siempre al mismo sitio, a su vida normal, a su trabajo, y que, sin embargo, conseguía mantenerle en una tensión continua.

Llegó agotado al día del ensayo general. Una vez más, al fondo, adivinó a su misterioso espía. No podía más. Antes de comenzar el ensayo, gritó:

—¡Fuera! ¡No quiero a nadie en el teatro!...

Los conserjes no tuvieron que echarle, porque el desconocido se había marchado ya.

El ensayo comenzó. La música nacía intensa, llena, impresionante. Ante el director de orquesta, los instrumentos fueron tomando forma. De ellos surgieron las figuras de todas las mujeres que había amado, de todas las que abandonó; avanzando amenazadoras hacia él. El órgano se fue tiñendo de sangre. Las cuerdas del arpa estallaron. Los violoncellos y los violines se deshacían como polvo entre lágrimas. Las trompetas se retorcían cual esqueletos recién salidos de sus tumbas. Cerró los ojos aterrado. Los aplausos de los músicos le devolvieron a la realidad.

—¡Maestro! —comentaban admirados—. ¡Ha sido maravilloso! ¡Parecía que estuviera usted en trance!...

Las espeluznantes visiones se habían esfumado. Sin duda había sido víctima de una alucinación. Cuando volvió al hotel pidió que le enviaran a un médico. Le explicó sus pesadillas, su tensión continua a causa de una persecución cuyo fin no alcanzaba a comprender. Lo que le estaba ocurriendo era absurdo pero temía que llegara a minar su salud. No, se encontraba perfectamente: el corazón, el hígado, todo estaba bien. Tenía un agotamiento nervioso producido seguramente por el exceso de trabajo.

—Un poco de reposo, un par de semanas de descanso no le vendrían mal. En cuanto a su persegui-

dor, yo no le daría importancia, algún admirador neurótico, pero, un hombre como usted puede hablar a la policía para que le pongan un detective y así estar más tranquilo.

—Gracias doctor. Es lo que haré. Ya no tengo tiempo ni ganas, he de celebrar dos conciertos, después del primero hablaré con la policía. Debo hallarme en un estado de extrema sensibilidad que de costumbre. Temía volverme loco. Ahora me encuentro más tranquilo.

* * *

La Musikverein aparecía deslumbrante, como en una de sus mejores noches de gala. Brillaban las arañas de cristal y los terciopelos reflejaban su luz como pequeños y ondulantes mares rojos. Las plantas ponían su nota primaveral de jardín en flor entre los palcos, bordeando el escenario, adornando la entrada y los pasillos.

En el patio de butacas centelleaban las joyas de las mujeres. Rubíes, esmeraldas, amatistas, brillantes, zafiros, toda la gama de las piedras preciosas engarzadas en oro y en plata, reposaba sobre las blancas pieles de las damas. Los hombres vestían de etiqueta. Allí, en el teatro, se habían reunido, en esa noche, financieros, políticos, artistas...

El público se hallaba ya sentado. Las luces del teatro se apagaron, poco a poco, y las del escenario se encendieron. Se iluminaron los atriles y los músicos fueron saliendo y ocupando sus asientos. En un palco platea, junto al escenario, entró un hombre alto de cabellos grises. Se quitó una larga bufanda de seda blanca y una capa negra que dejó con elegante descuido en una silla cercana. Antes de sentarse lanzó una mirada rápida y aguda hacia el público. Alguien se fijó en él y comentó:

—Mira, en ese palco, ¿no es el maestro?

La salida a escena del director de orquesta cortó el comentario. Con un frac impecable, los cabellos gri-

ses cuidadosamente peinados, el rostro sereno y pálido bajo los focos, tranquilo y majestuoso el músico subió al podium y después de un ceremonioso saludo, volviéndose hacia los músicos, elevó la batuta, esperó a que el silencio se hiciera absoluto y comenzó el concierto.

Un mágico halo pareció extenderse sobre la sala. La música surgió impresionante, terrible, sobrecogedora. «La forza del destino» verdiana nacía de una lucha sin esperanza del espíritu, como una fuerza sin remisión del dolor. Jamás había sonado una orquesta de aquel modo. Los instrumentos vibraban con un lamento desgarrado, las notas llegaban de las tinieblas de lo desconocido y el público escuchaba en suspenso, invadido por un extraño sentimiento.

Al final del concierto estalló el delirio. Gritos, bravos, ovaciones, flores sobre el escenario... El director de orquesta salía a saludar una y otra vez requerido por los aplausos interminables, por el entusiasmo de un público enfervorizado, pero su expresión no era alegre, ni agradecida siquiera, parecía vencido por una gran preocupación, recibía el homenaje de los espectadores como una penosa y forzada obligación.

La orquesta acabó por abandonar el escenario para que pudiera saludar en solitario el gran triunfador de la noche. Y, de pronto, la mirada del músico se paró en el palco platea que había junto al escenario. Sus ojos se abrieron desmesuradamente llenos de horror, su cuerpo vaciló, lanzó un grito desgarrador, desesperado, infrahumano que paralizó de pánico a los espectadores y su cuerpo cayó pesadamente en el escenario, bajo los focos, sobre las flores diseminadas por el suelo. El podium tembló al desplomarse el cuerpo y la batuta cayó desmayada junto a él.

La gente miró asustada hacia donde el músico había dirigido sus ojos. El palco platea estaba vacío. Nadie podía adivinar la causa que había provocado el shock del director. Las luces de la sala se encendieron. Un denso murmullo de comentarios y conjeturas nació del silencio primero. Los músicos de la orquesta en-

traron precipitadamente en el escenario. El director de orquesta seguía inconsciente. En medio de una gran confusión, entre músicos y empleados de la sala que se agrupaban asustados, un desconocido, envuelto en una capa y con una bufanda de seda blanca alrededor del cuello, consiguió abrirse paso.

—Permítanme, soy médico.

Se inclinó sobre el hombre postrado e inconsciente. Apoyó su cabeza sobre el pecho, junto al corazón, le tomó el pulso y mirando con expresión tranquilizadora a los que le rodeaban, aseguró:

—Afortunadamente no es nada de importancia. Una lipotimia. Está agotado. ¡Por favor, ayúdenme a levantarlo! Lo llevaré en mi coche inmediatamente a una clínica.

En unos segundos el director de orquesta fue introducido en un Mercedes gris. El desconocido se puso al volante y antes de alejarse bajó la ventanilla y sonrió con calma:

—No se preocupen, unos días de descanso y nuestro músico estará de nuevo dispuesto para el trabajo.

Mientras el coche se alejaba una mujer comentó sorprendida:

—¡Qué curioso!... Ese médico y el director de orquesta se parecen...

Nadie le prestó atención. Los músicos volvieron lentamente a guardar sus instrumentos. Comenzó una gran cola ante el guardarropa para recoger los abrigos. El público abandonaba el teatro comentando el suceso de la noche. Las puertas de la Musikverein se cerraron. Quedaron las luces apagadas y solitaria la sala, custodiada, como cada noche, por unos policías.

Entretanto, el coche gris que conducía al director de orquesta atravesaba velozmente Viena y tomaba la carretera del valle del Danubio. Cerca aún de la ciudad, enfiló un sendero. Al fondo, entre viñedos, surgía una mansión de piedra clara, un castillo medieval semioculto entre la niebla que había invadido el nacimiento de la madrugada. Wagner debía haberse inspirado en aquel paisaje y los nibelungos podían

surgir en cualquier momento entre los girones de brumas.

Paró el médico ante la entrada e hizo sonar el claxon. La puerta se abrió y salieron dos hombres de bata blanca.

—Pronto. Cojan a este paciente —ordenó el doctor—. Súbanlo a una habitación alta y con rejas. Vigílenle y avísenme si surge cualquier complicación. De momento no creo que les ocasione problemas, le he puesto una inyección. Yo mismo rellenaré su ficha.

* * *

Al día siguiente, a las siete de la mañana, la hora en que habitualmente se levantaba, el director de orquesta despertó. Le dolía la cabeza y sentía una profunda pesadez. Se incorporó en la cama con una extraña sensación de embotamiento. Miró con aprensión en torno suyo. ¿Dónde estaba? Aquella no era la habitación del hotel. Las altas paredes blancas, el mobiliario funcional y aséptico recordaban a un hospital. Se acercó al ventanal que ocupaba una parte del muro que se encontraba a su derecha. Abrió los cristales. Un enrejado impedía asomarse pero podía ver grandes campos de albaricoqueros y de viñas. Los contempló bajo la luz primera de la aurora en un complejo estado de confusión. Amaba la naturaleza, el campo, pero era incapaz de disfrutar de su visión en aquellos momentos. Se acercó a una puerta. Conducía al baño. Algo le extrañó inmediatamente en él: no había un solo espejo, miró hacia el cuarto, en el primer instante de su despertar no se había dado cuenta de que en la habitación tampoco se veía ninguno.

Quedó suspenso: llevaba un pijama que no era el suyo, estaba en un lugar desconocido, ¿qué estaba ocurriendo? Abrió un armario en el que no encontró nada. Se dirigió a una puerta de salida que intentó inútilmente abrir. Se sentó en la cama con una desgarradora sensación de impotencia. Entonces recordó el

concierto del día anterior y aquel rostro diabólico que le atormentaba. Corrió desesperado hacia la puerta y comenzó a golpearla. Esta se abrió y el doctor apareció con su mirada aguda como un estilete y una suave sonrisa entre los labios.

—¿Qué le pasa? ¿Alguna pesadilla? Cuénteme, estamos aquí para curarle.

El director de orquesta gritó:

—¡Para curarme! ¿De qué? Mi única pesadilla es usted que me persigue sin tregua. ¿Qué es lo que pretende?

El médico sonrió. En su mirada brillaba una luz maligna al contestar.

—Cálmese. ¿Aún no ha adivinado en dónde se encuentra? —hizo una pausa y le miró, ya sin sonreír, con el aire triunfante de un genio del mal—. Se halla en una clínica de reposo. Está usted agotado. El exceso de trabajo le ha trastornado, sufre un desdoblamiento de la personalidad y cree ser un famoso artista. Las rejas de las ventanas le impedirán cualquier intento de suicidio. Nunca más volverá a verse en un espejo; si quiere recordar como era tendrá que contemplarse en mí. Está encerrado y vigilado y no podrá por tanto escapar...

—¡No quiero escucharle! —gritó el director de orquesta, mientras avanzaba amenazador.

El médico, atento a sus movimientos, le esquivó y pulsó un timbre. Entraron tres enfermeros y le redujeron rápidamente.

—Dénle un calmante y si es necesario le inyectan —aconsejó el doctor antes de salir.

Luego bajó a su despacho, se cambió y vistió las ropas del músico, cogió su Mercedes gris y se dirigió a la Musikverein. Cuando los componentes de la orquesta le vieron aparecer le rodearon inquietos:

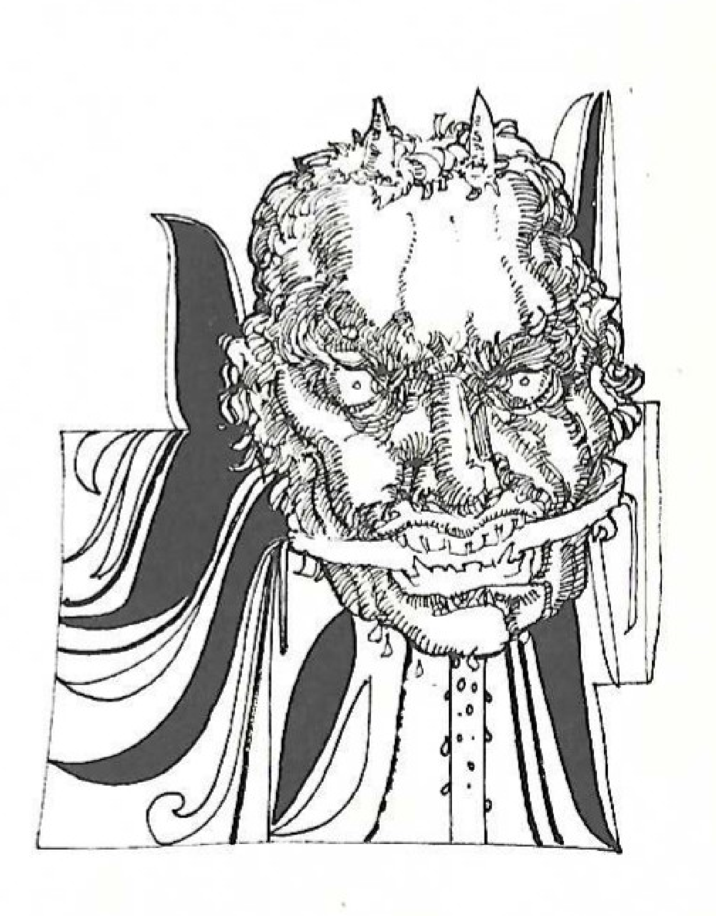
—¡Maestro! Temíamos que no viniera. ¿Cómo se encuentra?

—Bien —contestó—. Les agradezco su interés. Estoy ya perfectamente. Podemos empezar el ensayo...

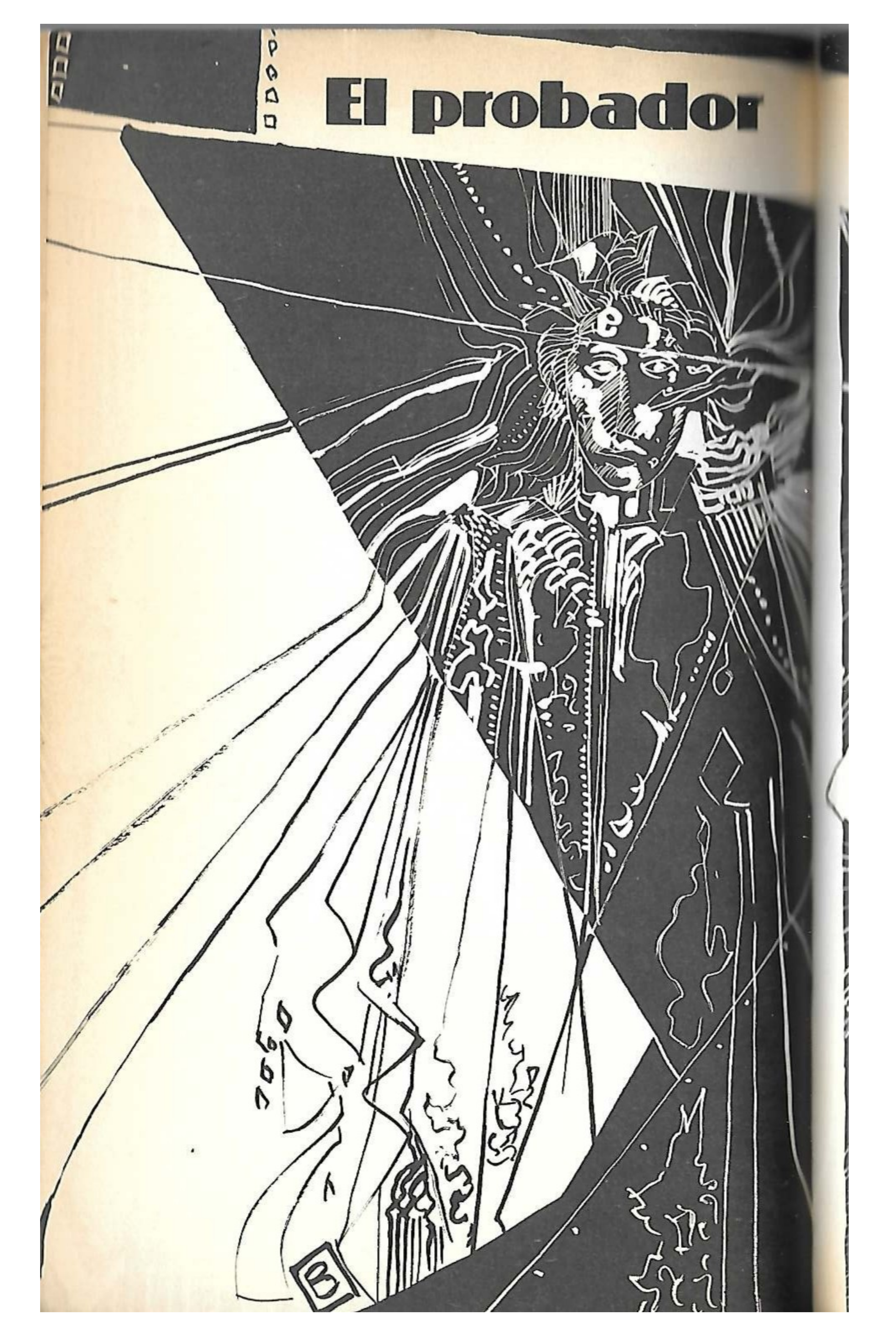
El director de orquesta sigue dando conciertos por

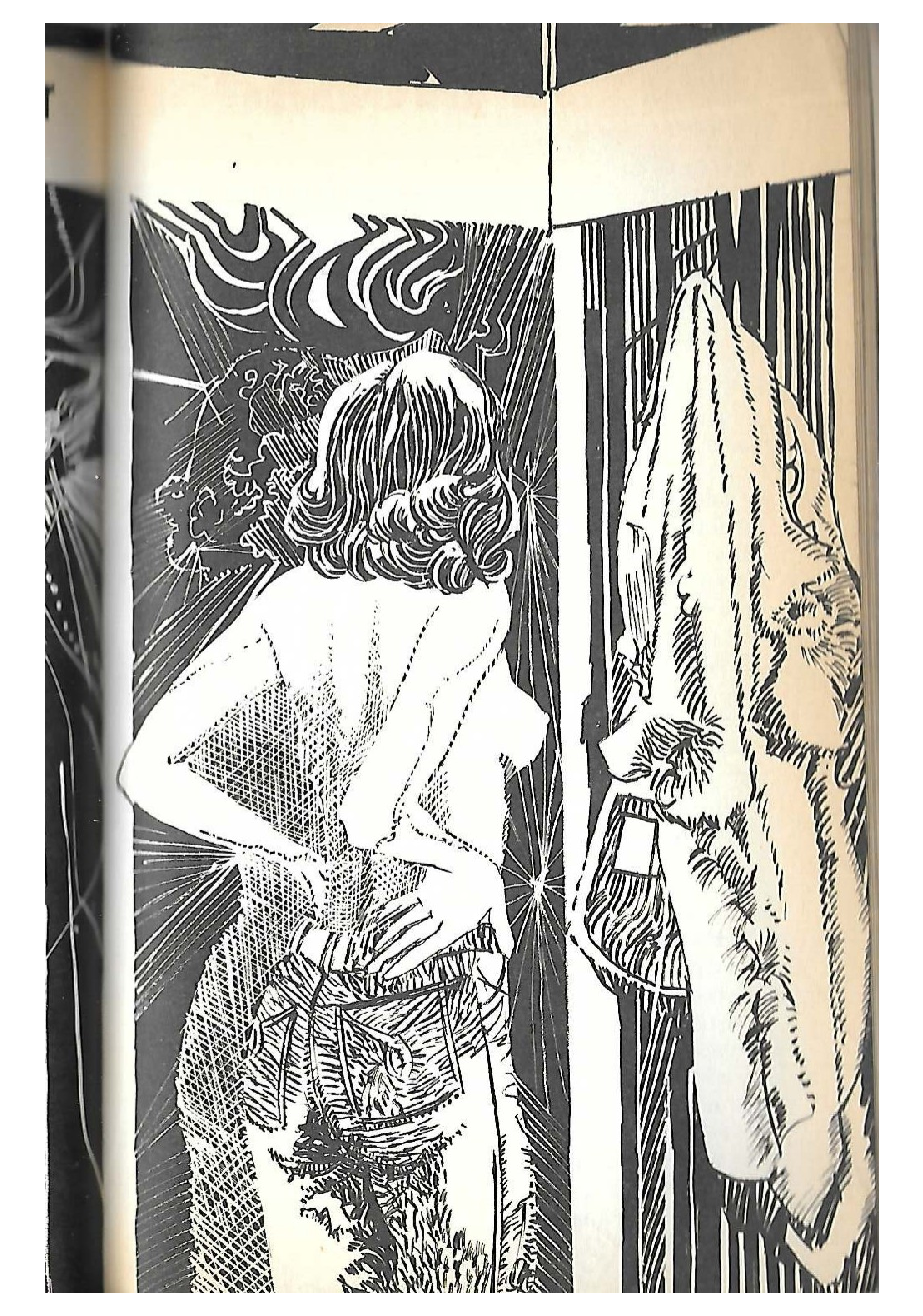
el mundo, obteniendo éxitos, pero aquel concierto suyo en Viena es recordado aún como algo memorable e irrepetible. Con los años su rostro se ha vuelto enigmático y su figura ha adquirido un halo de misterio. A veces se aisla del mundo sin que nadie logre saber dónde se encuentra.

Sólo un hombre que ha visto desde su ventana enrejada, año tras año, el mismo paisaje de viñedos y campos de albaricoqueros surgiendo en el amanecer o hundiéndose en la noche, unas veces cubiertos de nieve, otras de brumas, o de dorada luz; sólo ese hombre, encerrado en una clínica de las afueras de Viena, enloquecido por el sufrimiento, conoce la verdad del director de orquesta.



El probador

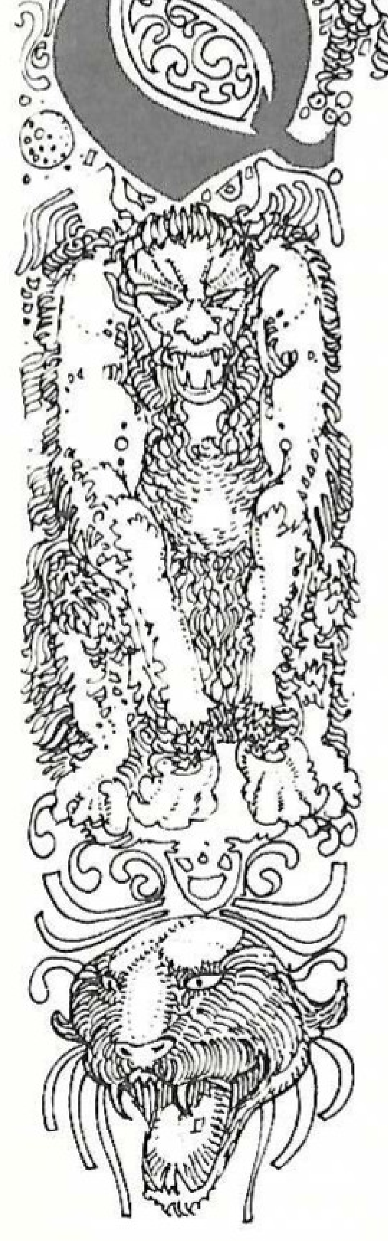




El probador

Pedro Montero

Cuando las luces y los ruidos desaparecen. Cuando compradores y empleados abandonan los grandes almacenes de la ciudad, un extraño ser, oculto en los sótanos, se convertía en dueño y señor de la noche.



UÉ alegremente entráis en el probador con la prenda elegida seguros de que vuestra personalidad va a transformarse por el simple hecho de acomodar a vuestro cuerpo la camisa favorecedora o el pantalón de moda. Decenas de cubículos a izquierda y derecha de zigzagueantes pasillos. Elegís uno de los más alejados para tomaros todo el tiempó del mundo observando el caer del tejido sobre vuestro cuerpo sin considerar que, cuanto menos tiempo permanezcáis en el probador, menos probabilidades existen de contraer una depresión al constatar que en nada se asemeja vuestra imagen a la de los esbeltos maniquíes del escaparate. El espacio es angosto, las opresivas paredes de carácter rugoso, la luz ingrata, la atmósfera asfixiante, los pestillos de las puertas se traban fácilmente pudiendo convertir el incómodo habitáculo en panteón perpétuo y, finalmente, los espejos, los amplios espejos, tienen la superficie alabeada y un tono grisáceo que os devuelve una imagen aterradora de vosotros mismos. No obstante, con qué ligereza procedeis a probaros un jersey ajenos a los peligros que tal acción puede desencadenar. Mientras permaneceis

con la cabeza introducida en la prenda de lana puede fácilmente ocurrir que, en esa sofocante oscuridad, tomeis por escote lo que es salida angosta de una manga y os empeñeis en sacar la cabeza por aquel extremo sin ningún resultado. Puede también pasar que os extravieis en las profundidades del pulover, como le ocurrió al primo de un famoso novelista, y no volvais a encontraros jamás. Pero esto sólo suele pasarles a los muchachos inexpertos, porque los más avisados recogen cuidadosamente la prenda y procuran que ya desde la entrada se vea la salida; introducen su cabeza en la sima y tiran de los extremos con sus manos a la vez que alargan el cuello levantando el rostro hasta que el jersey queda perfectamente encajado.

¿Quién os dice a vosotros, por otra parte, que en el pantalón que os disponeis a vestir y que ha sido fabricado con sutiles hebras de lino procedentes del ardiente Egipto no anida una camada de arañas venenosas? ¿Quién asegura a las jovencitas que los pies que pueden verse por la parte de abajo pertenecientes al vecino de cubículo no son las extremidades de un presunto violador que, cuando ellas tengan las piernas embarazadas y semiintroducidas en las perneras del pantalón vaquero, va a deslizarse reptando por el suelo y poseerlas in situ? ¿Quién puede convencer a las timoratas de que el que empuja pertinazmente la puerta es otro cliente que piensa que aquel departamento está vacío, en lugar de un impaciente asesino urgido por sabe Dios qué horrendos pensamientos? ¿Quién me asegura a mí que, cuando levante el brazo para estirar convenientemente una manga, no va a desencajarse suavemente la rejilla del aire acondicionado situada en el techo y una mano peluda y provista de afiladas garras va a aferrar la mía? ¿Cómo puedo saber que, cuando camino pasillo adelante, el hombre que sale de un probador lejano y va a cruzarse conmigo dentro de unos segundos no va a hacer un extraño al pasar encogiéndose a mi lado y no va a clavarme un tremendo cuchillo en el vientre?

¿Qué certeza puede tener nadie de que, de pronto, no comience a invadir el probador un fulminante gas venenoso y cuando el infeliz cliente se abalance angustiado sobre el pestillo éste no va a girar en absoluto?

Así pues, la próxima vez que os veais forzados a entrar en un probador, considerad que se trata de un sitio potencialmente peligroso, y, además de tomar todas las precauciones que son del caso, no permanezcais dentro más que el tiempo estrictamente necesario. De lo contrario podría ser que lo lamentárais infinitamente.

* * *

—Estamos a punto de cerrar —dijo la dependienta—. Sólo faltan dos minutos para las ocho.

Gloria pensó que era una verdadera lástima desaprovechar aquella oportunidad. La gabardina parecía de buena clase, y aunque el cinturón no acababa de aparecer, estaba dispuesta a llevársela si le caía bien.

——Pruébesela aquí mismo —rogó la empleada—. Puede mirarse en ese espejo.

Gloria esbozó un gesto de desagrado y rogó a la antipática vendedora que buscara el cinturón.

—¿Quiere que me pruebe aquí también los pantalones? —preguntó molesta por la falta de consideración.

Seguramente a la salida de la puerta de personal habría un novio hortera y de pose chulesca esperando a aquella escuálida belleza de extrarradio, y la zafia dependienta no estaba dispuesta a perderse ni un minuto de manoseos y achuchones con el adonis suburbial.

—Lo siento, pero voy a cerrar la caja —dijo con desconsideración plegando los pantalones y colgando la gabardina.

Gloria hizo una mueca despectiva y se dirigió a la escalera mecánica, pero cuando la empleada se había alejado convenientemente, volvió sobre sus pasos, y

con gesto casual, tomó los pantalones y se encaminó hacia el probador con toda naturalidad. Por lo menos iba a comprobar que eran de su talla, así por la mañana podría venir a tiro hecho.

En la sección de probadores ya no había nadie. Caminó por el angosto pasillo dejando atrás puertas a derecha e izquierda, dobló por el corredor y entró en el último de los minúsculos cuartos. Sabía de sobra que el público tardaba más de media hora en desalojar la tienda desde la hora oficial de cierre.

Echó el pestillo y comenzó a despojarse de la falda. El tubo de neón situado sobre su cabeza debía de estar a punto de agotarse a juzgar por las fluctuaciones que experimentaba la ingrata luz lechosa. Alguien había escrito una grosería en una de las paredes del probador y Gloria se aproximó tratando de leerlo, pero contrariamente a toda previsión no se trataba de ninguna ordinariez. A la luz de aquellos molestos relámpagos comprobó que lo escrito eran tan sólo unas palabras garrapateadas que apenas se entendían. Acercándose más leyó: «Ayuden... Estoy... por favor... soc...». La última letra termina en un largo trazo como si la anónima escritora se hubiera visto sorprendida in fraganti en su tarea.

Mientras iba desvistiéndose, se preguntó por qué había atribuido aquel escrito a una mano femenina, siendo así que los probadores eran mixtos, y volviendo a agacharse comprobó que existía una razón para tal suposición: las palabras estaban trazadas con lápiz de labios.

La música ambiental se extinguió, y los rumores del público comenzaron a hacerse más escasos. Gloria se sentó en el taburete fastidiada: no había contado con que para probarse el pantalón vaquero tenía por fuerza que descalzarse. De todas formas había tiempo de sobra. De vez en cuando se oían carcajadas, sonido de cajas registradoras en la lejanía, murmullos de máquinas y una musiquilla muy lejana de algún piano callejero.

Por fin consiguió deshacer el nudo del cordón de

sus zapatillas deportivas, y una vez descalza, procedió a vestir el pantalón.

El ambiente sofocante y el esfuerzo por deshacer el nudo la habían hecho transpirar de tal modo que tuvo serias dificultades para encajar los vaqueros, y cuando finalmente lo consiguió, pudo comprobar que le estaban estrechos de cintura. Se miró detenidamente en el defectuoso espejo a la luz intermitente del neón, pero por más que contuvo la respiración hubo de admitir que la prenda no era de su talla.

De nuevo la fatigosa operación de desvestirse y volverse a vestir.

Súbitamente se hizo un silencio sepulcral. Gloria levantó la cabeza y comprendió que lo que había sumido el ambiente en aquella gran quietud era el cese de la ventilación por aire acondicionado. Al no oír murmullos ni ruido de pasos miró su reloj, y comprobó sorprendida que llevaba en el probador cerca de cuarenta y cinco minutos. El único rumor que no parecía haber cesado era el del piano callejero, aunque ahora no estaba segura de que el lejanísimo teclear procediera del exterior: no parecía demasiado congruente que el anónimo músico tuviera la pretensión de obtener dinero de los viandantes interpretando la tocata y fuga en re menor de Bach. Demasiado solemne.

Una vez que se hubo vestido, miró alrededor para comprobar que no se dejaba nada y apagó la luz harta de aquella serie de desagradables relámpagos. Tanteando con la mano asió el pestillo mientras procuraba inventar una excusa para el caso de que alguien le preguntara de dónde venía: lo más plausible era decir que se había quedado encerrada en el probador y que nadie había oído sus llamadas.

Satisfecha de sí misma oprimió el mecanismo que desbloqueaba el pestillo y advirtió con cierta inquietud que no funcionaba. Sonrió para sí haciendo una llamada general a la calma de su sistema nervioso y volvió a intentarlo, aunque el resultado fue el mismo.

Levemente alarmada, tanteó la pared en busca del

pulsador de la luz, pero los esfuerzos por desbloquear la puerta habían hecho que se moviera del sitio, y estaba bastante desorientada dentro de lo que permitía la estrechez del cubículo. Situándose frente a la puerta procuró recordar la altura a la que se encontraba el interruptor, pero, por más que su mano recorrió la pared, no hubo forma de encontrarlo.

Aunque le entraron deseos de gritar pidiendo ayuda, se contuvo pensando que se encontraría en una situación completamente ridícula, de igual forma que cuando un invitado a una fiesta se queda encerrado en el cuarto de baño y tiene que venir todo el mundo a rescatarlo. Por otra parte, sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, que no era completa: hasta el probador llegaba la débil claridad de alguna bombilla encendida a unos metros de distancia, probablemente en el pasillo.

Cuando transcurrieron unos minutos comprobó que podía ver lo suficiente para localizar el interruptor, que se encontraba al lado contrario del que ella había supuesto. Lo pulsó de inmediato, aunque sin resultados. Volvió a oprimirlo repetidas veces, pero, o bien el alumbrado general estaba cortado, no habiendo quedado más que aquella luz de emergencia cuya mortecina claridad le llegaba, o bien el tubo de neón estaba definitivamente fundido.

Buscó un objeto contundente para golpear el pestillo y tratar así de desbloquearlo, sin embargo, lo más sólido que encontró fue un pequeño espejo que guardaba en su bolso de lona. En los colgadores no había ninguna percha, y la idea de golpear con un zapato quedaba descartada en vista de la fragilidad de las playeras que no harían más que rebotar. De todas formas, y en vista de que la situación se iba complicando, optó por despojarse de uno de los zapatos y comenzó a dar golpes en la puerta sin atreverse todavía a gritar, pero como nadie acudía a su llamada empezó a considerar la posibilidad de pedir auxilio.

«¿Qué decir?» —se preguntó. ¿Debería dar los clásicos gritos de «socorro, auxilio» o sería eso exa-

gerar la nota? En realidad no se encontraba en ningún peligro inminente, y los alaridos podrían alarmar a los vigilantes, únicas personas que debían de quedar en los almacenes a juzgar por la hora. Seguramente lo más indicado era decir «por favor» o «me he quedado encerrada».

«¡Por favor!» —gritó, pero estaba tan fatigada por los esfuerzos y por el calor reinante que su voz resultaba ronca y apenas audible. Hizo acopio de todas sus fuerzas y gritó de nuevo, esta vez con más potencia: «¡Ayúdenme!... Estoy encerrada... ¡Por favor!... ¡Socorro!».

De súbito dos ideas vinieron a su mente: la segunda era que en el bolso tenía una caja de cerillas. La buscó afanosamente, y encendiendo una de ellas, se agachó para buscar la confirmación de la primera. En efecto, por una azarosa casualidad había repetido las mismas palabras que alguna otra mujer escribiera con lápiz de labios en la parte baja de una de las paredes.

Tras diez minutos de pedir socorro sin que nadie viniera a prestárselo, se sentó sudorosa en la pequeña banqueta de skay y determinó salir de allí por sus propios medios.

Descartó el encaramarse a la banqueta y probar fortuna por la parte de arriba; las paredes se interrumpían antes de llegar al techo, pero el espacio que quedaba no era lo suficientemente ancho para permitir el paso de un cuerpo. Unicamente consentía una cierta ventilación y el paso de la mortecina claridad que alumbraba la diminuta habitación.

Se tendió en el suelo y calculó la amplitud de la abertura bajo la puerta. Era probable que por allí cupiera, de manera que, extendiéndose todo lo que la estrechez del probador le permitía, sacó las piernas al pasillo experimentando una sensación de alivio. Siguió reptando boca arriba y, cuando ya tenía fuera la mayor parte del cuerpo, comenzaron a invadirle serias dudas acerca de si cabía su cabeza por la angosta abertura. «Por donde cabe el cuerpo cabe la cabeza», ¿o era al revés?

Volvió a introducirse por completo en el probador e intentó salir de nuevo, esta vez con la cabeza por delante, pero, como había sospechado, el refrán se formulaba al revés, y parecía claro que, por más que aplastara su mejilla contra el suelo enmoquetado, no había nada que hacer.

La última y obligada solución era tenderse lo más cómodamente posible y esperar la mañana, suponiendo que tuviera la suficiente serenidad para hacerlo sin sufrir un ataque de nervios o un sofocón a causa del calor reinante. Su último pensamiento antes de caer en un pesado sopor fue para la inscripción de lápiz de labios. Suponiendo que alguna otra muchacha hubiera sufrido su misma experiencia, ¿qué le había llevado a escribir unas palabras de auxilio en la pared del probador?

* * *

Se despertó inquieta con la espalda dolorida, y antes de abrir los ojos percibió aliviada que la temperatura había bajado.

Permaneció inmóvil un instante y luego miró el reloj esforzando la vista: las tres menos cuarto.

De encontrarse a gusto, pasó a notar que el frescor del ambiente iba haciéndose excesivo. Una corriente de aire helado entraba por alguna parte. Se puso de pie y levantó un brazo tratando de llegar a la rejilla del techo. ¿Se habría puesto en marcha el aire acondicionado? Pero el frescor no procedía de aquel enrejado, por lo menos no solamente. Era como si se hubiera abierto la puerta de un sótano o de una cava, y la gélida atmósfera, propia de los lugares subterráneos, invadiera el ambiente. Incluso podía percibirse un cierto olor a moho y a aguas estancadas. Y aquella música.

Era algo que no había cesado desde que se quedara encerrada en el probador. El misterioso pianista, o virtuoso del órgano, cosa que a veces no era posible distinguir, hacía incursiones en otras fugas, pero in-

defectiblemente regresaba siempre a la denominada en re menor.

Ahora la melodía llegaba más claramente, como si estuviera más cerca o alguien hubiera abierto la puerta de comunicación con el sitio donde se encontraba el pertinaz melómano, porque de lo que Gloria ya no tenía dudas era de que aquel sonido procedía de alguna parte del edificio, de algún lugar detrás de la pared del fondo de los probadores.

¿Se trataba acaso de un disco que alguien había olvidado en un tocadiscos automático yéndose sin desconectar el aparato? Sólo así podría explicarse la recurrencia a la misma melodía y a otras variaciones que Gloria no podía identificar. Sea como fuere, aquella música empezaba a atacar sus nervios. Mañana, cuando algún empleado le abriera la puerta...

Un violento escalofrío ante lo que acababa de descubrir vino a sumarse a los que le provocaba la gélida corriente de aire: mañana nadie entraría en los probadores, ni pasado tampoco, porque como comprobó procurando serenar sus pensamientos, mañana, hoy ya en realidad, era día festivo, y pasado mañana domingo.

La perspectiva de tener que pasar el largo fin de semana en aquel sepulcro enmoquetado heló la sangre en las venas de la muchacha que, poniéndose en pie de un salto y aferrando el pomo de la puerta, comenzó a dar tirones con gran vigor.

Como todos sus esfuerzos fueran nuevamente baldíos, perdió la serenidad, y golpeó contra la puerta con toda la potencia de que era capaz. Iba a morir de sed, pensó aterrada. ¿Cómo era posible que alguno de los vigilantes nocturnos al pasar en su ronda cerca de los probadores no oyera los gritos y los golpes? Cayó en la cuenta de que el edificio tenía cegadas sus ventanas y, probablemente, los únicos huecos al exterior en los pisos altos eran las salidas de incendio, inexpugnables desde fuera y fáciles de abrir desde dentro. Así pues, con la certeza de que los únicos intrusos posibles sólo podrían penetrar por la planta

baja, los vigilantes se limitarían, una vez efectuado un recorrido general al principio de la noche, a permanecer cerca de las puertas de acceso a los almacenes. ¡Nadie pasaría cerca de aquella celda hasta dentro de dos días!

Perdida ya toda la sangre fría, Gloria golpeó la puerta con pies y manos durante varios minutos y, finalmente, cayó al suelo rendida.

El sudor iba evaporándose sobre su cuerpo de forma malsana en el frescor de la corriente, y la muchacha se acurrucó para protegerse. Pasó sus brazos en torno a las piernas flexionadas y fijó sus ojos en un punto indefinido de la pared dispuesta a concentrarse en su comprometida situación. Si había alguna salida ella tenía que encontrarla.

De pronto se dio cuenta de que la maldita música había cesado, y experimentando un estremecimiento a todo lo largo de su espina dorsal, supo que ya no estaba sola. Alguien la observaba sigilosamente desde la oscuridad.

Levantó la cabeza deteniendo sus ojos en la rejilla de la ventilación. Unos golpes blandos y acompasados, (¿un gato?), resonaron en el techo, y dos pupilas como dos ascuas brillantes tachonaron de súbito la negrura de la celosía.

Sin considerar que podía tratarse de la tan anhelada ayuda, Gloria prorrumpió en alaridos de terror, al tiempo que aquellos ojos desaparecían de la reja. Se hizo un denso silencio cuando la muchacha cesó en sus gritos, y durante unos instantes tan sólo se escuchó un levísimo pero continuo crujido como si alguien estuviera tratando de descorrer un cerrojo oxidado.

Gloria se abalanzó sobre su bolso, y buscando con mano temblorosa su lápiz de labios, escribió precipitadamente y casi a ciegas un urgente testamento sobre la madera de la puerta: «Ayúdenm... socorro... está...».

Con un ruido formidable, con un estruendo rayano en lo descomunal, la pared del fondo del estrecho

cubículo cedió dividiéndose en dos batientes que se retiraron hacia atrás con la velocidad del rayo. Una atmósfera turbulenta y helada penetró con la fuerza de un huracán, al mismo tiempo que las notas de la tocata y fuga en re menor, distorsionadas por los terribles torbellinos que invadían el ambiente desde las tinieblas, resonaron con un volumen ensordecedor. De pronto una horrible figura se delineó al otro lado de la pared corrediza y, lanzando un alarido terrorífico, Gloria se desplomó inconsciente sobre la blanda moqueta de la pequeña habitación.

El extraño ser de facciones hieráticas y demasiado perfectas penetró en el probador y, tomando a Gloria en sus brazos, dio media vuelta internándose de nuevo en las tinieblas, al tiempo que resonaban horrísonas las notas del órgano. Tras él, la pared volvió de nuevo a su habitual emplazamiento, y al cabo de unos instantes, el pequeño cubículo recuperó su inocente aire cotidiano.

El repulsivo ser penetró en un ascensor acristalado que súbitamente se precipitó en el abismo conduciéndole a simas insondables. La horrenda figura, que mantenía a la muchacha en sus brazos, cruzó a bordo del elevador varias plantas, dejó atrás el piso subterráneo, atravesó los tres aparcamientos del subsuelo, cruzó a velocidad de vértigo la sala de mantenimiento y control y solamente se detuvo en la zona más profunda del edificio: la planta destinada a la calefacción y al aire acondicionado.

La nauseabunda aparición cruzó aquel inmenso ámbito con la muchacha en brazos, y al llegar al final de la gran nave, penetró por una estrecha puerta disimulada en el muro, sobre la cual un cartel advertía en gruesos caracteres rojos: «No pasar. Cloacas. Peligro».

* * *

En aquella especie de gran cueva débilmente iluminada, Gloria recuperó el conocimiento y se sintió morir. Cuando sus ojos se fueron acostumbrando a la

ténue luz reinante en aquel abismo, vio que la fantasmal aparición se aproximaba a un oxidado equipo estereofónico, y al cabo de unos instantes los compases de la fuga de Bach inundaron el ambiente.

La muchacha recorrió con su vista la cueva y comprobó que estaba someramente amueblada, como si alguien hubiera hecho de aquello un cubil o un refugio secreto donde pasar sus horas muertas. Un pestilente río subterráneo cruzaba la espelunca, y sus putrefactas aguas fosforescentes contribuían a acentuar el clima de pesadilla.

Con gran espanto vio que la repulsiva aparición se aproximaba hacia ella. Se encogió todo lo que pudo arrimándose a la pared rocosa y allí se dispuso a esperar su ya cercano fin, pero el monstruo se detuvo a una distancia prudencial. Sus ojos eran bellísimos, la línea de su nariz estrictamente clásica, su perfil digno de un apolo griego, pero cuando habló con voz ronca dirigiéndose a Gloria, sus bien delineados labios no se movieron en absoluto.

—Es cierto que mi rostro no responde a estas clásicas líneas que contemplas —dijo lentamente la fantasmal aparición—, pero su visión podría turbarte en exceso, ya que aún no estás preparada para ello. No temas —continuó la pesadilla— no voy a hacerte ningún mal.

—¿Va... va a dejarme marchar? —logró articular dificultosamente Gloria.

—He esperado demasiado tiempo desde la última vez —repuso el monstruo—. Desde el primer instante en que te vi desnuda en el probador supe que me estabas destinada, pero era preciso esperar a la quietud de la noche para celebrar esta gozosa unión.

—¿Me dejará marchar? —repitió balbuciente la muchacha.

—El tiempo es el maestro más sabio, querida —manifestó la voz detrás de la perfecta careta—. El es el que nos conforta y hace que terminemos por acostumbrarnos a las más difíciles situaciones. Cura toda clase de heridas, o casi todas —añadió con voz

lastimera acariciando suavemente la favorecedora mascarilla.

Y diciendo estas últimas palabras, abatió una gran cortina detrás de la cual aparecieron docenas de maniquíes de cartón de esbeltas proporciones.

—¿Quién es usted? —preguntó Gloria aterrada—. ¿Qué pretende? Le advierto que he dejado un mensaje en el probador.

—Todas lo dejan —dijo el enmascarado melancólicamente—, pero las mujeres de la limpieza se encargan de borrar tan leves esperanzas. Yo pensé que tú eras diferente —añadió.

—¿Yo? —dijo la joven.

—Te he observado repetidas veces entre los cientos de muchachas que a diario acuden a los probadores, y tu cuerpo es perfecto, tus medidas exactas, tu cabello bellísimo —explicó aquella extraña sombra—. Eres mi musa —concluyó con un suspiro.

—¿Quién es usted? —repitió gloria temblando—. ¿Dónde estamos?

—En cuanto a tu primera pregunta —repuso el misterioso ser—, la formulación adecuada es: ¿quién era yo? Respecto a la segunda sólo puedo decirte que nos encontramos en algún rincón de este templo de la moda que tan bien conoces—. Y como Gloria permaneciera silenciosa añadió: Mi nombre es Tomaso, y mi profesión diseñador de modas y modelo —confesó la figura con un hondo dolor en su voz.

—¡Tomaso Bertini! —exclamó sorprendida Gloria—. ¿No desapareció abrasado en el incendio de las Galerías Bambola?

—¡Ardí! —gritó Tomaso con voz melodramática—, pero para mi desgracia aún continúo vivo, aunque tremendamente desfigurado. Aquella diabólica mujer provocó el espantoso incendio en que se consumieron mi belleza y mis ansias de vivir. Sí —continuó reflexionando el desfigurado diseñador— Vanessa, la más hermosa de mis maniquíes, una tailandesa de ojos rasgados, se vengó de esta forma de mis inocentes devaneos sentimentales.

Gloria escuchó el relato fascinada y aterrada a la vez. Mientras el dolorido fantasma continuaba hablando, ella inspeccionó detenidamente la cueva, y sus ojos fueron a parar sobre los numerosos maniquíes que yacían en el suelo. Todos tenían formas de mujer, y algunos estaban ya deshaciéndose debido sin duda a la humedad ambiental. Trató de localizar con la vista alguna salida sobre la que abalanzarse en un descuido del monstruo, y a fin de distraerle estimuló su conversación.

—¿Devaneos sentimentales? —preguntó fingiendo un súbito interés.

—Alucinaciones enfermizas de Vanessa —comenzó el habitante de aquel reino subterráneo—. Me sorprendió con Alberto Caruso en una actitud que ella creía comprometedora, y sus terribles instintos orientales salieron a flote. Maquinó lentamente su venganza, y una noche en que diseñaba sobre su adorable cuerpo un vestido de baile, me arrojó al rostro una botella llena de ácido corrosivo, y acto seguido incendió el taller. Yo pude salvarme de milagro —prosiguió—. Gracias a mi habilidad como diseñador construi esta mascarilla, y desde entonces sobrevivo en estos abismos sin dar descanso a mi vena creativa.

El olor procedente de aquel inmundo riachuelo, seguramente una cloaca llena de materias fecales, hacía irrespirable el ambiente. Gloria continuaba el minucioso estudio de las paredes, y en cierto momento le pareció que en el extremo derecho de la cueva había una puerta entreabierta. El único problema era que no podía adivinar si conducía al exterior o era solamente paso para otra sección del subterráneo.

—Tú serás esta noche mi modelo —manifestó el que había sido Tomaso con voz soñadora.

—Sí —repuso la joven deseosa de ganar tiempo.

El ex-diseñador se levantó del aparatoso sillón donde había permanecido sentado, y con un gesto invitó a Gloria a que hiciera lo mismo. La joven no se hizo de rogar, y fue conducida hasta una pequeña tarima a la que el monstruo le pidió que subiera.

Las otrora bellas manos se aproximaron al cuerpo de Gloria con intención de despojarla de sus ropas, pero la muchacha, que había trazado un posible plan de fuga, se anticipó a los deseos del desfigurado Tomaso y se desnudó completamente sin ofrecer resistencia.

—Vanessa —musitó él.

Tomaso pasó una cinta métrica por el contorno de la joven, y procedió a colocar sobre el cuerpo suaves telas que, con pasmosa habilidad, fueron convirtiéndose en un hermoso vestido de baile merced a los diestros movimientos y a las sabias puntadas que trenzaban las manos del desgraciado ser.

Una vez concluida la obra, Tomaso se retiró unos pasos y la contempló extasiado.

—Vanessa... oh, Vanessa —murmuró.

—Me... me llamo Gloria —dijo con timidez la joven.

—Vanessa... —repitió el fantasmagórico ser.

—¿Qui... quiere que le haga un pase? —preguntó ella temblando.

—¿Cómo? —dijo la sombra.

—Un desfile —explicó la muchacha.

—Será un placer, querida —repuso el antaño gran diseñador.

Con gran elegancia de movimientos, Gloria descendió de la tarima, y comenzó a pasear delante de Tomaso adoptando las poses propias de una consumada modelo.

A cada vuelta en torno al sillón en el que se encontraba el malaventurado creador, la joven procuraba alargar la longitud de la circunferencia que iban trazando sus pies.

—Oh, Vanessa —susurraba el engendro cruzando sus carcomidas manos.

Gloria continuó ampliando el area del círculo en cuyo centro se hallaba el monstruo, y, cuando consideró que estaba ya lo suficientemente alejada, emprendió una veloz carrera hacia la puerta entornada.

El repugnante diseñador se levantó como impulsado por un rayo y corrió tras la joven, pero no pudo

impedir que ésta llegara con considerable ventaja a la puerta y la cruzara como una exhalación.

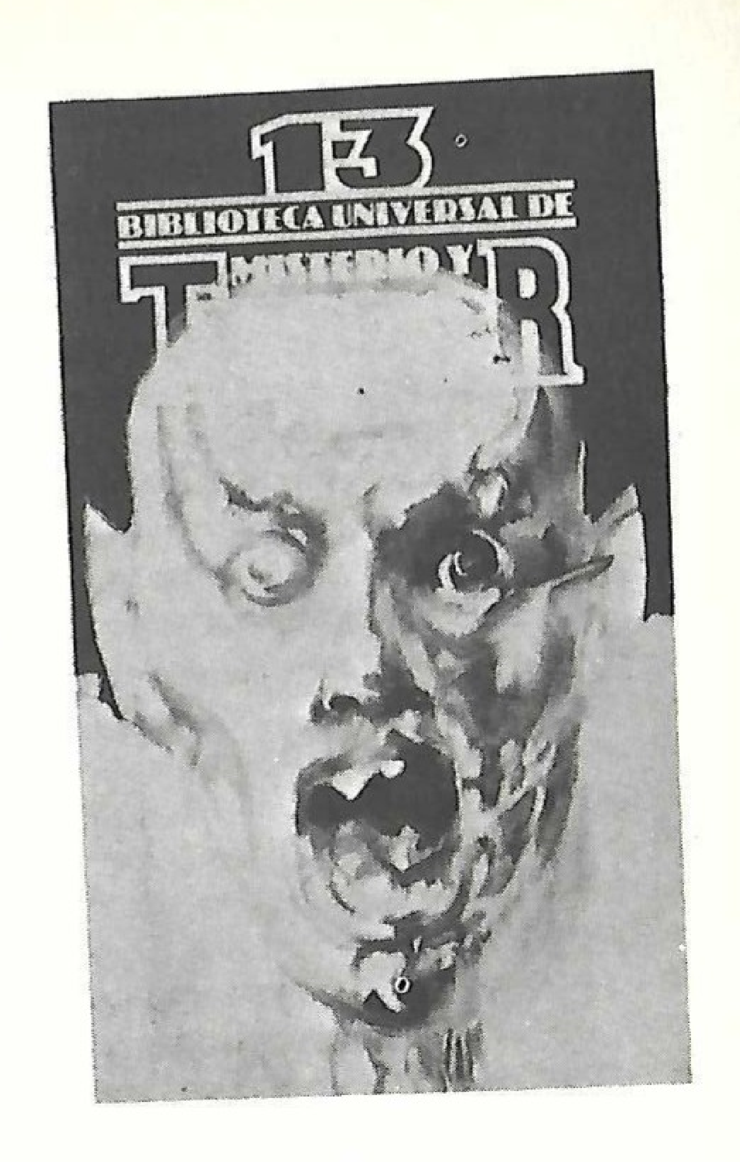
Una vez del otro lado, Gloria aferró el pestillo, y con un movimiento brusco intentó echar la llave, pero decididamente no estaba de suerte con las cerraduras, porque tampoco ésta funcionó en absoluto. Se volvió aterrada y pudo ver que al fondo de la estancia había una escalera. Corrió hacia ella al tiempo que el monstruo entraba en la habitación, mas se vio forzada a detenerse antes de poder subir ningún peldaño. Las decenas de jóvenes degolladas y en avanzado estado de descomposición formaban una horrenda muralla que no era posible franquear.

En aquel momento, el Fantasma de los Grandes Almacenes se aproximó hasta ella, y sujetándola con sus horribles manos, introdujo repetidas veces un afiladísimo cuchillo por el costado derecho de la infortunada joven. El maravilloso vestido de baile se cubrió de florones sangrientos al tiempo que la bestia de maldad musitaba suavemente al oído de la agonizante:

—Vanessa... mi querida Vanessa...

Por último el fantasma se desprendió de su máscara y aplicó un nauseabundo orificio desprovisto de labios sobre la boca de su víctima, que se llevó al más allá, indeleblemente grabada en su retina, la imagen de una faz tan horrenda como jamás ser humano ha contemplado.

PROXIMA APARICION



CALEIDOSCOPIO

LA RELIGIOSA

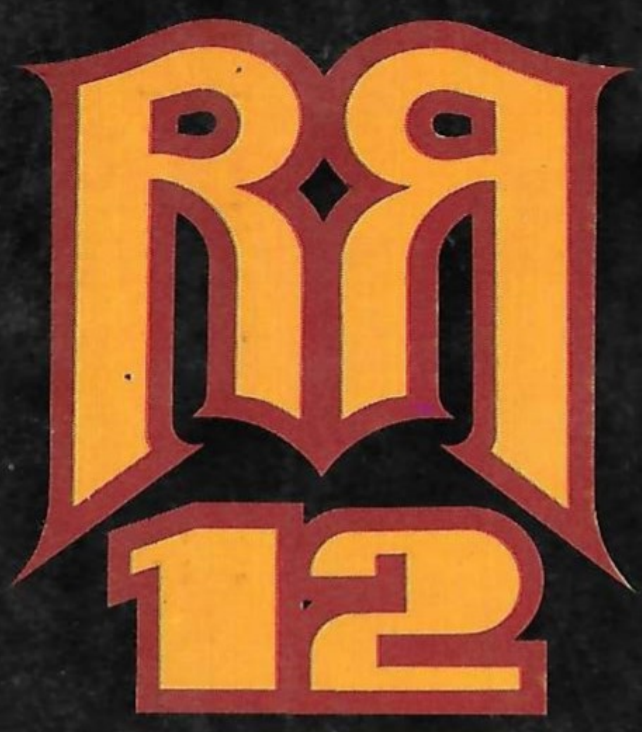
INSOLACION EN EL VALLE DE LA MUERTE

LA MANO VERDE

EL ENTERRAMIENTO PREMATURO

VIAJE AL MAS ALLA

LA VENGANZA DE ZANASETH



HOTEL AMSTERDAM, HABITACION 231

LA CARCAJADA DEL VIRUS

LA VENGANZA DE ISIS
(2ª parte de «Los Mendigos de Isis»)

TU SEGURO SERVIDOR

MUERTE BAJO EL ARCO

EL DIRECTOR DE ORQUESTA

EL PROBADOR